

AMORES INESPERADOS III

*Ayúdame a
recordar*



Tamara Bueno

AMORES INESPERADOS III
Ayúdame a recordar



Tamara Bueno

Derechos de autor

“Amores Inesperados III: Ayúdame a recordar”

© Tamara Bueno

Primera edición Febrero de 2020

ISBN: 9798612552550

Edición: Tamara Neva

Portada: Tamara Bueno

Imágenes: Shutterstock



Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias, grabación u otro medio, sin el permiso previo del autor por escrito.

A mis dos amores, porque sin vosotros esta pasión no existiría. Os quiero.

A la familia en general, a la que está y la que no.

Al amor, a ese que con mayúsculas hace latir un corazón.

Y a ti, lector, por dar una oportunidad a esta obra que con tanto cariño te hago llegar.

Gracias.

ÍNDICE

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[Epílogo](#)

[Palabras, sentimientos, amor](#)

1

De nuevo entre la multitud como cada lunes en ese vagón de metro cargado a rebosar, y él ahí, sumergido en sus pensamientos y sabiendo que cada una de las personas que había a su alrededor se encontraba en la misma situación; todos habían subido a ese transporte con un destino en mente, como es lógico, una meta, ya fuera el lugar de trabajo, la casa de algún familiar, e incluso se dirigían al hospital, como estaba seguro que era el destino de esa mamá en estado.

Algunos lo hacían acompañados de la música de sus Ipods, de un buen libro, o no tan bueno, charlando con alguien, conocido o no... En definitiva, cualquier opción era válida. Estaba el chico de la gorra y el portafolios que siempre llevaba bien aferrada su carpeta; la señora del traje y el maletín, siempre tan bien peinada, ni un solo cabello fuera de lugar... «Siguiendo parada 51 Street» resonó en la megafonía, y él sabía que en esa estación serían un abuelito y su nieto, que siempre conseguían enternecer su corazón, los que se sumarían a esa escena.

Las paradas se continuaban y las personas iban y venían, pero la mente de Spencer solo estaba ocupada por un pensamiento, solo uno... una mujer.

Hacía unos meses que había coincidido con ella en ese mismo vagón por primera vez y desde entonces la rutina se había impuesto en él.

Ella subía en Spring Street y ambos bajaban en Bowling Green. Los dos se dirigían a su trabajo, sin embargo, sus vidas eran muy distintas; él, con su sempiterno traje y su corbata, su maletín y las Rayban; ella, con sus vaqueros, camisetas o jerséis, las deportivas y su bolso de saco. Pero no era solo su aspecto el que lo obligaba a pensar en lo distintos que eran o que eran sus mundos; ella vivía en el SoHo y él en el 59 Street con vistas a Central Park. Además estaba Megan, de la oficina, una mujer a la que veías por la calle y los ojos de uno se volvían a contemplarla. Impecablemente vestida y sobre sus zapatos de tacón de firma, por supuesto, al igual que su bolso o cualquier prenda o accesorio adyacente a ella. La conclusión no era que tuviese nada que ver con Megan, era que cada vez que la mujer del quiosco accedía al vagón y pasaba por su lado, Megan no podía evitar mirarla con esos aires de superioridad que tanto le desagradaban y que a la vez le hacían ver a la mujer de los vaqueros de un modo diferente.

También estaban los círculos en los que se movían; él trabajaba en el edificio Roller en Battery Place, que además era suyo, y ella en un pequeño quiosco de golosinas en Battery Park. Tan cerca y tan lejos al mismo tiempo. Él, en las alturas del piso doce y ella, allí abajo, en el mundo real, entre la gente... y se la veía tan cómoda.

Pero a pesar de todo eso, hoy, como cada lunes, se había levantado viendo su sonrisa, esa expresión tan bella en esos sonrosados labios... Era capaz de embelesarlo cuando estaba con los niños, cuando lanzaba esa cómplice mirada a sus madres y obsequiaba a un pequeñín con un caramelo, solo por el placer de ver ese maravilloso brillo de puro deleite, de ilusión en sus tiernos ojos, y el dulce e inocente color en sus mejillas.

Hoy, como cada lunes, al despertarse en la serena habitación de su apartamento en el piso dieciocho del edificio Central Park, había observado las vistas a través de los ventanales y decidido, como todos y cada uno de los inicios de semana desde que la vio por primera vez, que de ese día no pasaba sin que hablase con ella de algo más que del regaliz que compraba a diario

desde que la conoció o del tiempo que hacía, o de lo lindos que eran los niños cuando pedían un paquete de cualquier golosina, de lo que fuera, o incluso cuando intentaban hacerle chantaje para conseguir ese caramelo tan deseado a cambio de un beso... Él preferiría el beso a su golosina, siempre.

Estaba tan absorto en sus pensamientos que ni tan siquiera se había dado cuenta de que habían estacionado en la primera parada, que el anciano y el niño ya se estaban acomodando y que Megan iba hacia donde él se encontraba sorteando a los pasajeros con esos aires de diosa de la belleza que estaban tan arraigados en ella.

—Buenos días, Spencer.

—Megan —dijo a modo de saludo.

Ella le dio dos besos, de esos que más bien eran dados al aire. A veces era más tierna que eso, aunque solo a veces.

Megan, como era habitual, se sentó a su lado con su tableta mientras las paradas se sucedían y él volvía a sumirse en sus pensamientos, esos sobre una esbelta mujer de largos cabellos negros y ojos de caramelo...

«Siguiente parada 14 Union».

La sonrisa bobalicona comenzó a aparecer en su cara, la que precedía a su llegada. Tres estaciones más y podría verla entrar por las puertas.

—Querido, ¿estás bien? Te noto más inquieto que de costumbre.

Las palabras de Megan le hicieron mirarla y sonreír. No pensaba contarle lo que tenía en mente. No le apetecía ver su cara de repugnancia más de lo necesario, y sabía que la pondría.

—Puede que la fusión me tenga algo más alterado. Es todo.

Esta bajó la tableta hasta su regazo y le lanzó una mirada con el movimiento estudiado y típico de apartar su melena. Daba igual el nivel de coquetería de la mujer, en esto no había excepción, era un arma femenina que ella en cuestión dominaba a la perfección. No todo hombre se veía afectado por dicho gesto, claro estaba, y también dependía de la mujer y la situación. En Megan, como decía, era un arma, pero verla en la hermosura del quiosco era un placer.

—Sabes que no tienes de qué preocuparte. Está hecho.

El tren se detuvo y con él la respiración de Spencer, pero tan solo un segundo, el tiempo preciso para captar a través de las gafas cómo su cabello embutido en su gorrito de lana cruzaba el umbral. Llevaba su mochila bien aferrada con sus delicadas manos cubiertas por sus guantes de lana malva. El abrigo rojo de paño que no hacía juego con nada, puesto que el gorro era verde bosque y mochila de saco no tenía más colores porque no cabían. Y, por supuesto, sus zapatillas de deporte blancas y el vaquero.

No pudo evitar la sonrisa que juguetona se extendió en su rostro. Esa mujer era como una gran bolsa de golosinas: variedad, dulzura, picardía y misterio. No porque ocultase nada, ya que siempre la había visto abierta con todo el mundo, sino por el hecho de que a sus ojos ella era más de lo que podía imaginar, y eso y solo eso era lo que le impactaba, sin contar con ese conjunto tan divertido que formaba el envoltorio, y el bello rostro, y el cuerpo que invitaba a...

«Siguiente parada Bowling Green».

Cuando se fijó en Megan para salir del vagón se dio cuenta que sus ojos ya se habían posado sobre su delicada «chuchería» y esa expresión que cada día aborrecía más pasaba por su cara afeando el gesto. Y con ello solo conseguía una cosa, que se levantase y saliese del tren tras la mujer del quiosco y sin mirar atrás.

Para él los valores estaban por delante del dinero y la posición social.

La mañana resultó ser bastante tranquila y la aprensión crecía en su estómago ante la idea que venía surcando su mente desde hacía tres meses y que de hoy no pasaba que la llevase a cabo.

Ha llegado el momento.

Nada más llegar al parque la vio en uno de sus muchos tú a tú con un pequeñajo de unos 6 años.

—Parker, si no dejas a tu hermana y te comportas, te quedas sin el tiburón. Así que devuelve el coletero a Sussi.

—Pero, *Aleell*, ha sido ella —atajó el pillín con su mejor cara de no haber roto un plato—, yo me porto bien. ¿A que sí, Sussi?

Mala táctica, compañero.

—¡No! —gritó su hermana arrancando la goma del pelo de su mano para salir corriendo hacia los jardines donde su madre la esperaba.

—¿Ves? Yo no grito. —La mujer sonrió y después de darle un sonoro beso en la frente le ofreció su tiburón y el chico se marchó con una mueca de felicidad que no tendría nada que envidiar a la que se dibujaría en la cara de Spencer si todo salía como esperaba.

Se acercó hasta el puesto y vio la perfecta curvatura de sus labios cuando lo miró, y sus ojos del color del caramelo fundido atraparon su mente.

—Buenos días. ¿Lo de siempre?

—Sí, gracias, ¿señorita...? —Ella lo estudió con un rubor encantador en las mejillas.

—Gabriela —aceptó responder.

—Encantado. Soy Spencer.

Por Dios, que mal. Se acababa de escuchar y podía ver que ella también se había dado cuenta de su patético intento.

Sus esbeltos dedos tomaron las pinzas y metieron en la bolsita el regaliz, volviéndose después con una intensa sonrisa que lo dejó al borde de un colapso. No estaba maquillada, pero era algo que no necesitaba, sus labios tenían un color que invitaba a sumergirte en ellos de todas las maneras posibles.

Le tendió el pedido.

—Encantada de que nos hayamos presentado.

Es la mía.

—Sí. Creí que ya había dejado pasar bastante. Así que Gabriela, es precioso...

—Gabriela María Duarte. —*Qué exótico*—. Y ya te conozco, Spencer Roller, y no solo por el regaliz. Pensé que nunca me hablarías, sin contar con las dos palabras que cruzamos cuando vienes por aquí. Ya había perdido la esperanza.

Se quedó pasmado.

—¿Y yo tengo esperanzas?

Tenía que haber sonado patético, pero ¡no se controlaba!

Por el amor de Dios, céntrate.

Su mirada lo. Era un hombre capaz de llevar a cabo fusiones multimillonarias, acababa de cerrar un trato por una tajada que ni el *Tío Gilito*, pero era un completo negado a la hora de pedirle a esa mujer una cita.

—Eres un caso. Te lo vengo poniendo en bandeja desde hace tres meses y ni te has dado cuenta. ¿Pensas que me montaba en el mismo vagón por costumbre? Pues estás equivocado. Desde el primer día que cruzamos las miradas sabía, de alguna forma, que en algún momento

cruzaríamos algo más.

Sus palabras lo dejaron aturdido. Él pensaba en ella y ella en él.

No sabía qué pasaría mañana, pero ese, el de ahora, era su momento. Un primer momento. Tiró de ella con el deseo y la necesidad de poner en sus labios el nombre *Mía*.

Su mano estrechó la suya y, aunque el mostrador separaba sus cuerpos, sus bocas se unieron, y su calidez y lo carnosos de su tacto lo invitaron a descubrir que la espera había merecido la pena.

Sabía que era una bobada que se sintiese afortunada por recibir un beso robado, y lo era, pero también delicioso. ¿Qué tenía de especial Spencer Roller? Quizá al final sí que lo descubriría.

Él se retiró de sus labios.

—Te invito a cenar. Esta noche.

Spencer captó la mirada de Gabriela y ella pudo descubrir la sonrisa en esos arrolladores ojos verdes que a él tanto le gustaba ocultar tras las Raiban.

—Te recojo a las siete.

Gabriela negó con la cabeza pensando en que su hermoso trajeado no pegaba nada en su casa.

—Prefiero ir yo a buscarte.

Su ceño fruncido la enterneció, pero no quería explicarle lo modesta que podía llegar a ser la casa de una familia venida de las aldeas mejicanas, aunque llevarsen ahí toda la vida.

—Estaré en tu portal a las siete, y si aún estás decidida a no invitarme a pasar, no seré yo quien te incomode al respecto.

La había leído con tanta facilidad.

—Es un abismo el que nos separa... —Sus labios soltaron aquello antes de ser capaz de censurarse a sí misma.

El rostro de Spencer se endureció y aquella apariencia de empresario concentrado que tenía la primera vez que lo vio retornó para mostrarle al Spencer serio y hombre de negocios.

—Solo nos separa si nosotros permitimos que sea así. Y estoy seguro de que no ves en mí a Spencer Roller «el millonario», porque si así fuese me decepcionaría y no estaría aquí.

Sus palabras hicieron que el corazón de Gabriela perdiese algún que otro latido por el camino.

No había escalas sociales, solo Spencer y Gabriela.

—Me encantará que vengas a buscarme.

Las luces habían ido cayendo y la hora se acercaba afianzando sus nervios. Mirarse en el pequeño espejo de madera de la entrada hizo que se ruborizase al ver a la mujer que se reflejaba en él y que pocas veces alcanzaba a vislumbrar. Su medio moño sujetando la larga melena, el vestido de coctel que compró para la boda de su primo Pedro y los zapatos a juego que no sería capaz de resistir toda la noche, de ahí que llevase unos zapatos planos, realmente prácticos y nada favorecedores en una bolsa de regalo, para disimular el contenido. Lástima que el abrigo rojo desentonase, pero no tenía otro.

El timbre del portal atrajo su atención, así que pulsó para abrir y esperó a que él subiese hasta el piso sin haber decidido aún si le permitiría pasar, pero cuando giró la maneta y lo descubrió al otro lado cualquier idea quedó alojada en su garganta y por lo que pudo observar, a Spencer le ocurrió exactamente lo mismo.

Llevaba unos vaqueros, eso sí, de marca y una camisa. El abrigo colgaba sobre su antebrazo, el cual arrancó un suspiro de sus labios sin poder contenerse.

—Estás preciosa.

—Y tú me has dejado sin habla, y ¿tu traje?

Aquello le arrancó a Spencer una risotada que vibró en el pecho de ella haciéndole la boca agua.

—Pues quise elegir un atuendo más acorde con el tuyo, y, además, no siempre llevo traje.

Eso ya lo veía y estaba para darle un buen repaso.

Sin querer pensar en nada más, agarró el abrigo que, galante, él le ayudó a ponerse y abrochar, pero lo que la conmovió y sedujo fue verlo sacar del bolsillo el gorro de lana y acomodar su pelo bajo él con especial cuidado para no deshacer su poco habitual peinado.

—Así estás perfecta. Adoro cómo el arcoíris se refleja en tu cuerpo cada día.

Una risa escapó de sus labios y fue atrapada por los suyos. Un contacto suave, rápido, y absolutamente delicioso.

Manhattan estaba especialmente bonita aquella noche, o tal vez fuese por su estado de ánimo, pero ambos respiraban como si pudiesen comerse el mundo, y era algo extraño. Eran entre sí unos extraños, y allí estaban, felices, relajados y disfrutando de la mutua compañía.

Las calles se sucedían mientras Gabriela las contemplaba y también a él, a ese hombre que había ocupado sus pensamientos durante semanas.

El coche empezó a aminorar y fue cuando se dio cuenta. Teniendo en cuenta que ella lo había invitado a cenar, estaba reduciendo la marcha frente a su edificio y penetraron en el aparcamiento.

—¿Qué hacemos en tu casa?

—¿Cómo lo sabes?

Al recibir su respuesta se quedó con la boca abierta al percatarse de que él no debía saber que había sentido demasiada curiosidad y que de una ocasión había decidido volver a subirse al metro y ver cuál era su parada para hacerse una idea más acertada acerca de su persona... aunque el hecho de que hoy hubiese ido a buscarla sin consultarle la dirección podía ser por un motivo similar.

—Quizás por lo mismo que tú no has necesitado que te dijera donde vivía para venir a recogerme.

Una sonrisa de dientes perfectos la hizo relajarse sin olvidar su primera pregunta.

—¿Y bien? —insistió ella.

—Me apeteció crear una velada romántica para dos... y llevo tres meses soñando con tenerte bajo mi techo. Espero que no haya sonado posesivo —se apresuró a decir—. Mi tendencia a mandar suele ser innata; si me excedo, dame un toque y listo.

—Te perdonaré ese pequeño desliz si lo que me has preparado es digno de una señorita como yo. Eso sí —añadió—, si mi madre pregunta, hemos salido a cenar a un restaurante precioso. Es muy católica, y si le cuento la verdad... Mejor no lo pienso.

—¿Te metería en un convento?

—Es posible —expresó con una sonrisa—, así que no tentemos mi suerte.

—No lo haré, descuida.

Spencer dudaba mucho que la cosa fuese a llegar tan lejos, pero ni por asomo querría ponerla en un aprieto innecesario. Además... ¿un convento? Aquello sonaba tan ridículo...

Bajaron del coche una vez estacionado en la plaza de garaje y se encaminaron hacia ascensor, el cual Spencer accionó con una llave y que los llevó hasta el piso dieciocho, el más alto del edificio. Las puertas se abrieron y se dio cuenta de que daban directamente a un recibidor privado y a un enorme apartamento, como pudo comprobar cuando él abrió la puerta blanca de acero.

Era un espacio abierto y amplio que comunicaba con un gran salón-comedor con cocina americana.

—Madre mía, ¡esto es gigantesco!

—¿Te gusta? —preguntó con tono de duda, uno muy tierno a ojos de ella.

—¿Cómo no? Es una belleza. La verdad es que nunca había visto nada así, excepto en televisión, claro.

La sonrisa oculta tras los ojos verdes de Spencer le encantaba. Lo rejuvenecía, le daba un toque de inocencia que la enternecía.

—Y a parte del hecho de que en tu familia son muy religiosos, ¿qué más me cuentas de ellos? —la cuestión salió de labios de Spencer mientras cenaban uno frente al otro en la mesa donde ya había una botella a medio tomar. Un pequeño centro con flores presidía la misma junto al restante del pastel de carne y la guarnición de patatas.

—Son increíbles. Sinceros y cariños.

—Eso suena muy bien. ¿Cuántos sois en casa? —Hizo la pregunta de forma inocente. Supuso que el tema económico influía en el hecho de que siguiese en el domicilio familiar. Lo bueno fue que a ella no pareció molestarle que indagase sobre ello.

—Cuatro. Mi madre, María; mi padre, Lorenzo, y mi hermano, Tommy.

—¿Tommy?

—Sí. Es adoptado, y pequeño aún. Solo tiene 6 años.

—¿6? Vaya. Es curioso que tus padres hayan decidido adoptar; a ver, no eres una niña —lo último que deseaba era insultarla—, quiero decir que eres toda una mujer, así que imagino que tus padres rondarán los 50, al menos...

—Y los 60, que a mí me tuvieron tarde. —No sabía muy bien cómo explicarle lo de Tommy—. Lo de mi hermano es complicado, la verdad. Cuando decidieron hacerlo yo estaba fuera. —Tomó aliento para organizar sus ideas—. Por lo que me dijeron, era hijo de una pareja joven, vecinos del edificio. Fallecieron en un accidente, pero se ve que no tenían familiares directos para la custodia del niño, y mis padres lo acogieron. Ya te digo que nunca entendí eso muy bien, pero todo está en regla y ya hace un par de años que el peque está con ellos, con nosotros.

—Comprendo. Y sí que es raro, y curioso —comentó pensativo—. Pero muy noble por parte de tus padres el hacer algo así a su edad.

Era difícil de comprender, incluso para alguien como Spencer que tan afianzados tenía los vínculos familiares.

—Lo es. Los admiro mucho por ello, y Tommy me alegra cada día. Es un niño maravilloso.

—Y estará encantado de tener una medio hermana dueña de un puesto de chucherías. —Aquel comentario relajó el ambiente por completo.

—Eso ni lo dudes —dijo con una gran sonrisa al pensar en el pequeñajo—. Cada viernes viene con mis padres a por munición para el fin de semana.

—Tendría que aprender de él. Siempre me quedo sin regaliz para el sábado en mi sesión de cine en casa.

—Eso suena genial —expresó al recordar la pantalla de más de 50 pulgadas que había visto en la sala.

—Podrías apuntarte una noche, si quieres, aunque te digo que la norma es pantalón de pijama, bol de palomitas y vino.

Gabriela podía imaginárselo, sin duda, y la imagen la hizo suspirar.

—Tendré que pensarlo. —Una risotada escapó de sus labios—. Me parece que con la cena en casa ya te has lanzado.

—Sí. Creo que para una primera cita ya he tentado mucho mi suerte. Mejor pongo el freno antes de que salgas corriendo y dejando una estela de humo tras de ti, aunque podría encontrarte.
—Su mirada, la picardía y la sonrisa oculta en ella la hicieron reír.

—Madre mía, ¿eres así de fresco siempre?

—No siempre —pronunció repantigándose hacia atrás en la silla y poniendo distancia, una que había acertado con la conversación y que ella no había notado hasta que se alejó—. Aunque reconozco que nuestra conversación de esta mañana me ha dado alas.

Los ojos de Spencer recorrían el escote de su vestido muy fugazmente y en más ocasiones de las que le hubiese gustado que ella se hubiera dado cuenta, pero para ella era un halago. Se sentía justo como quería, deseada. No se lo habría puesto de no ser así. Las mujeres que rodeaban a su galán a diario eran... ¿diosas de la belleza? Solo quería demostrarse a sí misma que podía estar a la altura, si alguna vez la situación lo requería, y parecía que había dado en el clavo.

—Unas que no quiero que pierdas —dijo con coquetería—. Me gusta lo que estoy descubriendo de ti, Spencer H. Roller. Por cierto, ¿la hache?

—Harold, por mi abuelo.

—Bonito y fuerte nombre.

—Gracias.

Sonrió.

—¿Y qué hay de tu familia? —se interesó ella.

—Están mi padre, Jack; mi madre, Hellen, y mi hermana menor, Cassie. Mi padre aún va por la empresa, aunque está retirado; mi hermana ha seguido la tradición familiar y ya se ha incorporado a trabajar conmigo, y mi madre dejó de trabajar allí al casarse. Se dedicó por entero a su familia.

—Eso suena muy bien. Debe de ser una gran mujer.

—Lo es.

Continuar la velada entre risas, miradas, conociéndose, resultó de lo más agradable. Para ser el «mandamás» de una gran empresa debía reconocer que su primer instinto hacia él era el acertado. No se parecía en nada al resto de peces gordos que circulaban por Battery Park cada día. Se le veía sencillo, rodeado de lujos, claro, pero sencillo.

Se había sentido relajada, aunque no tanto como cuando se deshizo de esos tacones endemoniados que le habían dejado los pies doloridos, pero estaba orgullosa de sí misma, los había resistido hasta traspasar el portal. La velada la había disfrutado más de lo que hubiera podido imaginar, se dijo frente al espejo de su cómoda mientras se quitaba los pendientes y comprobaba esa sonrisa que sabía que no podría borrar mientras continuase viendo en su mente y sintiendo en sus labios ese beso que le había dado junto a su coche al despedirse. Cuando sus ojos la atraparón, cuando sus manos tomaron las suyas, cuando su aliento rozó, tímido, su labio inferior, besándolo para hacerle recuperar, solo ahí, el calor que había perdido al salir del vehículo.

Después su boca tomó ambos, absorbiendo por un segundo, uno largo y placentero que había invitado a la suya a dejarse hacer y a hacer para responder a esa caricia.

Ensimismada como estaba no se dio cuenta de la personita que la miraba frotándose los ojos hasta que su mano tomó la suya.

—Mamá Gabi, me he despertado.

—Eso ya lo veo, peque. ¿Has tenido un mal sueño?

—No, pero estoy despierto —pronunció con la sinceridad propia de un niño de su edad.

—¿Y si duermes conmigo?

—¡Sí!

—Sh, sh. No grites —dijo medio riendo—, o despertarás a mamá.

Sus padres residían en el piso de abajo, pero su madre tenía un oído muy fino en lo que a Tommy se refería, así que el pequeño había aprendido a abrir la trampa sin hacer ni un solo ruido para colarse en su apartamento y en su cama siempre que ella se lo permitía.

—Vale —dijo con la mirada pícaro de quien había conseguido lo que deseaba, esa alegría que por veces veía pura en él. El pequeño salió corriendo feliz hasta su cama lanzándose sobre ella y sumergiéndose libre bajo las mantas con una enorme sonrisa—. ¿Dónde estabas?

—He salido a pasear.

—¿Sin papá? —preguntó, y ella pudo ver la suspicacia que escondía.

—Pues he ido con un amigo porque papá estaba con mamá aquí cuidando de ti.

Su ceño se frunció por un momento, pero luego se encogió de hombros y palmeó a su lado para que fuese con él.

—Me pongo el pijama y vuelvo enseguida.

—Vale.

No tardó mucho, pero al regresar al dormitorio, ya lista para dormir, se encontró a Tommy plácidamente sumergido en sus sueños y abarcando casi todo el espacio.

Era un niño tan dulce. No se merecía lo que le había pasado, pero ahí, en ese momento, parecía feliz, y era la alegría de todos en la casa.

Se acomodó junto a él y lo atrajo, contenta y relajada dejándose llevar.

La casa de la familia Duarte era un lugar muy acogedor donde la paz solía reinar y el cariño se palpaba en el ambiente.

Las paredes blancas con cuadros de paisajes decoraban el salón, eso junto al aparador plagado de fotografías familiares, un pequeño sofá que había visto tiempos mejores, la televisión de tubo sobre su mesita auxiliar, la mesa de comedor en color caoba con sus seis sillas y la de café; todo ello bañado por el acogedor tic tac del reloj de cuerda que sus padres portaron desde Méjico cuando llegaron al país siendo dos adolescentes.

Era un rincón en el que todos disfrutaban en mutua compañía, pero en ese momento, de buena mañana, la vida de los Duarte estaba en la cocina, una que nada tenía que ver con la habitación contigua, el salón, pues aunque sí que las maderas y el color blanco estaban presentes, también podías hallar en ella electrodomésticos de lo más variados y modernos, como lo eran la nevera, la placa de inducción, el horno, el microondas, lavavajillas, cafetera expreso y demás útiles más comunes en las cocinas actuales, eso sí, Gabriela estaba más a gusto con la sencillez, y como tal lo demostraba cada mañana al poner la pequeña radio de sus padres de sus tiempos mozos y la cafetera italiana de un litro, ya que le gustaba ir bien despierta a trabajar, y por supuesto porque sus padres disfrutaban también de ese brebaje delicioso.

—¿Tommy aún duerme?

Su madre entró a la cocina como lo hacía cada mañana, interesándose por el peque de la casa, el cual sabía que si no estaba en su habitación era porque había subido con Gabriela.

—Sí. Anoche vino a mi cama en cuanto llegué.

—Lo oí. ¿Otra pesadilla? —La angustia tiñó la voz de María.

—No. Creo que solo quería compañía, tranquila.

—Bien. Eso está bien.

¿Algún día dejarían de preocuparse por el descanso de Tommy? Las pesadillas habían sido recurrentes casi cada noche hasta hacía bien poco, y se agradecía la pausa, pero Gabriela estaba segura de que todos estaban esperando que estas volviesen.

—¿Qué tal ayer? —cuestionó su madre como quien no prestaba verdadera atención al asunto, cosa que ambas sabían que no era así. María se moría de curiosidad.

—La verdad es que me lo pasé de maravilla. Spencer te gustaría si lo conocieses.

—¿No nos lo vas a presentar? —interrogó María agachada sacando la fruta, el zumo y demás mientras ella terminaba con el café. Aun así, pudo ver la sonrisa que trataba de esconder.

—¿Después de una sola cita?

—Lo sé. Solo...

A pesar de saber a donde quería llegar su madre, Gabriela insistió.

—¿Mamá?

—Nada, hija, no me hagas caso.

—Sabes que eso es imposible. ¿Qué te preocupa?

María la miró con cierta indecisión, pero lo soltó sin querer contenerse.

—Cariño, que es la primera vez que muestras interés por alguien... desde que volviste.

—Puede ser.

—¡Muy buenos días a mis hermosas mujeres!

Lorenzo, su padre, entró por la puerta con su sempiterna sonrisa y el rostro de su madre se iluminó. Eran un todo. Se completaban.

—Buenos días, mi amor.

—Hola, papá. ¿Qué tal has dormido?

—¿La verdad? —El humor brillaba en su mirada cristalina—. Con un ojo abierto hasta que te oí llegar.

Eran imposibles. A sus 31 años y seguían comportándose como si aún tuviera 20.

—Y... ¿todo bien con ese hombre?

—Sí, muy bien. Sé que os gustará si llegáis a conocerlo, pero por el momento no tengo intención de traerlo a...

—¡Mamáaaa! —La voz de Tommy hizo que todos saliesen corriendo de inmediato hacia la trampilla que comunicaba con el piso de Gabriela.

Mencionas al diablo...

La sonrisa reflejada en la ventana del vagón no mentía, estaba de muy buen humor. Y ¿lo mejor? Era viernes y la posibilidad de quedar con Gabriela dejaba por los suelos la idea de cualquier otro plan.

Gabriela...

—Buenos días, Spencer.

—Oh. Hola, Megan.

—Qué sonriente estás hoy.

—Es viernes —respondió como si eso lo dijese todo, y funcionó, no añadió nada, tan solo sacó su tableta y se sumergió en sus cosas.

Cuando la megafonía anunció la parada de Gabriela los ojos de Spencer volaron hasta las puertas y ahí se quedaron mientras se ajustaba la corbata. Era una necesidad el verla, saber que no había cambiado nada... Pero los pasajeros continuaban subiendo y ella no estaba entre ellos. Miró hacia el andén... sin cambios.

El transcurso de la mañana entre reuniones, márquetin y presupuestos ocupó y centró toda la atención de Spencer, lo que era bueno, así no se comía la cabeza con la ausencia de Gabriela.

Llegó la hora de su descanso y se dirigió con premura hacia el parque. Desde su despacho solo los árboles, sus copas ocupaban la vista de lo que se resguardaba bajo ellos. Podía ver niños ir de un lado a otro entre los claros y a sus padres al pendiente de sus travesuras, también a los que hacían deporte o los paseadores habituales de perritos, pero el quiosco quedaba por completo cubierto.

Sus pies lo hicieron avanzar hasta que, unos metros más adelante, la vio. De espaldas, relajada arreglando los recipientes que tenía expuestos en el exterior.

—Buenos días, señorita.

Al volverse su rostro se transformó con una sonrisa, la más hermosa.

—Buenos días, Spencer.

—Ahora lo son. ¿Qué te pasó esta mañana?

La felicidad se desvaneció y el instinto de él le hizo tomar su mano para atraerla y poder acariciar su rostro.

—¿Qué ha pasado?

—Tommy. Suele tener pesadillas y hacía tiempo que no, pero hoy...

—¿Debido a lo de sus padres?

—Sí. Él iba en el coche con ellos, así que no sabemos si sueña con el accidente o con la ausencia de ellos; el caso es que siempre llama a su madre y se refugia en nosotros. Evidentemente no está bien, pero no sabemos qué más hacer. Ya va a terapia.

—Estoy seguro de que hacéis lo que podéis.

—Quizás. No sé... Sea como sea, no es suficiente —pronunció negando con la cabeza con energía—. Cambiemos de tema. ¿Qué tal tu mañana?

—Triste. No sabía si hoy vería a la mujer que brinda color a mi vida.

—¿Siempre es usted tan zalamero, señor Roller?

—Solo cuando la ocasión lo requiere, y sacarte esa sonrisa era de suma importancia para mi salud. La quiero cada día presente en tus labios.

A Spencer no le encajaba nada un gesto serio en ella. ¿Una mujer con tanta vitalidad y alegría? No, la seriedad no era para Gabriela.

—¡Mamá Gabi! ¡Mamá Gabi!

Se giró con el ceño fruncido para ver a un pequeñajo de ojos claros y pelo rubio llegar corriendo hasta ellos y detenerse justo antes de chocar. Sus ojitos miraron sus manos unidas.

—Hola, peque —pronunció ella agachándose a su lado y soltando su mano para tomar la de él—. ¿Vienes con mamá a por munición?

La pregunta tardó en obtener respuesta porque el niño no la miraba a ella, sino a Spencer. Aquella mañana había sido intensa para todos y supuso que su madre lo llevó temprano a verla para ayudar al pequeño a despejarse ya que no había ido a clase, pero no veía a su madre.

—¿Tommy? —insistió Gabriela.

—¿Qué?

—¿Y mamá? —La preocupación se reflejó en ella hasta ver a una señora de mediana estatura, melena al hombro con cabellos entrecanos castaños y expresión dulce que iba apresurada hacia ellos.

—Lo siento, cariño. Se soltó de mi mano.

—Tranquila. Pero, Tommy —comenzó a decir—, no debes hacer eso. Te hemos dicho muchas veces que no puedes ir solo.

—Pero si estábamos ahí al lado...

—No. Nunca. Siempre de la mano.

—Sí, mamá.

No, estaba claro que no habían sido imaginaciones suyas, pensó Spencer, la había llamado mamá.

—¿Quién es? —cuestionó el pequeño, señalándolo.

—Oh, es Spencer, un amigo mío. Ven, Tommy, te lo presento. Spencer, él es Tommy, mi hermano. Tommy, él es Spencer.

Sus ojitos lo evaluaban, estaba pensando si ese hombre le gustaba o no, y no era el único. Spencer vio llegar a una señora que evidentemente era la madre de Gabriela, y tampoco le quitaba el ojo de encima.

—Hola, jovencito —se animó a decir poniéndose a su altura y centrando su atención en él—. Encantado de conocerte.

Spencer le tendió la mano, pero este continuó sin pronunciar palabra.

—Vamos, Tommy, saluda —insistió ella.

—Hola.

Aceptó el gesto de aquel hombre a regañadientes. Parecía que veía en él a un competidor por el cariño de Gabriela. Para Spencer estaba claro, y también que debía solventar esa situación.

—Es un placer conocerte, amiguito. Espero que otro día podamos vernos e ir a patinar, ¿te gustaría?

—No sé patinar.

—¡Tommy! No se dicen mentiras. Sí que sabes, y te encanta. ¿A qué viene esta actitud?

La indignación brillaba en la mirada de ella, pero Spencer lo último que deseaba era interponerse en esa relación. Tommy, por lo que ella le había contado, había sufrido más de lo que debería sufrir nadie, y más a tan corta edad.

—Tranquila —la detuvo acariciando su brazo para evitar que reprendiese más al niño, el cual no parecía muy contento con la revelación de su hermana—. Yo os dejo, hablamos más tarde, ¿vale? Te llamo.

—Sí. Gracias, y disculpa por... —dijo haciendo un gesto hacia el niño, el cual se cruzó de brazos y se fue junto a su madre adoptiva, la cual le sonreía.

—Otro día haremos las presentaciones... Spencer —afirmó la señora haciendo cierto hincapié en su nombre para hacerle saber que había oído hablar de él.

—Será un placer —expresó con una sonrisa. La mujer tenía algo, le gustaba su carácter. Incluso con tan pocas palabras lo había cautivado, se lo había ganado—. Os dejo —dijo besando la mejilla de Gabriela.

Spencer se marchó para regresar al despacho.

—Al menos se le ve atento.

—Lo es, mamá.

Miró a Tommy, que parecía más molesto que antes.

—Peque, ¿no te ha caído bien mi amigo?

La miró con el ceño fruncido y se cogió de la mano de su madre.

—Será mejor que me lo lleve.

Gabriela asintió y entre risas de niños transcurrió el mediodía y parte de la tarde. Mike, su gran amigo Mike fue a llevarle, de su cafetería, su café favorito.

—Hola, preciosa. ¿Cómo estás hoy?

—Ey, guapo. Muchas gracias —dijo aceptando el vaso—. Pues muy bien.

Su escrutinio no se le escapó. La estaba estudiando.

—Tú has ligado —soltó muy risueño a la vez que le palmeaba el brazo—. Ya era hora, ermitaña. ¿Quién es? ¿Lo conozco?

Ante su mutismo, llegó el ataque de cosquillas, uno que sabía que llegaría, y que solía surtir el efecto deseado, siempre.

Gabriela se retorció entre sus brazos muerta de la risa y tratando de aguantar, pero...

—Para, ¡Mike! —explotó entre risas—. ¡Para! —se le escapó con una carcajada—. ¡Vale, vale! Bien, ¡te lo diré! —estalló con el último dedo inquisitivo pegado a sus costillas.

—¡Sí! —pronunció triunfante. No tenía remedio—. Desembucha —reclamó al soltarla.

La escena se podría antojar muy íntima para ojos ajenos. Ellos se miraban, se retaban con sendas sonrisas y un brillo secreto en ellas. Era lo que tenía la amistad, y entre ellos ya contaba con...casi veinte años, se dijo Gabriela.

—Spencer H. Roller —soltó muy orgullosa y feliz.

—¿Cómo?

Pasmado, dejó caer los brazos.

—¿Hablas en serio? ¿Te has liado con el dueño de una de las empresas más gordas de todo Manhattan?

—Por Dios, Mike. No, no me he «liado» con él. Hemos salido una sola vez, y nos gustamos.

No le había gustado nada ese comentario. No sentía que lo que había surgido con Spencer fuese nada semejante.

—Déjate de «nos gustamos». No y no. Para un hombre como ese solo eres una distracción. Usar y tirar. ¿Estás loca?

El enfado de Gabriela creció por momentos ante su actitud.

—No lo conoces, y te recuerdo que es mi vida.

Estaba tratando por todos los medios no alzar la voz.

—Y yo a ti que no es solo tuya. ¿Qué pasa con...? —automáticamente negó y se calló, pero ya era tarde. Gabriela sabía lo que no había dicho, y el enfado creció.

—Suéltalo. Vas a volver a recordarme que ahora tengo un hermano pequeño y que mis padres son mayores, ¿no? ¡¿Es que tengo que frenar mi vida por eso?!

—No, no. Perdona. —No sabía cómo dar marcha atrás. Mike sabía que acababa de meter la pata, otra vez—. Sabes que no es eso lo que quería decir. Es ese tío, no creo que sea el adecuado. Tiene una posición con la que tú y yo solo podemos soñar. Quiero que te cuides.

—¡Y yo quiero que tú dejes de hacerlo!

—*Alell*, ¿estás enfadada?

Ella giró sobre sus talones para encontrarse con los atentos ojos de Parker y su tierno labio inferior fruncido en una mueca de tristeza.

—No, cariño. No te preocupes —le dijo poniendo su mejor sonrisa.

—Pero estabas gritando.

—Bueno —negarlo no serviría de nada—, a veces los mayores también gritamos y nos enfadamos, como te pasa a ti con Sussi cuando hace o dice algo que no te gusta. Pero ya se me ha pasado. ¿Venías a por tu tiburón? —le preguntó con toda la ternura que le inspiraba. Cogió uno con las pinzas y se lo dio en una bolsita—. Pero recuerda que es para después de la merienda.

—¡Síiii! —exclamó y tiró de su brazo para que se agachase y plantarle un beso en la mejilla antes de salir corriendo junto a sus amigos.

Durante ese tiempo Mike tan solo había introducido las manos en los bolsillos de su abrigo y los había observado sin pronunciar palabra.

—¿Podrías olvidar que he intentado mangonearte? —le dijo poniendo ojitos tiernos, gesto que siempre hacía esfumarse lo poco que quedara de su enfado a la velocidad del rayo.

—Está olvidado. Y tendré cuidado, ¿vale?

—Vale.

Mike era como un hermano para ella, y como tal discutían cada vez que uno hacía algo que no debía. Tenía que reconocer que ella también se había metido en su vida alguna vez. Pero lo que estaba pasando con Spencer le gustaba. Y ya sabía que la diferencia social estaba ahí, ¿cómo no? Pero tampoco era que tuviese que estar todo el tiempo pensando que, en teoría, algún día podría llegar a ser una madre soltera. Sus padres le habían hecho prometer que se haría cargo de Tommy si ellos llegasen a faltar, los documentos estaban preparados para que la custodia pasase a ser suya. Era su tutora, o lo sería llegado el momento. Si llegaba, pero lo habría hecho igual sin esos papeles. Era su familia, su hermano. Que fuese adoptado no importaba, no a ella. De ningún modo

lo abandonaría. Imposible.

No obstante, por el momento solo era eso, su hermana, aunque tuviese por costumbre llamarla «mamá Gabi». No era algo que le disgustase, pero lo cierto era que la había puesto en una situación un tanto complicada con Spencer, y tendría que darle alguna explicación.

Ella tenía derecho a tener vida propia, ¿no?

Las cuentas deberían cuadrar. ¿Por qué no...? Listo.

Tras repasar por enésima vez la factura, llamar a Amanda un mínimo de cuatro veces y maldecir otras tantas, al fin todo encajaba.

Unos toques a la puerta hicieron que Spencer elevase el rostro para ver a John. Su amigo, compañero, mentor... Que lejos quedaba esa última parte de la historia.

—¿Has firmado?

—Sí. La fusión y absorción de Call y Meller está hecha —confirmó.

—¡Fantástico! Entonces saca la cabeza de esas facturas y deja que tu contable se encargue. Que al final vas a acabar como tu padre, todo el santo día metido aquí y con la familia esperando en casa.

Alzó las cejas en muda interrogación.

—Te recuerdo que no tengo de eso.

—Ni lo tendrás, si es que es tu intención, si no sacas el culo de aquí. Por Dios, amigo, al menos echa una cana al aire.

Spencer rio sonoramente.

—A ver, a ver, ¿familia y canas al aire?

—Deja de burlarte, sabiendo. Para ambos proyectos tienes que respirar fuera de estas paredes.

—Se cruzó de brazos y endureció el gesto.

—Sí, «papá». Y para tu información, ayer salí con una mujer increíble, y no tengo intención de «echar canas al aire».

—Te interesa.

—Sí. Y por el momento prefiero repetir solo con ella. Aunque sí que te acepto una copa antes de irme a casa. No me vendrá mal.

Era afortunado de considerar a John un amigo, de contar con él. Tener un amigo divertido y un tanto alocado, aunque formal cuando la situación lo requería, era un regalo, y como tal lo apreciaba.

El ambiente en la calle era frío. Spencer frotó sus manos sumergidas en el interior de los guantes para tratar de hacerlas entrar en calor, uno que los acogió a ambos al traspasar las puertas de la cafetería.

—¿Cerveza? —cuestionó Spencer.

John negó. Estaba claro que el frío también le había afectado al paladar.

—Mejor un whisky.

—Te acompaño.

Mike lo vio traspasar sus puertas al instante. Sus ojos se clavaron en él. Ese tío era un peligro para la estabilidad de Gabriela, una que ya era bastante complicada.

Pero la realidad era que no podía hacer nada al respecto, ni debía. Solo podía desear que ese tipo le diera largas pronto para que ella pudiese seguir con su vida.

Se sintió horrible por esperar que la plantase pronto, pero así la herida no sería muy profunda, podría reponerse. Él solo quería su bienestar.

En el extremo de la barra, apoyados en la firme madera y con el vaso abrazado entre las manos se dejó ir en su mente, la relajó tras un largo día de trabajo; lo bueno: era viernes. Tenía un merecido descanso por delante y la posibilidad de pasar tiempo con una mujer hermosa que lo tenía loco desde hacía meses.

Tras unos minutos de silencio y otros tantos de charla banal...

—Bien, suéltalo, ¿quién es?

Miró a John. Tan solo le sacaba un par de años, pero fue su mentor, además de su padre, claro, cuando se incorporó a la empresa hacía ya siete años, y debía reconocer que en lo referente al negocio seguía sintiendo respeto por él, algo que en otros aspectos no estaba intacto, y menos tras la primera vez que lo invitó a una copa. Verlo bucear entre mujeres era todo un espectáculo y, ¿lo más curioso?, siempre caía alguna.

—No la conoces.

—Eso no lo sabes.

—Lo sé, créeme.

—Está bien, aunque podrías decirme su nombre.

—Podría, tienes razón.

—¿Y...?

—Y... —Apuró el vaso—. Me voy. El día ha sido agotador. La reunión con Wallace ha ido bien, pero reconozco que ese hombre me deja sin energías.

—¿Sin nombre?

—Sin datos. Cuando haya algo que contar, te aseguro que serás el primero en saberlo. —Después de Cassie, y puede que de sus padres, se dijo.

—Está bien. —John lo conocía lo suficiente como para saber que no le sacaría nada, no en ese momento, aunque no se daría por vencido. Su amigo llevaba mucho tiempo sin interesarse por ninguna mujer, y no porque fuese un ligón, pero tampoco el ermitaño en el que se había convertido en las últimas semanas... cosa que tal vez tuviese que ver con esa misteriosa mujer—. Nos vemos el lunes —pronunció dejando correr el tema, de momento.

Spencer estrechó su mano y palmeó su hombro con afecto.

Al salir del local cogió el teléfono y marcó el número sin pensar.

—Hola.

—Hola, Gabriela.

Su voz al otro lado de la línea le sacó una sonrisa.

—¿Qué tal el final de la jornada, hombre importante de negocios?

—Bueno, triste porque la mujer sexy del quiosco de golosinas se marchó temprano y no pude coger munición para la sesión de cine de mañana.

El silencio se extendió, pero la oía respirar, sabía que estaba ahí y que sonreía. Empezaba a descubrir que sus silencios le reconfortaban, y no porque no quisiera oírla, al contrario, era porque se daba cuenta de lo mucho que decía con ellos.

—Quizá, si eres bueno, me planteo llevarte esa munición que tanto ansías digamos... ¿mañana a la hora del café?

De puntillas. Bien. Aceptaba eso.

—¿Y solo pasarás, o te quedarás al café?

—Me quedaré, y llevaré algo para acompañarlo, pero nada de pantalones de pijama.

La sonora carcajada masculina la hizo sonrojarse, tal vez no intencionadamente; no obstante, él solía conseguir ese efecto.

Le gustaba mucho ese hombre. Su picardía y su falsa cara dura, sabía que solo decía las cosas por el placer de verla enrojecer.

—Tal vez en otra ocasión.

—Tal vez —afirmó ella.

—¿Y qué tal con Tommy?

—Se marcharon detrás de ti y al llegar a casa de mi madre estaba como siempre, y para serte sincera, he preferido no presionar. A fin de cuentas solo hemos salido una vez. No necesito precipitar las cosas.

—Muy sensata.

—Sí. Entonces... nos vemos mañana. Buenas noches, Spencer.

—Buenas noches, Gabriela.

3

—¿A tomar un café?

—Sí, mamá, café.

—¿A su casa?

—Sí.

—Cariño, no conoces lo suficiente a ese hombre...

No esperaba otra cosa de aquella conversación, pero de igual modo era molesto sentirse tan controlada a su edad.

—Vale, mamá. Por favor, ya soy mayorcita, y Spencer es un hombre respetable.

—¿Y cómo lo sabes?

Sencillamente lo sabía.

—Lo sé, y tú también. Sé que te gustó cuando os visteis y sé que os caeréis bien cuando os conozcáis, así que deja...

—De modo que hemos pasado del «no sé si llegaréis a conoceros porque solo hemos tenido una cita» a «cuando os conozcáis».

No se le escapaba una. María tenía muy claro el interés de Gabriela por ese hombre, lo sabía desde hacía tiempo, ya la había visto interactuar con él en otras ocasiones, y estaba segura de que dicho interés era mutuo, pero de las intenciones del tal Spencer no podía estar tan segura, y era de suma importancia para ella el disponer de esa información antes de que las cosas se precipitasen.

Gabriela espolvoreó un poco de azúcar coloreada por encima del pastel de chocolate y cerró la tapa de la caja con cuidado para luego poner la lazada.

—Os he dejado un trozo junto a la panera para que merendéis con Tommy. No quiero que piense que hago favoritismos. Cuando vuelva con papá del parque, dile que lo hice para él y Spencer. Me gustaría que se cayesen bien.

El tacto de las manos de su madre en las suyas y sus ojos conectando con los suyos...

—Ten cuidado, y tranquila, haremos que Tommy conozca a Spencer cuando decidas que es el momento, y se llevarán de maravilla.

—Gracias.

Las palabras de su madre la hicieron pensar en Mike. No era lo mismo un hermano que un hijo, por supuesto, y no era que no hubiese pensado en hijos, era que no había aparecido el hombre adecuado para plantearse algo así, y lo de verse forzada a ser madre soltera no era una idea que le entusiasmase, pero era lógico, ¿no?

El tiempo fuera acompañaba y le encantaría ir dando un paseo, pero lo ideal era que la tarta llegase entera, se dijo sonriendo. De modo que se dirigió hacia el metro.

—Pasa de mí, John. Hoy tengo plan. —Insistente, como siempre. Su colega presionaba desde el otro lado de la línea para que saliese.

—Ver películas en el sofá comiendo palomitas no cuenta como un plan.

—Ja, ja. Muy gracioso. Para tu información, ya he quedado, y no pienso decir nada más. Nos vemos el lunes.

—Vale, vale. Hasta el lunes.

El videóportero emitió el aviso nada más dejar el teléfono sobre la barra de la cocina.

—Señor Roller, la señorita Duarte ya está subiendo.

Una sonrisa bobalicona se dejó ver en su rostro. Era un hombre al que la diosa Fortuna había sonreído en muchos aspectos de la vida, pero no en el romántico, aún no... Quizá ahora sí. El caso era que Gabriela conseguía aligerar el peso que soportaba cada día, lo hacía con tan solo mirarlo... como en ese momento, se dijo al abrir y verla traspasando las puertas del ascensor y caminar hacia él con paso decidido.

Su larga melena abrazada por el gorro, el abrigo rojo y unas botas de talle medio color chocolate en las que el vaquero se sumergía...

De su sonrisa se descubría un tesoro.

—Hola, Spencer. Espero llegar en buen momento.

—Por supuesto. Pasa.

Al pasar a su lado la fragancia de su piel lo colapsó; ya debería recordar lo mucho que le gustaba...

—Estás preciosa —dijo cerrando tras ella.

No frenó el impulso. No quería. Sus dedos acariciaron su rostro y se perdieron entre sus cabellos.

Sintió el suspiro de sus labios en su cuello y el calor de su cuerpo. Perderse en un sinfín de imágenes eróticas sería tan sencillo...

Una carcajada suya le hizo apartarse, volviendo a la realidad.

—Voy un tanto cargada —aclaró mostrándole el paquete que llevaba.

—Discúlpame —atinó a decir.

Aturrullado, dio un paso atrás y tomó la caja.

—¿Qué es?

—La merienda. Vamos, hay que preparar un buen café.

—A tus órdenes —respondió con una reverencia de lo más teatral.

—Que galante, señor Roller.

—Para usted, señorita Gabriela, siempre.

La resplandeciente sonrisa acompañó a ese increíble hombre hasta la barra de la cocina. Maderas blancas y remates plateados. Moderna, pero no tanto como para apartar lo acogedor de la ecuación. ¿Lo bueno? Hacía que no se sintiese del todo fuera de lugar. Sí, todo era caro, de lujo, y el hombre que poseía todo eso, por lo que mostraba, no parecía de los que presumían...

—¿Estás bien? —cuestionó él tras depositar la caja sobre la encimera y sacando ya unas cápsulas para la cafetera.

Extrañada por su pregunta, lo miró, lo miró de verdad. Se fijó en cada detalle. Sus ojos verdes, puros, sinceros en su interés. Llevaba un ligero jersey burdeos y unos chinos negros. Elegante, en su línea, pero más cómodo, o eso le pareció. Su cabello, algo más largo por arriba, estaba peinado hacia atrás, con un toque desenfadado en el flequillo. Su barba, como siempre, perfectamente recortada y aseada. Liviana y sexy.

—¿Gabriela?

—Perdona. Sí —se apresuró a responder—. Todo bien.

—Me alegro. Y dime, ¿qué has traído?

—Oh, es un pastel.

—¿Has hecho una tarta?

—Sí.

—¿Casera?

Una carcajada se le escapó sin poder contenerla debido a su tono de sorpresa.

—¡Pues claro!

—Eres asombrosa —dijo atrayéndola a sí y dándole un sonoro beso que la dejó sin aliento y sonriente, tanto como para soltar una pequeña carcajada que recorrió cada fibra de Spencer.

Que un hombre que lo podía tener todo sintiese una emoción así, tan abierta por una cosa tan sencilla era algo que no podía pasar por alto. Era muy reconfortante. Implicaba que tal vez, y solo tal vez, no estaba equivocada con respecto al señor Roller.

—Me gustas —afirmó sin tapujos, ¿para qué?

—Y tú a mí, y sé que mi vida es complicada, pero también que puedo adaptarme, cambiar. Puedo reducir mis jornadas, delegar, lo que sea.

—¿No te parece que estás adelantándote? —preguntó con una risita.

—Me da igual. Quizá quiera correr, tirarme de cabeza, y puede que esté loco, pero me siento así desde que te vi la primera vez. —Negó con un gesto casi juvenil, avergonzado—. Pero cambiemos de tema, no me gustaría que salieses de aquí dejando una estela tras de ti porque no soy capaz de refrenar la película que va cobrando forma en mi mente. Y hablando de películas, ¿te animas? Aunque solo sea para una sesión de tarde.

Totalmente hipnotizada y a punto de una carcajada, una que salió haciéndola doblarse de la risa.

El rubor apareció en las mejillas de Spencer y la sonrisa en la comisura de sus labios.

—Al menos te has reído en lugar de huir.

—Sí, aún siento curiosidad más que pánico. Tienes suerte.

—Eso creo yo. Entonces... ¿drama, acción, comedia... romance?

—Mmm, ¿un clásico?

—Me gusta como piensas. Creo que tengo algo...

Desayuno con diamantes...

Un pequeño espacio los separaba. Una manta en el reposabrazos. El sobrante del pastel en la mesa de café junto a las tazas vacías y las escenas transcurriendo en la pantalla plana. La chimenea eléctrica... Todo invitaba, seducía, y se sentía embrujada.

El fin se acercaba y habían hablado de todo y de nada. Gabriela sabía un poco más de su familia, de él, de su amigo John, al cual tenía interés en conocer, ¿le caería bien?

Pero lo importante era que le gustaría quedarse...

—El tiempo se nos escapa por hoy —comentó él.

Lo miró. Estaba tranquilo. Seguro. Perfecto.

—Lo sé.

—¿Puedo verte mañana?

Ojalá, pensó ella.

—Imposible, es el día que pasamos en familia, y le prometí a Tommy una tarde de juegos de mesa, batidos y palomitas. —Sonrió ante el recuerdo de su petición.

—Vaya, me encantaría sumarme a ese plan.

—No lo pongo en duda, pero tendrá que ser en otra ocasión. Ya está bastante molesto.

—Celoso de la atención que me prestas.

—Eso parece. Y no es habitual en él, pero supongo que es porque no ha habido motivos.

—¿Y ahora sí?

Ese hombre era incorregible. Sonrió.

—No pienso seguir subiendo tu ego. Has conseguido que cocine, que venga hasta aquí y que me sume a la sesión de cine para todos los públicos.

—Está bien —dijo alzando las manos y con la felicidad plasmada en sus facciones—. Me doy por satisfecho. Entonces imagino que te veré el lunes en nuestro vagón.

—Sin falta... espero —añadió al recordar el incidente del día anterior.

Al mirar de nuevo la pantalla eran los créditos los que se visualizaban. Su tiempo había concluido, se estaba haciendo tarde y debía regresar a casa.

Sus ojos estaban fijos en los de ella y se sentía en paz. Era extraño.

—Cuéntame algo de ti que aún no sepa —le pidió ella.

La picardía asomó por un instante en Spencer, solo uno.

—¿Acerca de ti o de mi vida?

—De ti.

Se lo pensó, pero no mucho.

—No lo digo para tratar de gustarte ni nada de eso, pero como estábamos hablando de tu hermano te puedo decir que siempre me encantó tener a mi hermana pequeña, aunque de eso ya tenga poco. Recuerdo haber vivido muy de cerca cada una de las etapas de su vida, cada cambio, verla crecer, y aunque para ti la diferencia de edad es bastante mayor que para mí, te puedo decir que es una experiencia increíble. La acompañaba al colegio, la recogía si se hacía tarde y había salido con sus amigos; he jugado a las casitas, la he acompañado a comprar su vestido de graduación. No sé, es algo que está en mi memoria y que guardo con mucho cariño, y estoy seguro de que te pasará igual.

Puede, pensó. Tal vez debería contarle aquello que había omitido... porque ¿tenía algún sentido esperar?

—Debo contarte algo respecto a Tommy, y no era mi intención soltártelo, ni siquiera es un tema sobre el que piense mucho porque espero que no llegue, pero...

Su ceño fruncido agobió un poco a Gabriela.

—Sé que solo estamos empezando a conocernos, pero puedes decirme cualquier cosa —expresó él para animarla—. Prometo no salir corriendo a la primera de cambio.

—No estoy tan segura... —murmuró, ante lo que él no pudo evitar soltar una pequeña risotada.

—Eso es cosa mía. ¿Y bien?

Suspiró y cogió aire.

—Verás, se supone que cuando... que si mis padres... Dios, esto es más difícil de lo que imaginaba —dijo acomodándose el pelo tras la oreja—. Mis padres son mayores, y pudiera darse el caso de que, si les sucede algo... pues eso, que yo me haría cargo de Tommy.

Ajá.

—Comprendo. Serás su tutora legal. Y... ¿crees que saldré corriendo porque hay una remota posibilidad de que si tus padres faltasen siendo Tommy aún menor, tú tendrías que hacerte cargo de él? —Su silencio le confirma que eso era justamente lo que pensaba—. Joder, eso es absurdo. ¿Cómo puedes pensar eso? En tu situación me parece lo más normal.

—Pero... seré madre.

Spencer no pudo evitar la carcajada.

—Te preocupas por nada. Ese momento no ha llegado, y no creo que esté ni cerca, sin contar con el hecho de que es muy posible que eso ni siquiera pase.

»Gabriela, tienes un hermano pequeño del que algún día pudieras tener que hacerte cargo. Vale, ¿y qué? Creo que eres tú la que estás corriendo respecto a ese tema y no es una meta bonita la que tienes en mente, y lo digo por lo de tus padres.

Gabriela negó para tratar de alejar las imágenes que se sucedieron en su cabeza.

—Tienes razón. Ni siquiera sé por qué te lo he contado.

—Alto ahí. Me encanta saberlo, quiero saber esas cosas. Estamos empezando algo, ¿no? —Ella asintió—. Pues lo normal es ir averiguando cosas el uno del otro, y no siempre nos gustarán, de eso estoy seguro, pero no es malo.

—Tienes razón. Creo que entre Mike y mi madre me tienen un poco trastocada con este asunto. Es como si no pudiera tener vida propia por el hecho de que exista esa improbable posibilidad de que tenga que hacerme cargo de mi hermano...

—¿Mike?

—Un amigo.

Él no pudo evitar su ceño fruncido, lo notó, y era una estupidez enorme por su parte, lo sabía, pero ahí estaba.

—Nos conocemos desde hace años, y es más un hermano mayor y mandón que un amigo por el que tengas que preocuparte —le explicó Gabriela para relajar su gesto—, y lo digo por esa arruguita que acaba de formarse en tu frente. Y puede que incluso lo conozcas. Es el dueño de El Bulevar. Un tipo alto, tirando a rubio, con cara de buenazo y con un ceño habitual muy similar al que sigue en tu frente.

—Perdona —expresó un tanto incómodo y pasando la mano por su rostro para suavizar la mueca.

¿Será normal sentirse fuerte y frágil al mismo tiempo?, esa era la pregunta que llegó a la mente de Gabriela, ahí, frente a ese hombre. Era inteligente, atractivo. Podía tener el mundo entero a sus pies, estaba segura, y aun así la miraba como si fuese el tesoro más grande.

No tenía sentido.

—Entonces... el lunes.

—Sí.

Ella se levantó sin darse tiempo a pensar, no podía ceder a tentaciones, y dejó que sus pasos la guiasen hasta la puerta del ascensor sintiendo cómo su mirada la seguía, cómo el calor la recorría.

—Buenas noches —dijo al girarse con el bolso y el abrigo ya colgados del brazos y topándose con sus manos aferrando las suyas; unas manos fuertes y seguras que no dudaban. El aliento de sus labios atrapó los suyos haciendo que algo en su vientre se encogiese, ardiera y se expandiese. El contacto. El deseo tenía vida propia y quería tomar el mando, pero no se lo podía permitir.

—Buenas noches, Spencer —dijo aún rozando sus labios.

—Deja que te lleve.

—Mejor no. Llamaré a un taxi.

—Yo puedo...

—No te preocupes.

Todo su ser se aferraba a ella. ¿Qué le pasaba?

Negó al verla entrar al ascensor justo cuando las puertas se abrieron.

El enfado de Tommy por compartir la habilidad repostera de Gabriela con otro varón que no fuese él o su padre duró lo que una partida de Parchís y una de Tabú con dos vasos de batido de chocolate hasta arriba de nata y sirope de fresa, mezcla especial de la casa.

Era agradable ver que el pequeño recuperaba su buen humor y dejaba de lado «el incidente».

Sabía que era por su edad, más cercana a la de su madre biológica, que el niño la veía así, como a una madre, como a su madre. Desde que se conocieron pensaba que era muy posible que hubiese encontrado algo en ella que le recordase a su mamá, aunque en el tema físico no se pareciesen en nada, al menos por lo que había podido observar de la foto que Tommy guardaba bajo su colchón. No era que la hubiera cogido sin permiso, sino que el pequeño la sacaba a veces y ella la había visto. Jamás invadiría su privacidad sin permiso o sin un buen motivo. Gabriela tenía largos cabellos negros y ojos miel, su piel estaba bronceada, siempre; en cambio, por lo poco que había visto de aquella fotografía, la madre de Tommy era rubia, con una corta melena rizada, de ojos claros y tez nívea, al igual que su padre, rasgos que en el pequeño no predominaban, pues así como su piel no era tan clara, tampoco lo eran sus ojos o el cabello. Castaño claro y ojos marrones, signos heredados de algún pariente, de sus abuelos, tal vez.

Lo importante era que el pequeño se sentía seguro bajo ese techo, y amado, de eso nunca le faltaría, no por ella, y mucho menos por sus padres.

El amor no era una carencia en su hogar. Hacerlo crecer y elevarse hasta el infinito parecía un don de la familia Duarte, era por eso que no sentía que le estuviese quitando nada a Tommy, tan solo había dejado que su capacidad de amar, de querer o apreciar, no necesariamente en ese orden, creciese. Así de sencillo. Ahora tenía espacio para ambos.

La capacidad de amar.

—Cuatro, cinco y seis. ¡Sí! —exclamó Tommy atrayendo su atención—. ¡He ganado! ¡He ganado! Te toca fregar los platos una semana entera —dijo con mucho orgullo.

—Oh, nooo —pronunció ella de modo teatral dejándose caer sobre la alfombra del salón cual guerrero derribado—. Está claro que eres un maestro del Parchís. No sé cómo lo haces.

—Eso es un secreto de Estado, mamá, no me lo sonsacarás.

Ahí estaba de nuevo. Si era sincera consigo misma, la verdad era que su corazón se derretía cada vez que la llamaba mamá, imaginaba que por una cuestión puramente hormonal... ¿no? Y seguro que su edad también influía.

Se incorporó aferrándose a la mesita de café que tantos encuentros como aquel había presenciado durante esos dos años que habían convivido. Ese era su rincón, ambos disfrutaban de su mutua compañía sobre la desgastada alfombra, arropados con los sarapes traídos de su tierra y el calefactor bien cerquita. Batidos, palomitas, gominolas, cualquier tentempié era adecuado siempre que tuviese un considerable número de calorías extras, esos eran los mejores.

Pasar momentos así en la compañía del otro era muy deseado por ambos, el pequeño la reclamaba siempre que podía, y tampoco era que ella se hiciese de rogar.

Lo que sí que tenía muy presente en ese instante era que su tiempo libre era limitado, y ahora tendría que ser compartido con otra persona, una con la que Tommy no estaba conforme, y eso

debía cambiar para mantener la unidad que tenía con él y que no quería perder por nada. Lo último que deseaba era hacer sufrir en modo alguno a un niño que tanto había perdido, a su hermano, su ojito derecho. No podía negar la debilidad que sentía por él.

Hacía casi dos años que conocía al pequeño y un poco más desde que él estaba en el hogar de sus padres, pero el tiempo transcurrido no importaba. Tommy se había abierto paso hasta su corazón de forma tan natural como lo era respirar.

No le haría daño, no se permitiría hacerlo. El dolor tenía que ser tabú para él.

El domingo llegaba a su fin y se había prometido a sí mismo no llamarla, no preguntarle cómo había ido el día, qué tal con Tommy... o si lo había extrañado como él a ella.

Se daba cuenta de lo irracional que era la situación, hacía meses que la veía en el metro, que la observaba como un mero espectador a la espera de su siguiente aparición, y ahora que ya tenían un contacto, que por fin había conseguido probar sus labios, que sus sentimientos habían despertado más allá del interés surgido de las vivencias que veía de ella en la distancia, ahora... no quería más distancia, más días sin sus colores, sin su luz. Ciertamente se percataba de la incongruencia de aquello, pues no tenía intención de ponerle remedio. Era feliz deseando el momento de verla, de conseguir hacer aparecer una sonrisa en su rostro, una mirada tímida o un gesto de burla.

Sabía lo que pasaba, pero no iba a decirlo en voz alta. Las prisas nunca eran buenas, ni siquiera en el amor, y por nada del mundo querría ahuyentarla.

Se asomó para observar el horizonte desde el enorme ventanal del salón y respiró profundamente dejando que los colores de las últimas luces llevaran hasta él la imagen de su dulce Gabriela.

Era tarde, era muy tarde y sabía que Spencer la esperaba, y también que no le echaría en cara su demora, ni mucho menos, pero no le gustaba retrasarse, ella era muy puntual, siempre lo había sido.

Tras pasó las puertas de El Bulevar casi cuarenta y cinco minutos después de la hora acordada disculpándose en cuanto sus ojos conectaron.

—Lo siento, lo siento. A última hora llegó un grupo de mamis que estaban celebrando un cumpleaños. Por lo visto la encargada de llevar las golosinas había sufrido algún tipo de contratiempo y le había sido imposible aparecer para el evento, así que me he tenido que poner a montar bolsitas y eso me ha retrasado muchísimo.

Spencer solo pudo quedarse mirándola. Había entrado como un tsunami, sin respirar, solo desembuchando la historia a la vez que llegaba a su lado, se deshacía del gorro, de los guantes y la bufanda metiéndolos al mogollón en la mochila y quitándose el abrigo para soltar ambos en la silla contigua cuando al fin tomó asiento.

La carcajada fue inevitable, detalle que la acalló por un segundo antes de sonreír.

—Hola —dijo un tanto avergonzada.

—Hola —expresó él aún con la diversión brillando en su mirada.

—Ya he dicho que lo siento, ¿verdad? —Ante el asentimiento de él, añadió—: Pues eso —y sonrió.

—Tienes una habilidad asombrosa para dejarme mudo.

Era tan... ¿abierto?, ¿sincero?, ¿cercano? Daba igual, lo importante era lo bien que la hacía sentir.

—No era mi intención. Es que el final de la tarde ha sido un caos y venía algo acelerada.

—Y sin el «algo».

Relajarse en el círculo de calor que conformaban sus palabras, ya que siempre sabía qué decir para surtir ese efecto, era inevitable para Gabriela.

La escena, lejos de parecerlo realmente, se le antojó íntima, acogedora, ilusión que se vio interrumpida cuando Mike se acercó para tomarle nota.

—Hola, preciosa. ¿Qué te pongo?

El apelativo de boca de otro hombre puso en guardia a Spencer sin proponérselo, detalle que a Gabriela no pasó desapercibido y que remedió con soltura al tomar la mano de él para apretarla y sonreír a Mike.

—¡Mike! Hola, bombón. Spencer, este es mi amigo Mike, del que ya te había hablado —pronunció haciendo hincapié en el ya.

—Por supuesto, y nos conocemos, aunque solo sea de vista.

—Claro —corroboró este—, sueles pasar algunas noches con un colega a tomar algo. Cerveza o whiskey solo, en función del tiempo, lógicamente.

—Buena memoria —respondió Spencer tendiéndole la mano—. Un placer, Mike.

—Igualmente. Y bien, nena, ¿un café?

—Sería perfecto.

—¿Largo con nata y sirope?

—Qué bien me conoces.

Una sonrisa sincera, fácil y cariñosa dirigida hacia ese hombre. Una conexión con otro varón que sin remedio lo ponía en tensión.

—Los años. Por Dios, qué viejo me haces. Si sigues creciendo así... —comentó meneando la cabeza en muda negativa—. Uf, me marchó. Enseguida te traigo el café. ¿Alguna otra cosa? ¿Spencer?

—Estoy servido.

Y muy tenso.

—Estupendo.

Mike se sonreía a sí mismo, era evidente que había molestado al distinguido hombre de negocios, pero también se lo había puesto en bandeja.

Una vez solos el ceño fruncido de él captó la atención de Gabriela.

—¿Qué sucede? —cuestionó.

—¿Eh? Oh, es que lo que ha dicho me ha llamado la atención. ¿Qué edad tiene tu amigo? —interrogó como saliendo de un trance.

La carcajada de ella lo sobresaltó, haciendo que la mirase con más interés.

—¿He dicho algo gracioso?

La realidad era que Spencer la hacía reír sin proponérselo, y en ese momento la ocasión lo merecía.

—Me da que ya no te acuerdas de que te dije que era como «un hermano mayor y mandón». En una época fue mi canguro, así que imagínate. Y sí, para una adolescente de catorce años era un tipo muy sexy, y sí, me colé por él, cómo no, pero me saca diez años, y aunque para mucha gente esa diferencia de edad no sería nada, o pasaría de lo que el mundo pudiese decir, te aseguro que Mike no veía nada más en mí que a una hermana pequeña a la que tenía que cuidar de cuando en cuando. Lo que es cierto es que la amistad nos unió y nos une desde entonces, pero nada más.

—Mmm... de modo que tuviste un cuclgue en tu adolescencia con tu canguro.

Ante aquel comentario las risas y las bromas continuaron entre ambos bajo la atenta mirada de Mike, quien no podía evitar sentirse preocupado. Las cosas entre esos dos avanzaban, sí, pero eso sería un problema mientras no estuviesen todas las cartas en la mesa entre ellos, y no lo estaban, ¿cómo podrían?

Tenía que hablar con María cuanto antes. Esa misma noche.

La preocupación de María por su hija estaba totalmente justificada. El avance de su relación requería de una charla con las partes implicadas, y no era una situación en la que esperase verse.

Gabriela estaba en la cocina, como cada mañana, sumergida en su rutina, feliz en su inocencia, por así decirlo.

¿Qué podía decirle?

Estaba contenta, pero...

—Buenos días, mamá.

—Buenos días, mi pequeña. ¿Has descansado?

—La verdad es que sí.

Gabriela pudo notar al instante que algo no andaba bien. La tensión que despedía su progenitora era palpable y su instinto se dirigió en dirección a Tommy.

—¿Pasó alguna cosa con Tommy anoche?

—¿Eh? Oh, no, no. A ver, sí, es evidente que le está costando hacerse a la idea de que compartas tu tiempo, pero lo entenderá... algún día. Tampoco es que seas su madre —dijo María plantando así la semilla. Necesitaba que su hija tuviese presente la situación, y no iba a desaprovechar la oportunidad.

—Estoy segura de que en el fondo lo entiende. Creo —pronunció Gabriela.

Era cierto que las cosas habían cambiado, su rutina lo había hecho. Ayer no llegó para el baño, y sabía que a Tommy le gustaba que lo hiciera ella, que estuviera con él. Ni siquiera lo había pensado. Tan solo era su hermanastra, ¿no? Pero había perdido tanto. Darle de lado, eso había hecho sin darse cuenta y sabiendo que la necesitaba.

Debía ser más cuidadosa. Que Spencer hubiera entrado en su vida no implicaba que ya no hubiese nadie más... aunque a veces le costase verlo.

La novedad, las sensaciones la habían absorbido, pero tenía obligaciones, también para con el pequeño, y no debía olvidarlo.

Los minutos transcurrieron en un silencio suave en el que María pudo ver germinar aquella semilla.

Había sido más sencillo de lo que esperaba. Ahora solo debía observar el desarrollo de los acontecimientos y rezar.

Se había propuesto retomar su rutina con Tommy, así que cuando aquella tarde de viernes Spencer le propuso un cine ella aceptó, pero planificando dicha cita para cuando el pequeño estuviese en cama, así todos ganaban.

El chico no hacía más que evaluarla mientras ella lo ayudaba a secarse y vestirse.

—Estamos poco hablador, ¿no? ¿Qué tal en clase?

—Bien. —Su escrutinio no le pasó desapercibido, y el pequeño le confirmó sus sospechas—. Has quedado con él. Vas a salir —añadió cruzando los brazos sobre el pecho y frunciendo el ceño, gesto que la obligó a ocultar la sonrisa que afloró en su rostro.

—Pues sí, pero tú vas a dormir y hemos pasado toda la tarde juntos, y mañana tenemos planes, ¿recuerdas?

La mirada desafiante no desapareció, pero sus brazos se relajaron un poco, detalle que provocó algo de alivio en Gabriela hasta que lo vio dirigir sus ojos hacia la cama justo donde la fotografía asomaba. Solo podía ver las botas de tipo militar del hombre, de su padre, pero lo importante en ese momento era que el pequeño los añoraba, ellos ya no estaban y ella iba a salir, y aunque no debía de sentirse mal porque estaría fuera mientras él dormía, lo cierto era que aquel sencillo gesto de Tommy le había afectado.

Solo serían unas horas, estaría de vuelta antes de que él se diese cuenta y tenía grandes planes para el día siguiente.

Hacía lo correcto.

Nueva York era ruido, multitud, podría llegar a ser muy asfixiante, pero entre sus calles, bajo toda la mezcla cultural que la formaba, la magia estaba presente en los rincones menos esperados. En Grendwich, cerca de los muelles, un viejo almacén de cajas se había convertido en un pequeño teatro en el que en semanas alternas reposicionaban viejas películas. Clásicos que atraían a un variado público que se sumergía en la historia desde sus mesas iluminadas con una pequeña vela y con la sencillez y riqueza que una copa de buen vino podía aportar.

Ladrillos vistos, el aroma de lo antiguo, viejas lámparas de araña. Pequeños espejos en marcos labrados, la dulzura de una rosa en un hermoso jarrón de cristal transparente en el centro al pie del escenario.

Gabriela estaba por completo maravillada y abstraída. Trataba de quedarse con cada detalle, no quería perderse nada de aquel lugar, de aquella velada.

Esa noche se proyectaría *Sonrisas y lágrimas* a petición del público. Al parecer la obra de teatro había estado en su cartelera durante varias semanas y esa noche pondrían la película a modo de cierre.

—Esto es...

—Lo sé. Hace unos tres años que descubrí este lugar —le explicaba Spencer—, y me enamoré a primera vista.

—Te comprendo. Me ha dejado sin palabras. Debo reconocer que no soy de moverme e investigar. Siempre voy a los mismos sitios, me muevo con la misma gente. Pero empiezo a creer

que eso debería cambiar.

—Nueva York tiene mucho que ofrecer, si te dejas llevar.

Segundas intenciones, para nada negativas, se vislumbraban en sus palabras. Sí que le gustaría dejarse llevar por él, a cualquier parte que él deseara.

—Es evidente. Tengo que recordarlo. Y el vino está increíble —dijo llevándose la copa a los labios para ocultar o tratar de disimular el rubor.

—Lo traen desde Europa. Vino Joven, Crianza, Reserva, Gran Reserva. En cada velada ofrecen una añada diferente. He venido decenas de veces y jamás he tomado el mismo. No te dan a elegir, ellos sencillamente sirven.

—¿Y esto es solo cuando proyectan películas o también cuando se escenifica alguna obra?

—En ambas ocasiones miman hasta el más mínimo detalle; siempre una rosa ahí —pronunció en un susurro dirigiendo la mirada hacia el escenario cuando el telón fue alzado y vio la pantalla descender ocupando todo el espacio—, velas nuevas en cada pase, el vino. La cristalería impoluta.

Gabriela seguía cada detalle que él describía, apreciándolo, y solo podía pensar en que el inicio de la noche había sido como flotar en un delicioso mar en calma... ¿Cómo sería el resto?

Durante la película se había sentido por completo arropada, apreciada, querida. Spencer solo tenía ojos para ella y el ambiente del local invitaba a la intimidad que esos pequeños candiles aportaban.

El paseo de después tomados de la mano, las caricias, todo prometía un cierre prometedor, delicioso. Bueno, nunca nada podía ser perfecto.

El local de copas era... era un hotel. La había llevado al club de uno de los hoteles más prestigiosos del West Side en su flamante coche. El nombre era lo de menos, al menos el del club, el que sí que importaba era el de ella. Largas piernas, pelo perfecto, maquillaje, vestido de alta costura, joyas. Sí, la estirada del metro: Megan Jane Cuningham. Buena cuna y mala sangre, o eso era lo único que ella veía, lo que esa mujer dejaba ver de sí misma.

Desde que Gabriela puso sus ojos en Spencer, ella había sido una sombra habitual con aires de grandeza y que solo sabía mostrar desprecio hacia todo el que consideraba inferior. Sabía que trabajaba con Spencer, que se trataban, y también que a él parecía molestarle en extremo su actitud, detalle que no parecía influir en ese momento.

Dos besos al saludarse, caricias furtivas por parte de ella en el pecho de Spencer y en sus bíceps. ¿Marcando territorio? Desde luego. ¿Lo conseguía? No. Spencer dejaba claro con cada gesto hacia Gabriela que solo tenía ojos para ella, lo que hablando claro: jodía, y bien, a Megan.

—De modo que trabajas con un carrito de golosinas.

—En realidad soy la dueña de un quiosco, y es maravilloso tener tu propio negocio, sin contar con el hecho de que me encanta tratar con los niños.

—Ajá. Un puesto de profesora estaría mejor visto.

Gabriela apretaba tanto los dientes que le extrañaba que no se estuviese oyendo el rechinar de los mismos en todo el salón, pero respiró hondo y contraatacó.

—Es posible, pero no soy profesora, soy tendera, y lo adoro.

—Oh, seguro que sí. No me entiendas mal, es solo que en nuestro círculo social el tener una carrera y un trabajo de éxito es lo que hace que todo sea más estable.

Era tan evidente donde quería llegar, pero ni por asomo se lo iba a permitir.

—Oh —pronunció, imitándola—, si ese es el caso, no tienes de qué preocuparte. Spencer no lo sabe, él no ha visto necesario indagar en mi currículum para salir conmigo, pero soy licenciada en

Económicas y tengo un máster en Gestión y dirección de empresas.

Spencer era incapaz de ocultar la sonrisa y el orgullo que sentía al verla poner a Megan en su lugar con tanta elegancia.

Estaba encantado con la situación, y también aliviado. No conocía esa información sobre Gabriela, pero era un detalle que le venía bien conocer, al menos de cara a la galería, y se refería a los esnobs de su círculo de «amistades». No porque le importase lo que pudieran pensar o decir, sino porque tenía cómo sacárselos de encima si se ponían tan estúpidos como Megan.

—Me has vuelto loco —le susurró al oído cuando Megan estaba distraída ignorándolos deliberadamente para prestarle atención a Mark, un colega de la empresa, y a su tableta, de la cual no se separaba jamás.

Las pestañas de Gabriela aletearon de forma teatral dirigiendo sus ojos hacia ese delicioso hombre que la cautivaba.

—¿Sí? ¿Y eso por qué? No he dicho nada que no fuese cierto.

—Lo sé. Pero le has plantado cara con elegancia, una digna de recordar, y muchos de los aquí presentes lo harán.

—Mmm, los recuerdos son muy poderosos.

—Cuentan nuestra historia, nos permiten saber quiénes somos y cómo hemos llegado aquí.

Ella sonrió.

—¿Esta noche? De la mano de un hombre fabuloso que sabe hacerme sentir como una reina.

—Nada más lejos de la realidad.

Por unos instantes, sumergidos en los ojos del otro se perdieron, hicieron desaparecer todo a su alrededor, solo estaban ellos dos.

—Es tan fácil quererte —dijo él dejando a Gabriela atrapada.

—Spencer, cariño —la voz de Megan los interrumpió, y aunque los dos desearon estrangularla en aquel preciso momento, tan solo se sonrieron y la miraron—. Yo me voy, esto está aburridísimo esta noche.

—Si tú lo dices —respondió él atrayendo a Gabriela a sus brazos con una enorme expresión de felicidad que hizo que a Megan se le encajase la mandíbula, ella sí que hizo chirriar sus dientes de puro coraje.

—Ya —fue todo lo que salió de su boca—. Imagino que nos veremos el lunes. Buenas noches.

—Ajá. Buenas noches —aceptó él.

—Hasta otro día —añadió Gabriela sin ocultar la alegría que sentía.

Spencer, a pesar del incordio que Megan había sido durante un rato, había logrado que aquella fuese una noche que recordaría siempre.

—¿Has disfrutado? —preguntó él junto al portal del edificio donde vivía.

—Jamás olvidaré esta noche. —Sabía que quería decírselo, que él quería oírlo. Solía decirse que las prisas no eran buenas consejeras, pero ¿importaba?—. Antes de que te vayas... Nos interrumpieron, ¿cierto?

—¿Sí? —Su gesto de falsa inocencia la hizo reír.

—Sí. —La pausa fue dulce, y ambos la atesoraron, era su momento—. Yo también te quiero.

6

Lo había prometido y no se arrepentía. Tommy estaba encantado. Gabriela lo había despertado temprano con una taza de rico chocolate caliente y susurrándole:

—Despierta, hombrecito, despierta. Es un nuevo día, el sol despunta en lo alto y el mundo es nuestra zona de juegos...

Una enorme sonrisa apareció en el rostro del pequeño incluso antes de que abriese los ojitos.

—Un ratito más, mami —fingió protestar, Gabriela podía ver la alegría que el pequeño sentía.

—Oh, entonces tendré que tomarme yo el cacao antes de que se enfríe.

Sus párpados se abrieron de golpe.

—¡No, no, no! Estoy despierto, estoy despierto —dijo incorporándose de un salto y agarrando la taza con ambas manos. La luz inundó su mirada al ver el contenido—. Le has puesto nubes de azúcar.

—Claro. No sería un buen chocolate de sábado sin ellas.

—Cierto —corroboró llevándose la bebida a los labios...—. ¡Aaah!, quema, quema.

—¡Cuidado! —expresó ella, sonriendo.

Se sentía bien. Se sentía muy bien. Había disfrutado de una velada increíble con un hombre maravilloso y ahora tenía todo el día para el pequeño de la casa. Estaba justo donde quería estar.

A pesar de haberse dejado la lengua, Tommy se terminó el cacao en un tiempo récord.

—Vaya, ¿tenías prisa?

—¡Sí, sí, sí! Quiero ir al parque, a las pistas de patinaje.

Se guardó para sí el comentario, la reprimenda. No era el momento de meter a Spencer en la ecuación. Hoy era su día.

—Pues a las pistas, pero primero a desayunar. Vamos, vístete y baja.

—¡Sí!

En la cocina del piso de abajo, donde realmente hacían vida, ya que la de su apartamento era minúscula, la esperaba su madre con la mesa puesta y una taza entre las manos.

—Por tu expresión deduzco que ha ido bien.

—Ha ido genial. Está vistiéndose para ir a las pistas.

María frunció el ceño.

—No le habrás dicho...

—Tranquila, me he contenido. No me gustó que le mintiese a Spencer. No me gusta que mienta bajo ninguna circunstancia, pero no es el día.

Su madre suspiró con alivio. Necesitaba que ambos conectasen de nuevo, ver a Gabriela más con Tommy y a él... Que las pesadillas no volviesen y verlo feliz. Ya había sufrido demasiado a su corta edad.

—¡Buenos días! —exclamó apareciendo de un salto en la estancia—. ¡Hala! Tostadas, fruta, leche. ¡Quiero, quiero!

Se sentó como el torbellino que era haciéndolas reír a las dos. Ambas le dieron los buenos días y se miraron, relajadas por primera vez en días.

No había palabras para describir la paz que sentía María en aquel momento. Gabriela y

Tommy. Sabía que aquella unión era irrompible, no obstante, ambos eran frágiles... Tanto como había quedado el trasero de Gabriela tras un tropezón en el hielo.

Tommy no podía para de reír al verla con sus posaderas en el frío hielo, despatarrada, la bufanda cubriendo su rostro y el gorro torcido. Debía reconocer que la escena era muy cómica, pero ¡dolía un montón! Tan solo se alegraba de ver al pequeño reír sin poder parar. Hacía días que no estaba así de relajado.

—Déjame tu móvil —le pidió con una sonrisa traviesa, pero ella sabía perfectamente lo que estaba tramando.

—Ni hablar, muchachito.

—Porfaaa... —le imploró con sus manitas enfundadas en los guantes unidas y ojitos de no haber roto un plato.

Gabriela se lo pensó por un instante y se le ocurrió algo muy tentador.

—Mmm... bueenooo. Pero antes...

Se alzó como pudo, lo agarró de una mano, tiró de él haciéndolo caer a sus brazos y así, ambos despatarrados, sacó el móvil, lo alzó todo lo que pudo y tomó el selfi.

El gritito de sorpresa de Tommy se tornó en carcajadas al verse en la foto.

El resto del día fue igual de perfecto. Tomaron unas porciones de pizza en la Trattoria de Sofie, unos rocos glaseados junto al parque, luego montaron en el tiovivo y dieron de comer a los animales en el zoo. Al llegar a casa Tommy iba medio dormido, y eso que habían ido caminando y en metro a todas partes. Había sido un gran día.

Un buen baño, sopa y unas salchichas y Tommy cayó rendido entre los brazos de Gabriela mientras veían *El Rey León* arropados en su cama.

Medio traspuesta, se levantó como pudo, acomodó al pequeño y se marchó a su piso, dejando la trampilla abierta.

El sonido de un mensaje la hizo sonreír, aunque no tanto como las palabras en él escritas:

«¿Qué tal está tu trasero? ¿Necesitas que te ponga una tirita?»

«¿Y tú cómo sabes eso?», le respondió.

«Por el don de la vista. Estaba paseando y os vi. Solo que no quise entorpecer vuestra cita. Estabais... hermosos. Te queda bien, ¿sabes?»

«Es posible... Estoy agotada, y con el trasero hecho trizas. ¿Hablamos mañana?»

«Sí. Descansa... Te quiero.»

«Y yo a ti.»

A Gabriela le parecía demasiado importante y a la vez natural el haber dicho aquellas palabras tan pronto en una relación. La verdad era que no recordaba cuándo fue la última vez que las había pronunciado, no a un hombre, a uno diferente de su padre o de Mike, o Tommy. Pero todos ellos eran diferentes, eran su familia. Incluso con Mike, para ella era como un hermano.

Tan vez se habían precipitado un poco, o mucho, pero no le importaba. Se sentía feliz, y eso era lo que contaba. Eso y no olvidarse del resto del mundo por un hombre.

Como meta en la vida la felicidad era una muy buena elección, ¿cierto? Al menos Gabriela estaba a gusto con ella.

—Pero no quiero. Es mía —oía protestar a Tommy, al parecer hablando con su madre.

—Tommy, tú quieres que sea feliz, ¿verdad?

Gabriela apenas asomó la nariz, no quería dejarse ver, pero sí poder observar al pequeño.

Estaba muy serio y sus ojos enrojecidos. Las lágrimas no se habían derramado aún, pero estaban ahí.

—Pero es mía, y él me la quiere quitar.

—No, mi niño, tan solo quiere compartir un pedacito de su cariño contigo. Eso no es mucho.

—Sí que lo es, y no me gusta.

Su madre sonrió con tristeza.

—A mí sí. Parece que Spencer es un buen hombre, y se nota que la quiere ver feliz, y a ti también. Sé que hablan mucho de ti. ¿Le darás una oportunidad?

El pequeño se cruzó de brazos y encogió los hombros.

Para María aquello fue una pequeña victoria. Sabía que no era gran cosa, pero sí un pasito.

Para Gabriela... era una espinita en su corazón. Le estaba haciendo daño a Tommy. Le estaba haciendo sentir como si lo apartase, como si lo traicionase.

Su pecho se oprimió con pesar. Tenía que hacer algo... ¿Dejar de ver a Spencer? No debía detener su vida por su hermano, ¿no?

El parpadeo de un fluorescente, demasiado cerca de sus ojos, le molestaba, y mucho. Era un auténtico incordio, casi tanto como el tremendo dolor de cabeza que amenazaba con partirle el cráneo en pedazos. Por más que intentaba abrir los ojos, la pesadez que sentía sobre ellos se lo impedía y la oscuridad se alzaba sobre ella una vez más.

Esa sensación se repetía una y otra vez, tanto que se le hizo eterna. Ansiaba con todas sus fuerzas poder salir de ese maldito bucle y lo único que superaba ese deseo era el de agarrar algo con sus manos. No sabía qué, pero sí que lo necesitaba más que nada.

El ahogo llegó, la quemazón en su garganta, la presión en su pecho. Era como si su cuerpo no le perteneciera, como si fuese una jaula de tortura en la que estaba presa. El dolor. La agonía. Un sufrimiento que parecía no tener fin, no hasta que todo cesó.

No hubo aviso, nada sucedió. Solo paró.

Unos segundos, unos minutos, un tiempo que no podía medir en el que solo hubo paz. Una calma para nada tranquilizadora...

—Mami...

Hasta ese momento.

Los ojos de Gabriela se abrieron de golpe. La luz del sol se filtraba por las ranuras de la persiana, todo estaba en silencio, todo menos su mente y el galopar de su corazón.

La angustia dio fruto a las lágrimas.

Sabía que solo era un sueño. Lo sabía. Solo eso. Tan solo tenía que desembarazarse de esa sensación.

Una ducha.

Gabriela estaba ignorando sus llamadas y las respuestas que daba a sus mensajes tampoco ayudaban. Era evidente que algo había sucedido... o cambiado.

Quería pensar que el motivo era Tommy, pero lo cierto era que su imaginación no estaba colaborando. A pesar de saber en su corazón que ella no lo traicionaría, que hablaría antes con él si las cosas hubieran cambiado, si hubiera otra persona, algo sin sentido ya que tan solo habían pasado veinticuatro horas, sabía que ella se lo diría. Era ese tipo de mujer... ¿no?

Tommy. Algo había ocurrido, estaba convencido. Por eso apresuró el paso hasta vislumbrarla.

Verla en el quiosco fue tranquilizador, lo que cambió fue darse cuenta de las sombras que

surcaban su mirada.

Había sido muy estúpido. Claro que había sucedido algo. ¿Por qué demonios no se había presentado en su casa? Imbécil, idiota. Se merecía una buena tunda por haber estado imaginando chorradas cuando podría haber ido a ayudarla, a averiguar y estar a su lado.

Avanzó a grandes zancadas hasta llegar a ella. Gabriela se encontraba acomodando los envases y paquetes de un pedido y aún no se había percatado de su presencia. Estaba tan ida que al solo contacto de su mano se sobresaltó.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? ¿Y Tommy?

Ni un hola, ni un beso, nada más que preocupación. Gabriela empezó a temblar de manera descontrolada y Spencer la atrajo a sus brazos y la guio al interior del quiosco por la puertecita lateral para ofrecerle intimidad.

Por un momento el contacto de las manos de él le quemó incluso a través de la ropa. Se apartó como electrocutada y lo miró con el ceño fruncido. Le faltaba el aliento y nada de aquello tenía sentido, ni el más mínimo. Había sido un maldito sueño, uno provocado por la presión que había sentido ante los celos de Tommy. Solo eso.

El dolor y la preocupación en los ojos de Spencer...

—Lo siento. Perdóname. —No sabía cómo explicarlo—. Estoy bien.

—Lo dudo mucho —respondió él.

—Lo sé, lo sé. He pasado una noche horrible, eso es todo.

—¿Por Tommy?

—No, no. Solo fue una maldita pesadilla que no quiere alejarse de mi mente.

Spencer soltó un largo suspiro y comenzó a tranquilizarse, sobre todo porque ella parecía haber dejado de temblar.

Una pesadilla...

Dios, él también había tenido alguna vez sueños de esos que te dejan tocado durante horas, pero la ansiedad que había visto en Gabriela jamás la había sentido.

—Te aseguro que me alegro sobremanera de que solo haya sido un sueño, aunque puedo ver que te ha afectado, y mucho. —Se detuvo un instante, ella lo observaba—. ¿Quieres contármelo? Dicen que eso ayuda.

Ella suspiró, tomó aire y lo dejó salir de golpe buscando la manera de expulsar todo aquel pesar, la angustia.

—Solo quiero olvidarlo —respondió—. Lamento haberte asustado antes, y ayer. —Tenía que decirle algo. Se merecía una explicación—. Al principio fue porque... Por Tommy. Necesitaba pensar después de oírlo hablar con mi madre. Y luego, la verdad, me quedé dormida y vino esa maldita pesadilla. Al despertar me fui a duchar para tratar de librarme de ella y perdí el metro. —Negó con la cabeza y las manos a la vez—. Pero ya pasó. Siento las preocupaciones que te haya causado. Siento... todo. Perdona.

Una leve sonrisa apareció en la comisura de los labios de Spencer.

—¿Me sonríes? ¿Después de todo?

—Siento alivio, en muchos sentidos.

—¿Y eso?

—Dejémoslo en que me alegra que todo esté bien.

Ella no necesitaba saber que se había puesto celoso de los fantasmas imaginarios de su propia mente.

Ambos dejarían el tema correr y se apoyarían el uno al otro. Era lo que querían, y lo único que

se interpondría sería la mente de Gabriela. Sus sueños no tenía a bien dejarla respirar. Algo había hecho que su cabeza se poblase de unas imágenes que cada noche la hacían temblar y cada amanecer fuese... un amargo despertar.

Spencer empezaba a estar realmente preocupado. Ella seguía sin contarle lo que soñaba, y no solo él estaba pendiente del tema.

María había visto a Gabriela fuera de control en un par de ocasiones aquella semana. Su hija no le había dicho el motivo, solo se había desahogado en sus brazos.

Gabriela estaba agotada en muchos sentidos. No descansaba, siempre los mismos sueños, siempre con ojeras, y todo había que decirlo, las miraditas de Megan en el metro, evidentemente por su mal aspecto debido a la falta de descanso, no le pasaban desapercibidas y estaban empezando a cabrearla.

Su padre también la miraba mucho, aunque él pensase que no se daba cuenta, pero en sus ojos había tristeza. Y Tommy... había vuelto a tener pesadillas, y mucho se temía que era culpa suya. Incluso se estaba planteando coger cita con el terapeuta del pequeño. Quizá le pudiese aconsejar algo, mandar algún tratamiento, lo que fuera con tal de que aquello terminase.

Habían pasado dos semanas, unas muy largas y agotadoras, era sábado y Spencer la había llevado al cine. Pensó que hacerla ver una historia de amor la ayudaría a descansar, a mantener su mente ocupada con algo diferente antes de irse a dormir, pero eso lo había intentado ella casi desde el principio sin éxito alguno.

Cuando el coche se detuvo vio que su madre estaba sentada junto a la ventana con una taza entre sus manos. Era una imagen... hermosa. Tenía el cristal un poco abierto y parecía que estuviese en su propio mundo, feliz y relajada con la estampa de las calles de Manhattan como única espectadora. María les sonrió.

Gabriela se sintió un tanto cohibida, pero Spencer descendió del vehículo, lo rodeó y la ayudó a bajar. La acompañó al portal sin mediar palabra, no dijo nada hasta saludar a su madre.

—Buenas noches, señora Duarte.

—Buenas noches. ¿Lo habéis pasado bien?

—Sí, mamá. Bien.

La escueta respuesta de Gabriela hizo que ambos la mirasen. Estaba seria, como ida.

—Gabriela —él pronunció su nombre para atraer su atención, ella lo miró—, mañana te llamo.

—Bien. Sí. Buenas noches, Spencer —respondió acercándose a él y plantando un suave beso en sus labios, gesto que él acogió de buena gana y que aprovechó para atraerla, solo unos segundos, y abrazarla.

—Que descanses.

—Ajá. Tú también.

—Señor Roller —María llamó atención—, véngase mañana a comer. Habrá pastel de carne. Claro, si a mi hija le parece bien.

Ambos volvieron a mirarla buscando su aceptación, pero ella tan solo pudo pensar en Tommy.

—Sería perfecto, pero...

—No te preocupes, ya hablé con Tommy.

¿De verdad?

—Oh. —No esperaba esa respuesta. Lo último que había oído de boca del pequeño era una triste aceptación. No parecía muy conforme con aquella situación. Aunque si su madre había hablado algo nuevo y obtenido un resultado diferente...—. Estupendo.

Una leve sonrisa apareció en los labios de Gabriela, una que descargó mucha presión tanto en María como en Spencer.

Su madre sabía que había sido una encerrona, lo había calculado para estar ahí cuando llegasen, pero no podía esperar más tiempo. Su hija se venía abajo y tenía que hacer algo antes de que colapsase.

Al fin en su habitación y lo único que se atrevió a hacer fue mirar su cama con desconfianza. Tras mucho pensarlo, se puso el pijama, cogió una manta y se arrebujó en ella entre los cojines del alfeizar de la ventana. Fue allí, acomodada, más o menos, y mirando al exterior, tratando de hallar un poco de paz mental, donde el sueño le sobrevino. Llegó a plantearse no dormir, de todas formas no descansaba desde hacía días, pero descartó esa opción, o su cuerpo lo hizo por ella...

—*Mi dulce Gabriela...*

Abrió los ojos completamente desorientada. Aún podía sentir las manos de él en su cuerpo, podía recordar su mirada oscura clavada en ella y la textura de su cabello castaño perdiéndose entre sus dedos.

Menudo cambio, se dijo, de pesadillas a sueños eróticos con un sexy desconocido. Lo que debía reconocer era que había descansado algo más que las noches anteriores, aunque le dolía todo por la postura.

Llevarle un juguete le parecía un soborno, al igual que un dulce, y tampoco sabía si tenía alergias o cualquier otro tipo de problema alimenticio, pero como llevaba vino para los adultos...

De repente le vino a la mente algo que había hablado con Gabriela con respecto a las rutinas del pequeño y aquello le dio una idea. Sabía perfectamente dónde ir y a quién acudir, tan solo debía dar un leve rodeo.

Un poco más tarde, al llegar a casa de los Duarte, le sorprendió que fuese Tommy quien abriese la puerta, pero su hermana estaba detrás.

—Hola —dijo el pequeño.

—Hola, colega. Me alegro de volver a verte.

—Ya.

—Tommy —lo reprendió ella con dulzura.

La notaba diferente, más normal, más ella.

—Hola, Gabriela. Te veo mejor, ¿has descansado?

—Sí, estoy mejor —respondió tratando de contener el rubor que podría delatarla, o eso creía.

El alivio lo inundó. Era evidente que tenía un color más saludable en sus mejillas y menos ojeras, y la tensión de su cuerpo había remitido. Sus gestos, las caricias que le brindaba al pequeño.

—Oh, bien. Hola, señor Roller —saludó María apareciendo en escena con una gran sonrisa—. Sea bienvenido a nuestro hogar.

—Muchísimas gracias, señora Duarte. Y, por favor, llámeme Spencer.

—Solo si tú me llamas María, que de otro modo me haces sentir mayor, y para nada me considero tal cosa.

—María, amor —intervino un hombre alto, de pelo entrecano y gran sonrisa a espaldas de ellas—, estás hecha un bombón, nadie podría verte de otra forma, ¿cierto? —lanzó la pregunta hacia Spencer con una sonrisa pícaro.

—Totalmente de acuerdo...

—Lorenzo —aceptó este adelantándose y tendiéndole la mano.

—Un placer conocerlo, señor, a todos —añadió con una enorme sonrisa.

La familia de Gabriela lo acogió al llegar como a uno más, o al menos así se sintió. Solo Tommy estaba más distante, pero Spencer tenía un as en la manga que esperaba que funcionase.

—Les he traído una botella de vino para acompañar —dijo entregándole la bolsa de regalo a María—. No sabía si tinto o blanco, así que me decidí por un rosado.

—Oh, Spencer —soltó la mujer tomando la bolsa—, no tenías que haberte molestado.

—Para nada, si ustedes cocinan, lo menos que puedo hacer es traer el vino. Me parece lo justo. Su madre sonrió, y ella no pudo contenerse.

—Vaya, y yo que quería que les demostrases a todos lo bien que te manejas entre fogones.

—Mmm, no sé si será para tanto, pero sé defenderme con carnes y pescados.

—Bueno, bueno —interrumpió María—. Hoy la comida está lista. Otro día Spencer nos mostrará lo que sabe hacer. Tendrás que disculparme, Spencer, pero yo soy muy tradicional, así que tenemos pastel de carne y enchiladas.

—Para nada. Adoro el pastel de carne, y si las enchiladas son caseras...

—Receta familiar —pronunció con orgullo.

Los ojos de él se iluminaron.

—Entonces... ¿cuándo se come?

Todos estallaron en carcajadas. Bueno, menos uno, observó Spencer.

Tommy tan solo los contemplaba y apartaba la vista una y otra vez. Y sobre todo se centraba en Gabriela. Los celos del pequeño estaban muy claros y él quería hacerlos desaparecer. Era muy importante que lo aceptase.

—Vamos a la mesa.

Lorenzo se encaminó hacia el interior de su hogar seguido por todos, solo Tommy se quedó rezagado, mirándolo.

—Colega —se animó a decir—, te he traído algo a ti también, ya que dudo que puedas beber aún, aunque... se te ve muy mayor. ¿Ya tienes edad para beber?

—Tengo casi 7 años —dijo muy claro con el ceño fruncido y alzando el mentón.

Gabriela los observaba, dándoles un poco de espacio y a la espera de ver cómo se sucedía todo.

—Mira. —Spencer se dio la vuelta y cogió una bolsa enorme que había dejado junto al aparador de la entrada, bolsa que al pequeño no le había pasado desapercibida y que contemplaba con recelo—. Me dijo Gabriela que os gustaban los juegos de mesa —le comenzó a explicar acariciando con cariño los márgenes de la caja, aún en el interior de la bolsa—. Este era mi juego favorito de niño, es uno que creé con mi abuelo y mi hermana. Tal vez te guste. —Lo sacó y le mostró la caja forrada con papel de regalo azul oscuro.

Tommy la miró con desconfianza, pero le pudo más la curiosidad y dio un paso hacia él para cogerla.

—¿Cuál es?

—Es un juego inventado, es que en mi casa somos muy manitas y lo hemos hecho nosotros, mi abuelo, mi hermanita Cassie y yo. Se llama Sube y baja. Si quieres lo montamos después de comer y te enseño. Hace tiempo que no juego, y me gustaría... mucho.

Gabriela no perdía detalle de la escena. Era evidente que aquel juego le traía buenos recuerdos, y también que su abuelo ya faltaba en su familia. Muy posiblemente por ese motivo aquella creación había estado guardada, a saber desde cuándo.

—Vale —aceptó Tommy, aunque aún no sonreía.

—Una pequeña victoria —le susurró Gabriela al oído cuando pasaba por su lado para ir a la mesa.

—Pensé en tomar la iniciativa, a ver qué tal.

—Gracias —le respondió con ternura.

Para Gabriela aquel gesto había sido muy importante. Era cierto que no había buscado ese encuentro, pero más tarde tendría que darle las gracias a su madre si aquello salía bien.

Por el momento Tommy no había desaparecido en su habitación, respondía cuando se le hablaba y, para su sorpresa, se sentó sin protestar entre ella y Spencer.

María sintió una gran losa sobre su pecho al contemplar aquella imagen. Los tres juntos. Era lo que debía ser, lo que necesitaban Gabriela y Tommy.

Ahora tan solo podía y debía rezar.

Lorenzo observaba a su mujer. Sabía a la perfección lo que estaba pensando, pero él no estaba tan seguro de que el tal Spencer y su mundo fuesen lo que su hija y Tommy precisaban. Negó para sí, dejaría que todo siguiese su curso, que María hiciese lo que creyese mejor. Él no se opondría.

Spencer sacaba cada pieza con mimo. El tablero era de madera labrada, al igual que las piezas. Las cartas estaban hechas en cartulinas y parecían pintadas a mano; se notaba dónde estaban las pinceladas del adulto y dónde las de unos niños. Era realmente algo único.

El juego era sencillo y diferente, y Tommy cogió la explicación al vuelo; era un niño muy listo.

Gabriela y sus padres mantuvieron las distancias un rato para darle a Spencer la oportunidad de conectar con el pequeño. Se dedicaron a recoger la mesa, preparar café, e incluso madre e hija se entretuvieron más de lo necesario en terminar de decorar una tarta de frambuesas que habían hecho para la ocasión. No todos los días salían las cosas como planeabas, se dijo María.

—Mira, es así. Si te sale el caballero, vuelves a tirar porque él custodia la escalera que sube a la torre y te da un pase extra.

Se sentía genial, Tommy había acabado muy sonriente y pegado a él mientras ambos jugaban. La idea había sido un completo éxito. Por el rabillo del ojo veía a Gabriela en muchas ocasiones observándolos, pero en ninguna de ellas se había acercado, y se fijó en que los padres también les habían dado espacio. Lorenzo se había dejado caer en un sillón junto a la ventana con una taza de té y María, tras dejarle un café en la mesita y un batido al pequeño, había desaparecido también, de nuevo en la cocina.

Fue poco después que ambas se dejaron ver con un pastel y platos de postre sobre una vieja camarera. Lorenzo también se acercó como atraído por aquella deliciosa visión.

—¿Tenéis hambre? —interrogó Gabriela con una enorme sonrisa.

Tommy negó con la cabeza con el ceño fruncido y sin despegar los ojos de las cartas, pero de repente levantó la mirada y sonrió.

—¡Sí, sí, sí! —estalló dando saltitos de alegría y haciéndolos reír a todos.

—Bueno, yo no sé si será hambre —dijo Spencer—, pero desde luego que quiero probar esa delicia. Tiene un aspecto increíble.

—¡Y está aún más rico! —exclamó Tommy lanzándose a sus brazos y bajándose de nuevo preso de la emoción, una que contagió a todos los presentes ante el gesto del pequeño, uno que para Tommy no había tenido importancia alguna, lo había hecho como lo habría hecho con cualquiera de su familia, pero a todos había emocionado.

Las lágrimas se agolparon en los ojos de Gabriela y una presión, un pinchazo se alojó en su pecho. Dolía, justo en el centro. El mareo llegó antes de poder controlarlo, pero se excusó y se fue al servicio.

Nada más cerrar la puerta se dejó caer en ella y se deslizó hasta el suelo frío buscando su contacto con las manos e intentando respirar. ¿Qué le pasaba? Las lágrimas rodaron por sus mejillas sin poder retenerlas, y no solo ellas escapaban a su control: temblor, sudor helado. La cabeza le latía. ¿Sería un ataque de pánico? ¿Y por qué habría de tener semejante reacción? Estaba más que feliz, alguna explicación debía de haber, ¿no? Tal vez estuviera enferma, eso tendría más sentido.

Se incorporó como pudo cuando las sensaciones empezaron a remitir y se apoyó en el lavabo, necesitaba refrescarse un poco.

María fue la única en darse cuenta de lo que sucedía.

Era el momento.

Gabriela, tras recuperarse de aquella crisis, vivió el resto de la velada fue como la seda. Tomaron pastel hasta quedar saciados y la familia al completo se unió al juego. La partida se alargó bastante, pero todos disfrutaron, en especial de las risas del pequeño, de sus bailecitos cuando conseguía puntos extras, y sobre todo de verlo, al fin, cómodo con Spencer, y a este con él.

—Ha sido un buen día —le dijo Spencer a Gabriela cuando se despedían en el portal.

—Cierto. No estaba segura de cómo iría, pero... reconozco que mi madre ha dado en el clavo esta vez, como tantas otras, y tú también. Traer el juego ha sido una gran idea.

—Recordé lo de vuestras tardes de juegos y se me ocurrió en el último momento.

—¡Gabriela! —la reclamó su madre desde la ventana—, ¡que Spencer se lleve un trozo de la tarta que ha quedado!

—Oh, es verdad. Enseguida vuelvo.

Regresó al interior y escaleras arriba en un santiamén y María aprovechó para bajar y salir a su encuentro esquivando a su hija.

—Spencer —dijo acercándose a él con timidez—, ten. —Esta le tendió un papel doblado—. Es mi teléfono. Necesito... —miró hacia atrás, como si temiese ver a Gabriela aparecer y pillarla—. Tenemos que hablar en privado, cuanto antes.

—Eh... —Spencer dudó, pero comprendía, la preocupación pudo más—. ¿Qué sucede?

—Aquí no, ahora no. Llámame luego, cuando puedas, y tomaremos un té. —Suspiró—. Es importante.

—Claro. No se preocupe. Pero Gabriela...

—Ella no debe saberlo. Guárdalo —expresó señalando la nota.

—Sí —respondió al oír acercarse a Gabriela—. Ha sido perfecto —dijo alzando la voz—. Muchas gracias por haberme invitado.

—A ti por lo increíblemente atento que has sido. Y vuelve cuando quieras. En esta casa siempre hay comida para uno más.

—Le tomaré la palabra. Nos vemos pronto.

—Sí.

Gabriela sonreía. Era bonito verlos hablar.

—Buenas noches, princesa —pronunció ya a solas—. Espero que sueñes con algo bello —le dijo aceptando la caja con la porción de pastel.

—Ojalá. Lo que más deseo ahora es soñar contigo y con lo maravilloso que has sido hoy.

Un roce en sus labios, un tierno beso, uno que ofrecía mil y una promesas que ninguno quería expresar.

—Que descanses, Spencer.

El trabajo le había impedido salir a ver a Gabriela y ya iba justo de tiempo; había quedado con María, su madre, a unas manzanas de allí y tenía que salir de inmediato si no quería retrasarse. No le parecía bien llegar tarde. Era la madre de su... novia, y era evidente que estaba muy preocupada por algo. Tal vez por las pesadillas.

La palabra novia le había sonado tan... infantil. Estaba claro que eran pareja, que se querían, pero ese término que para unos jóvenes de veinte años era tan grande, referida a ellos que superaban los treinta era como... raro, pero sí, a falta de una expresión mejor, Gabriela era su novia y le había dicho que al final no había podido descansar esa noche, por lo que se sentía intranquilo e interesado en lo que fuese que María tuviera que contarle.

Dejó en suspensión el ordenador y se dirigió a la salida.

—¡Eh! ¿Dónde vas? —John le llamó la atención desde la puerta de su despacho.

—Discúlpame, tengo una cita y ya voy tarde —expresó cogiendo su abrigo del perchero—. ¿Necesitas algo?

—Yo no, pero Robert te ha telefoneado en varias ocasiones, y como no respondías ha terminado por darme el coñazo a mí.

—Maldita sea. —Suspiró—. Dile que lo llamo esta tarde sin falta. Ahora debo irme.

—¿Es por esa mujer?

—Sí, y no tengo tiempo de dar explicaciones. Dile lo que te he dicho. Volveré lo antes posible. Realmente no tenía tiempo, pensó mirando el reloj, así que sacó el teléfono y la llamó.

—¿Diga?

—María, soy Spencer. Me han liado, pero estoy de camino, solo me retrasaré unos minutos más.

—Tranquilo, yo también voy justa.

—Oh, bien —dijo respirando un poco más calmado—. Enseguida estoy ahí.

María contempló la carpeta que llevaba entre sus manos y tomó aire repetidamente para coger fuerzas. Creía estar haciendo lo correcto, o al menos lo era para Tommy, aunque no quería perjudicar a su hija. Si aquello no salía bien...

Siguió caminando. Se había retrasado preparando lo que con tanto celo y cariño ocultaba en aquella carpeta. Las cosas avanzaban y debía poner todo en su lugar. Era necesario. Era lo correcto.

Tal vez Lorenzo no estuviera de acuerdo con ella, pero ¿qué más podían hacer? ¿Solo esperar? ¿Que todo explotase por sí solo? No creía que esa fuese una opción.

Spencer la vio doblar la esquina y la expresión de su rostro lo puso en tensión.

—Hola —pronunció él en cuanto llegó a su lado.

—Hola, Spencer.

Ambos se miraban.

—¿Entramos y pedimos ese té? —No sabía quién lo necesitaba más, si él o ella, pensó María.

—Sí, por favor. Usted primero —dijo muy galante y abrió la puerta para permitirle pasar.

En el interior de la cafetería ambos se acomodaron junto al gran ventanal, pidieron sendas

bebidas y de nuevo evaluaron al otro.

—Imagino que tendrás que volver pronto, y no es que quiera hacerte perder el tiempo, es que no sé cómo abordar el tema. No es fácil.

—Comprendo, y supongo que es de Gabriela de quien quiere hablarme.

—Y de Tommy, y de algo que pasó.

María no sabía cómo soltarle la bomba sin hacerlo huir.

—Bien. Dígame qué pasó, y luego me cuenta toda la historia, de ese modo podemos entrar en materia y luego desglosar el asunto.

—Hablas como un auténtico hombre de negocios de Wall Street.

Sonrió.

—Deformación profesional. Y no tengo prisa. Si realmente el tema es tan grave como me parece, y tratándose de Gabriela, aquí me tendrá para lo que sea.

—Ojalá sea verdad —murmuró ella para sí. Se decidió por abrir la carpeta y sacar la primera fotografía que había guardado en ella, suspiró al verla y se la ofreció.

Spencer la tomó y se quedó con la mirada clavada en la imagen.

Era Gabriela, no había duda alguna, pero... no estaba sola.

Tomó aliento antes de formular la pregunta más evidente.

—El niño... ¿es Tommy?

—Sí.

Aquella respuesta hizo que el rompecabezas se fuese al traste. ¿Qué significaba todo aquello?

—Está bien. —Volvió a tomar aliento, lo necesitaba—. Cuéntemelo.

Su respuesta fue un consuelo para María. Al menos no se había ido sin escucharla primero.

—Antes de que te hagas ideas, te diré que Gabriela es viuda. —Él asintió, y ante su mutismo María continuó—: El de la fotografía, quien está junto a ellos es Thomas, era el marido de Gabriela y el padre de Tommy. Gabriela te habrá contado que Tommy fue adoptado por nosotros, que ella será su tutora si faltamos y demás historias, ¿no? —Asintió, no era capaz de articular palabra, tan solo observaba la fotografía—. El tema es que ella no recuerda que Tommy es su hijo, no recuerda nada. Su mente... —Negó con la cabeza, intentaba hallar el orden correcto para explicarle todo—. Ellos tuvieron un accidente de coche hace ahora algo más de dos años. Thomas falleció en el acto, Tommy, milagrosamente, salió con un par de rasguños, y mi Gabriela... —Las lágrimas inundaron los ojos de María sin remedio—. El impacto la dejó muy malherida, estuvo en coma. —Suspiró—. Fue un traumatismo muy severo, casi la perdemos a ella también. Los médicos no contaban con mi niña... —Tomó aliento—. Pero al final solo se fue su mente.

—¿Podría explicarme eso, por favor?

Era un enorme exceso de información, tan enorme que no sabía hasta qué punto aquello era real.

—Despertó, sí, y parecía estar bien. Pasados unos días, y cansada de preguntar por Thomas, tras muchas evasivas los médicos decidieron que había llegado el momento de contarle lo sucedido.

»El saber que su marido había fallecido la hizo entrar en un estado de shock hasta tal punto que se desmayó. No se supo muy bien cómo o por qué, pero era como si de nuevo estuviese en coma; fue imposible despertarla, no hasta días después. El problema llegó entonces. Su memoria se vio afectada, había olvidado casi doce años de su vida. Lo último que recordaba era que había vuelto de Seattle.

—¿Cómo es eso posible? —Estaba impactado.

—¿Negación, daño cerebral? Los médicos usaron términos más específicos, pero todo se reduce a eso.

Que no recordaba nada. Doce años borrados. Eso era una vida entera.

—¿Gabriela tiene una amnesia provocada por la negación a un hecho doloroso y traumático?

—Básicamente.

—Pero yo... Ahora empiezo a entender algunas cosas, como por qué Tommy no me quería cerca de ella, de su... madre. —No sabía cómo reaccionar—. Dios, es madre.

—Sí, y era una gran madre, y ahora, bueno, es una maravillosa hermana. Fue lo único que se nos ocurrió. Intentamos por diferentes medios y en varias ocasiones ayudarla a recordar y a aceptar lo sucedido, pero cada vez que eso ocurría, cada vez que los recuerdos despertaban, teníamos que acabar ingresándola por depresión, estrés, ansiedad; la sedaban y luego todo volvía a empezar.

»Ha pasó por psicólogos y psiquiatras durante meses y nada funciona para que mi niña volviese a estar completa. Siempre había que levantar de nuevo el muro en su mente. El doctor se encargaba de eso, de esa forma la hemos protegido de su dolor. Creando unos falsos recuerdos, dándole un guion, una historia diferente para que esté estable.

Las lágrimas rodaban por las mejillas de María, pero Spencer no sabía cómo consolarla. En ese momento solo podía preguntarse qué pintaba él en toda aquella historia. Lo que quería decir era que, a fin de cuentas, los sentimientos de Gabriela... ¿cambiarían si recordaba su anterior vida y a su difunto marido? ¿Se centraría solo en Tommy? Era madre, su prioridad, a su entender, debía ser su hijo. Era lo lógico. Y si bien era cierto que el niño parecía haberlo aceptado tras el día anterior... Dios, qué lejos quedaba aquello.

María trató de serenarse, veía a Spencer un poco pálido. La realidad era que le había solado una bomba enorme, colosal.

—Las pesadillas de la semana pasada... ¿son por todo eso? —preguntó alzando el rostro de la fotografía. También en su mirada había lágrimas sin derramar, y eso la conmovió.

—Sí, estoy segura de que sí.

—María, esto es...

—Muy duro de oír, difícil de creer. Lo sé.

—Pero... imagino que me lo ha contado por algún motivo. Quiero decir que podría haber dejado que todo fluyese. Tommy... el chico parecía haberme aceptado, yo no he opuesto resistencia al hecho de que Gabriela tuviera que haberse cargo de él, y, seamos sinceros, tampoco llevamos tanto tiempo saliendo.

Ella sonrió. Era imposible separarlo en ese momento de la pura lógica. Era como si estuviese tratando con un cliente, solo miraba el problema y buscaba la información y los caminos correctos para hallar las respuestas.

—Como dices, vamos a ser sinceros. Eres el primer hombre en el que se interesa, y sé que desde hace algunos meses. También estoy bastante convencida de que no estás... tonteando, supongo que esa es la palabra. Y están el tema de las pesadillas. Significa que la presa que sella los recuerdos en su mente está fallando. Ya le ha pasado antes, y hemos tenido que acabar en el médico hasta lograr estabilizarla, aunque sea volviendo a cerrar esas compuertas. —Suspiró—. Necesito tu ayuda, Spencer.

—¿Mi ayuda?

Asintió.

—En esta carpeta tengo toda la información, todo lo que los psicólogos han usado con

anterioridad para tratar de recuperar su mente. Historias narradas por mí, por la propia Gabriela, incluso por Tommy. Todas han sido un detonante, han tenido algo que ha activado parte de su memoria. Nunca hemos... No ha salido con nadie, y no sé si servirá de algo, pero he pensado que si tú la ayudas, si la llevas de la mano por esos recuerdos, tal vez...

—¿Quieres que el hombre del que supuestamente se ha enamorado la ayude a recordar su vida junto a su difunto marido?

Incluso María debía reconocer lo absurdo que sonaba, aunque la entendía.

—Solo te ofrezco esta información para que, si ella te cuenta cosas de sus sueños, de los recuerdos que puedan ir despertando, sí, puedas llevarla de la mano por ese sendero oculto en su mente.

Nada más despedirse, ya en la calle, llamó a John. Necesitaba tiempo, tenía que pensar, y desde luego que no estaba para hablar con nadie, no en ese momento.

Desde que puso sus ojos en Gabriela supo que era muy especial, que tras su aspecto colorido ocultaba un sinfín de capas, de historias que conformarían la personalidad de una mujer muy viva, que era pura luz... una luz que se vio apagada hacía dos años.

Miró la carpeta. Le parecía totalmente fuera de lugar leer aquellas páginas. Sería como leer su diario. No estaba bien. María no le había exigido una respuesta a su petición, solo la había hecho, tal vez con cierta insistencia, pero ¿qué madre no lo haría en semejante situación?

Guardaría los papeles y pensaría en lo demás.

Estaba empezando a inquietarse mucho. Spencer ya llevaba dos días excusándose en el trabajo y estaba convencida de que al final se había asustado al verse con Tommy.

Habían hablado por teléfono, pero no se acercaba por el quisco ni para saludar, y eso era muy raro. Y tampoco se vieron en el metro, dijo que había tenido que moverse en coche por motivos de trabajo, otra vez. Así que decidió tomar las riendas de la situación.

Entró en el enorme hall, pero no se dejó impresionar, no tenía nada que temer.

—¿Tiene cita?

Una rubia enchaquetada y bien maquillada tras el mostrador de recepción interrumpió sus pensamientos y su avance.

Estaba a punto de responder cuando volvieron a entrometerse.

—Lo creas o no, es la «amiguita» del señor Roller. Tendrás que hacerle un pase. —Para su sorpresa, la que habló y que entraba en aquellos momentos por las puertas era Megan.

—Gracias —acertó a decir.

Esta asintió y siguió su camino. La situación era extrañísima. No eran amigas, ni enemigas, al parecer. Sencillamente había sido cordial, y era muy raro viniendo de Megan, y hacia ella. No podía evitar pensar que era una trampa, una estrategia para fastidiarla de algún modo.

—Muy bien, señorita —expresa la recepcionista—, déjeme sus datos y mandaré hacer el pase de visitante habitual —pronuncia con una gran sonrisa, una enorme y amable, y ¿falsa? No podía saberlo.

Gabriela se sentía muy descolocada, no obstante le dio la información y aceptó el pase provisional que la mujer le colgó del cuello.

—Piso doce, pasillo central al fondo. Tiene el nombre en la puerta, así que no hay pérdida —dijo con un guiño.

El ascensor de cristal rodeado por setos y una fuente la dejó con la boca abierta, aunque procuró que no se le notase y subió tal como le había indicado aquella mujer.

Las plantas se sucedían y a cada paso, viendo alejarse el suelo de sus pies, más nerviosa y temblorosa se ponía. ¿A quién demonios se le había ocurrido semejante idea? ¡¿Y si llevase falda?!

El pánico debido a la altura estaba ganando terreno en su mente, o más bien ocupándola por completo sin dejar espacio para lo que se había preparado para decirle a Spencer. Estaba segura que el tema del trabajo había sido una excusa y tenía un discurso muy bien preparado, uno que se estaba esfumando por culpa del miedo que le estaba dando el verse en semejante trasto a esa distancia de tierra firme. Estuvo tentada de darle a cualquier otra planta y detener su agonía, pero respiró hondo y trató de centrarse. Por suerte, su tortura acabó unas seis inspiraciones después y al fin se vio fuera de aquella caja de cristal.

El corredor era muy amplio, pero podía ver la puerta al fondo, una de doble hoja en color negro lacado.

Caminó sin volver la vista hacia aquella jaula de tortura y vio abrirse la puerta del despacho de Spencer y a este apresurarse por la misma en su dirección, aunque tampoco era que tuviese otro

camino que poder coger.

Ambos a pasos agigantados, ambos con decenas de ideas en mente, cosas que decirse...

El gesto de Spencer, su cuerpo habló por ambos. Tomó su mano una vez la tuvo a su alcance y tiró de ella para plasmar un beso suave y dulce que marcó a fuego los labios de Gabriela.

Fue rápido, demasiado. Ella se quedó descolocada y se olvidó de todo lo que tenía en mente. Spencer la guio hasta su despacho y una vez la puerta estuvo cerrada, se acercó a la cafetera y sirvió dos tazas que depositó en la mesa de café que había entre dos sillones al entrar.

—Sé a qué has venido, por qué, y solo puedo decir que lo siento. Me sentí abrumado por todo lo que te rodea y el trabajo se complicó, y sí, he guardado las distancias con el fin de tener claro lo que siento.

Spencer hablaba apresuradamente, pero también muy seguro de sí mismo, y eso fue lo que la hizo sonreír.

—Imagino por el beso que tus temores...

—No hay. Que venga lo que tenga que venir.

—¿Al toro por los cuernos? —cuestionó ella.

—Exacto —corroboró—. Tan solo puedo disculparme y pedirte que dejemos esto atrás. Me gusta lo que hemos vivido, lo que estamos viviendo. No necesito hacerme preguntas del futuro ni suposiciones que no llegarán a nada. Tan solo quiero seguir nuestra historia hasta donde quiera llevarnos, o donde queramos llegar... juntos.

Spencer la miraba de frente, sin dudas o titubeos, y debía reconocer que le gustaba, y también que comprendía a la perfección que se hubiera tomado un par de días tras todo el caos que su mente estaba creando y el tema de Tommy.

Tommy. Pensar en él la puso en tensión de inmediato. Todo lo de ser su tutora y el hecho de tener a Spencer parecía haber provocado que su mente jugase con ella de manera muy retorcida.

Spencer notó el cambio y se sentó a su lado para tomar su mano y tratar de reconfortarla. Gabriela se puso tensa por un momento ante su inesperado contacto y luego se relajó. Los ojos de él reflejaban preocupación, pero también había algo más, algo que no sabía interpretar. No obstante, lo dejó correr; las preguntas solo traían más preguntas, y no estaba lista para hablar, aún no. El doctor Roberts la recibiría esa misma tarde y tan vez, después, se sintiese mejor.

El doctor Roberts era un reputado psicólogo especializado en traumas severos. Había tratado a Tommy tras el accidente, y también a Gabriela, aunque ella no lo recordase.

Volver a verla por su consulta era desalentador. Deseaba con todas sus fuerzas ayudarla, pero con esa ya eran cuatro las recaídas y hasta el momento no había conseguido que su mente aceptase de forma segura y sana la pérdida de su marido. La mente de ella se aferraba a recuerdos de una vida pasada, anterior a su esposo, e incluso a recuerdos inventado e implantados por él mismo para rellenar los huecos.

Una abogada de prestigio convertida en tendera de la noche a la mañana.

Un sinsentido.

La paciente fue anunciada debidamente por el interfono y él adoptó su fachada habitual.

—Pase —dijo en voz alta ante la llamada a la puerta de su despacho—. Gabriela —saludó con educación al verla en el umbral—. Entre y tome asiento. ¿Cómo está?, ¿y la familia? Imagino que viene por Tommy... —Debía hacer bien su papel.

El doctor lo había achacado todo al estrés. El inicio de su relación con Spencer había desencadenado una trama irreal en su mente. Ficción, una película...

Pero verdad era que todo aquello le sonaba rarísimo. No podía evitar preguntarse si aquel hombre le estaba ocultando algo con respecto a Tommy y su estado de salud.

¿Intuición... de hermana?

No sabía qué pensar y estaba harta de sentirse tan perdida.

Tal vez todo se había originado por verse con ambos, con Tommy y Spencer, pero... los sueños aparecieron antes, y Spencer no estaba en ellos, solo ese tipo, el dolor, vivencias que le eran ajenas...

Ya no sabía qué pensar.

Spencer se había quedado tremendamente preocupado. Estaba claro que algo estaba sucediendo en la cabeza de Gabriela, y aunque en parte rechazaba toda aquella historia, era evidente que... era cierto.

El viernes ninguno de los dos llamó al otro, y la noche del jueves tampoco conversaron antes de dormir. Pero Spencer no quería apartarse de ella, no podía. Sus sentimientos eran más fuertes y estaba muy angustiado por su situación, y ni se hacía una idea de lo que Tommy estaba sufriendo. Aquel pequeño había perdido a su padre, y a su madre, a ella también aunque de forma diferente.

Ya era por la tarde y necesitaba verla. María le había dicho por teléfono que había ido a una cita con el psicólogo el día anterior, que el mismo doctor la había avisado, y la verdad era que a él le gustaría hablar con aquel... experto.

¿Tan mal estaba la situación? ¿Era reversible?

Tenía un montón de preguntas y ninguna respuesta. ¿Cómo? Él tan solo era un jugador invitado a una partida en la que desconocía las reglas del juego.

Paró a escasos metros del quiosco y la observó. Estaba tan preciosa como siempre, pero su mente... Su cara y su mirada le decían que estaba perdida.

Decidir que quería ayudarla fue sencillo, lo que no sabía era cómo.

Acoró la distancia que los separaba, ella lo había visto aproximarse, lo había visualizado muchas veces durante el día, había ansiado aquel momento, necesitado su presencia. Empezaba a no ser capaz de discernir entre lo que era real y lo que no. Aquella ficción que su cabeza se empeñaba en mostrarle se estaba complicando por días y el puzle final no era nada atractivo. ¿Qué decía de ella que estuviese fantaseando, o lo que fuera aquello, con otro hombre cuando se suponía que estaba y... amaba a Spencer?

—Hola, cariño —saludó él, sorprendiéndose incluso a sí mismo por el apelativo. No obstante, la sonrisa en respuesta bien mereció el rubor que sentía en su propio rostro. Por un instante, demasiado corto para su gusto, hubo paz en los ojos de Gabriela.

Spencer besó su frente con ternura y la miró a los ojos sintiendo verdadero alivio al tenerla junto a él. Era ahí donde quería estar. Con ella.

—Hola —respondió.

—¿Cómo te encuentras hoy?

—¿Sinceramente? —Hizo una pausa—. Muy cansada.

Spencer tomó una decisión y la expuso en alto.

—Quiero que cojamos cita con un médico. Pienso... Debes ir a un médico. Es evidente...

—Ya lo he hecho. Ya he ido.

No fue sencillo admitirlo, no quería contarle demasiado de lo trastornada que se sentía, pero...

—Ayer fui a ver al doctor que trata a Tommy. Pensé que un hombre que hasta ahora nos ha dado tanta confianza sería una buena elección. —Suspiró—. Necesitaba que me dijese que no estoy loca, porque esto, todo lo que mi cabeza se empeña en mostrarme no tiene sentido alguno. Yo... te quiero, así que ¿por qué sueño con una vida irreal?, ¿algo falso?

—¿Es falso? —la pregunta escapó de sus labios antes de pensarlo y se arrepintió al instante solo con ver su mirada de pánico.

—Si no lo es... ¿qué es?

Quería decírselo, romper la presa y ver qué sucedía. Era muy posible que a ambos les viniese bien pasar por aquello, aunque solo fuese una vez. Tenía solución, ¿no?, siempre podría volver a levantar aquel muro... Aunque era algo que no debía decidir él solo. Había otras personas implicadas. Había un niño pequeño. Él no tenía ni idea. La última palabra la tenía su madre... aunque podía ser que por aquel motivo le hubiese pedido ayuda. Ella quería que ayudase a Gabriela, y tenía toda la información en casa.

Tenía que pensar muy bien en todo, en cada detalle. Leer cuanto hubiera en la carpeta que le había dado María.

—No lo sé, aún, pero quizá podría acompañarte la próxima vez, me refiero al doctor.

—No sé si habrá próxima vez, ni si iré a otro médico o no. Fui a uno que me inspiraba confianza y siento que no ha servido de nada. Hasta llegué a pensar que me estaba ocultando algo con respecto a mi hijo... ¡Dios! —exclamó aturrullada—. A mi hermano. A Tommy.

—Tranquila. Estás sometida a mucha presión.

—No, no. Solo son esos malditos sueños, o mi maldita cabeza. —Oírla maldecir era muy duro. No pegaba con ella para nada—. Es como si alguien estuviese jugando con mi mente de forma muy retorcida... y en el peor momento de mi vida, o en el mejor —dijo mirándolo—. Empiezo a tener mucho miedo.

—No pienso apartarme.

—Eso no puedes saberlo. Tal vez acabes harto de mí si la cosa sigue así. Buscarte una novia cuerda sería lo mejor, más fácil.

—¿Me estás diciendo que lo haga?

—Sí, no, ¡no lo sé! No sé lo que quiero decir, tan solo... —gruñó con las manos en la cabeza, presionando sus sienes con frustración—. Necesito sentirme... completa, creo que esa es la palabra, aunque la verdad es que no me suena muy bien. En realidad me suena horrible, debería sentirme así solo por estar juntos, aquí, ahora, por tenerte en mi vida, porque te quiero.

—¿Pero?

Sabía lo que ocurría, lo que estaba sufriendo y no tenía ni idea de cómo ayudarla, o sí, pero no sabía si saldría bien.

Ella no contestó, lo miraba, pero no podía decir nada. ¿Qué respondía a aquello? ¿Cuál era ese pero?

Perdida. Por completo.

—Está bien —dijo él para tomar un poco el control de la situación—. Te propongo algo, ¿qué tal si el sábado te vienes a casa y pasamos el fin de semana juntos? Un cambio de escenario. Sé que puede sonar a que quiero aprovecharme de la situación, pero nada más lejos de mi intención. Hay otra habitación, así que tendrás tu propio espacio. No hace falta... Si no quieres... —Spencer comenzó a aturrullarse y pisarse las palabras al ver la sonrisa pícaro de ella.

—Sí.

—¿Qué?

—He dicho que sí. Puede venirme muy bien salir de casa, alejarme un poco y ver qué pasa. Y con respecto a la habitación extra, creo que no será necesario.

O puede que sí. Después de todo lo que tengo que contarte es posible que la desees con desesperación, pensó él. No obstante, su respuesta fue muy diferente.

—Uf, tu madre estaría escandalizada.

—Eso ni lo dudes.

Al fin una sonrisa verdadera se plasmó en su rostro relajando la tensión en sus facciones y su cuerpo.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? —le preguntó María, ya que ella sabía exactamente lo que iba a ocurrir y lo duro que sería. Estaba preocupada desde que dejó la carpeta en sus manos, pero lo había hecho esperando... con la esperanza de que él diese ese paso.

Gabriela, su pequeña estaba sufriendo y ella no podía ayudarla, y tal vez no estaba en su mano el hacerlo.

—No lo sé, pero sí. Tengo que intentarlo.

La mujer asintió para sí al otro lado de la línea.

—¿Puedo ayudarte en algo? —se ofreció.

—En realidad, sí.

El doctor Roberts lo recibió aquella misma tarde de viernes. Conocía a Gabriela, a su hijo y la situación, y deseaba ayudar en la medida de sus posibilidades a aquel joven emprendedor que había interrumpido sus muchos compromisos por ella. Conocía bien al señor Spencer H. Roller por su reputación en el mundo empresarial, a él y a su familia, y en el poco tiempo que trató con él aquella tarde pudo ver que estaba de verdad volcado en recuperar la mente de Gabriela, de modo que guio sus pasos, le dijo cómo proceder y le ofreció su número personal por si la cosa se torcía y requerían de sus servicios.

—No es lo habitual, pero a la hora que sea y cuando sea.

—Muchas gracias.

Negó con la cabeza.

—Me importan, los dos, Tommy y ella, y si puedo hacer algo por ellos, si tengo que hacer horas extras unos días, lo haré.

Lo que dijo el doctor se quedó grabado en la mente de Spencer. Él también pensaba lo mismo.

Aquello era importante.

La noche del sábado llegó, se hizo esperar pero llegó. Nevaba, era una nieve liviana y Manhattan estaba precioso con aquel aspecto, y desde el piso de Spencer la vista era... No había palabras. Central Park parecía un cuadro, un lienzo. Hermoso.

—Impresionante, ¿cierto?

Spencer estaba a su lado, tan atractivo, formal, seguro de sí mismo. Era la visión perfecta en el lugar perfecto. Formaba parte del cuadro; el hombre de negocios, el protagonista de su propia historia observando las vistas desde las alturas, dominando el espacio con su sola presencia. Ese era su lugar, y ella... Ella era una mujer que estaba hecha un lío, cuya mente se había vuelto loca de la noche a la mañana sin motivo aparente y sin un sitio donde refugiarse, pues el ataque venía directamente desde su cerebro.

—Sí que lo es, y te pega —dijo tratando de sonreír.

Él la miró.

—A ti también. Te imagino ahí, paseando bajo los copos de nieve con tu gorro y tu abrigo, un arcoíris precioso destacando entre el blanco níveo que baña en estos momentos el parque.

Ella asintió aún absorta, al menos en parte, en sus propios pensamientos.

Spencer podía ver las nubes que iban y venían en su mente. No sabía cómo proceder. Había preparado el terreno, lo había calculado y valorado todas las opciones, meditado mucho... pero ella era un ser humano. Sus cálculos no le servirían de nada, no se trataba de una fusión. Tenía que arriesgarse, en parte a que lo odiase, incluso a que desapareciese de su vida si todo salía mal, o bien, o lo que fuera.

Debía dar el paso.

—¿Quieres cenar o prefieres charlar un rato?

Gabriela lo notó nervioso, tal vez por su presencia allí. Sería la primera vez que dormirían juntos, y la verdad era que ella también lo estaba, incluso le sudaban las manos de cuando en cuando si pensaba mucho en ello.

—Podemos hablar, tomar un poco de vino. —Eso los relajaría, pensó ella.

Spencer esperaba que hubiese elegido la cena para tener más margen, pero tal vez fuese lo mejor. ¿Para qué alargar lo inevitable? Porque él no iba a esperar.

—Muy bien. Vamos —dijo tomándola de la mano y encaminándose hasta la barra de la cocina donde sirvió dos copas de tinto—. Yo... —tomó aliento para coger fuerzas, parecía que aún necesitase un último empujoncito—. Hay algo de lo que me gustaría hablarte. Tan solo espero estar haciendo lo correcto y que te ayude. —Negó con la cabeza cuando ella lo miró con el ceño fruncido—. Será mejor que te lo muestre.

Volvió a coger su mano, tal vez buscando el contacto que temía perder de forma definitiva, y la hizo caminar junto a él y pasar a la sala de estar.

Nada más traspasar las puertas Gabriela paró en seco. Era una estancia en la que ya había estado; en ella había un escritorio de cristal ante los ventanales, unas estanterías con libros al fondo, también de cristal, un sillón blanco y un sofá de tres plazas que hacían juego y rodeaban una mesa de café en madera clara y aluminios. Y entre todo aquello había un espacio que en ese momento estaba ocupado por una pizarra repleta de fotografías, bocetos, textos escritos a mano. Pero eso no era lo más desconcertante... o terrorífico, sí, podía usar esa palabra. Eran muchas las imágenes y en todas aparecía ella en momentos que no recordaba haber vivido y acompañada por un hombre... por el hombre que aparecía en sus sueños. El miedo y la curiosidad impactaron en su mente como un choque de trenes. Se sentía mareada, pero fue la necesidad de saber la que dominó. Dio unos pasos al frente para observar con más detalle. Thomas, así rezaba en el pie de foto de una en la que aparecía ella acompañada del hombre de cabellos claros y ojos negros.

Mutismo, miedo, curiosidad. Spencer esperaba, tal vez, gritos, lloros, dolor, e incluso insultos por traerle al presente esos recuerdos. Suponía que la pérdida de su marido saldría a flote y la haría volverse en su contra. Un enfrentamiento, eso era lo que esperaba y para lo que se había preparado, para verla derrumbarse.

—¿Por qué no recuerdo nada de esto? ¿Por qué tienes toda esta información sobre una vida que ni siquiera yo recuerdo?

Gabriela seguía sin mirarlo. Sus ojos no se apartaban del panel y los de él, de ella. Estaba convencido de que la serenidad que la envolvía, o parecía envolverá, no duraría mucho.

—Tu madre, ella me dio todo y me contó lo que ocurrió.

—Entonces... hay un motivo, uno por el cual... —Dio un paso más y posó sus dedos sobre una fotografía de ella con Tommy en brazos cuando estaba recién nacido—. Por el cual no recuerdo a mi propio hijo.

—Sí, lo hay, y no es bonito.

—Quiero saberlo todo.

Él asintió, aunque ella no lo miraba, era incapaz de apartar los ojos de aquellas imágenes.

—Lo mejor será que te lo muestre. No es... agradable, pero tal vez sea lo que necesitas para despertar los recuerdos. Solo quiero que sepas que no estás sola, que lo que pasó fue hace más de dos años. Que estoy aquí y... que te quiero.

Solo reaccionó ante esas palabras. Sus ojos se clavaron en los de él y Spencer pudo ver una mezcla de emociones en la que el cariño que le tenía no quedaba oculto.

—Yo también te quiero... pero es evidente que no estoy completa, ¿cierto?

—Solo faltan algunas piezas, nada tiene que cambiar —dijo tomando y estrechando su mano—. Sin embargo, debes saber todo y, como bien dices, estar completa para poder seguir con tu vida, sea a mi lado o no.

Asintió sin querer creer que podía haber algo de su pasado que la alejase de la felicidad que sentía estando con él, pero era evidente que ya nada sería igual. Estaba casada y Tommy era su hijo. Tenía un hijo y un marido, uno al que sabía que había amado intensamente. Aquellos sueños... Aquellos recuerdos se lo habían mostrado. Lo había sentido en su corazón.

—Ayúdame, Spencer. Ayúdame a recordar —dijo mirándolo con la necesidad plasmada en ella.

Iba a ser doloroso. Él mismo consideraba terrible aquellas fotografías, pero era preciso. Debía verlo todo.

Él tomó el panel y le dio la vuelta dejando al descubierto las imágenes del accidente.

El coche destrozado en un recorte de periódico ocupaba el centro del rompecabezas junto a la triste realidad de una lápida en la que rezaba «Thomas Louise Morgan, marido y padre. Nuestro corazón. 1978-2017».

Los segundos, los minutos. Nada. Spencer la observaba. Ella...

—Debería sentir algo, algo más que empatía o un liviano sentimiento de tristeza, pero es como cuando ves una noticia que nada tiene que ver contigo.

—Tranquila. Será por el bloqueo. El doctor Roberts me comentó...

—Espera. ¿Por qué has hablado...? —Lo encaró dejando la frase en el aire cuando el puzle fue cobrando forma—. También es mi médico, ¿no?

—Sí.

Mentiras, mentiras. Falso, todo era falso.

—¿Qué te dijo?

Aún no sabía lo que pasaba por la mente de ella. Daba la impresión de estar centrada en detalles erróneos.

—Que las barreras no siempre ceden de inmediato. El muro que implantó en tu mente es fuerte y está ahí para protegerte de este recuerdo —dijo él señalando el panel.

—He perdido a mi marido y olvidado a mi hijo. —Hizo una pausa—. ¿Por qué?

—Un conductor borracho, y lo de Tommy, según me dijo tu madre, era imposible bloquear el recuerdo de Thomas sin... hacer lo mismo con Tommy.

—Pero ¿por qué?

Se sentía por completo confundida. Era ilógico.

—Tu mente no soportaba la idea de haberlo perdido.

—Pero... ¡eso no tiene sentido! —estalló—. Mi hijo pierde a su padre y ¿yo lo abandono?!

La conmoción ante aquel acto irracional la sacó de su estado de «paz». Se apartó de Spencer y de aquella desagradable imagen y luego volvió a él.

—¿Podrías apartar eso?! —le reclamó.

Él le dio la vuelta al panel, pero Gabriela ya había salido de la sala. Estaba muy alterada y su mente se había plagado de escenas vividas con Tommy.

Tommy. Su hijo.

Huérfano por elección suya. ¡Suya! Ella era la culpable de las pesadillas del pequeño. ¡Lo había dejado solo!

Miró atrás, al panel. Era muy sencillo creer que el pequeño era su hijo, lo que no cabía en su cabeza eran sus actos.

—¿De quién fue la idea de bloquearme?

—Los médicos...

—¿Eligieron por mí?! —casi gruñó aquella pregunta. Se sentía fuera de sí y no quería pagar su rabia con Spencer, pero era difícil no hacerlo.

—Fue un tema médico. Estabas fuera de ti...

—¡Eso no es excusa! Yo...

—Ya han intentado esto que yo estoy haciendo en otras ocasiones, y en todas has acabado mal. Cuando el dolor de la pérdida afloraba solo... —No sabía cómo explicar lo que a él mismo le costaba comprender, pues no lo había vivido—. No les dejabas más opción que volver a poner los muros a tus recuerdos.

—Es una muerte. —Estaba muy enfadada—. Por muy dolorosa que sea, hay que seguir adelante. Se afronta y una continúa su vida, y más si se tiene un hijo.

—Gabriela, yo no estaba, pero por lo que me han contado, no les dejabas muchas opciones.

Inaudito. Horrible.

Era un niño pequeño y ella había sido muy cruel... No, esa palabra era demasiado suave para lo que sentía contra sí misma en ese momento.

Suspiró.

—¿Qué he hecho?

Miró a Spencer con dolor. Era capaz de reconocer en su pecho ese sentimiento de pertenencia que solo se siente y se tiene cuando eres madre. ¿Cómo? ¿Cómo había permitido semejante atrocidad?

Su corazón se apretaba contra sus costillas de forma errática. Fuerte y flojo. Sin aliento.

—Le he fallado.

—Es tu hijo, y te ama con locura.

—Sí, y yo lo he dejado solo por puro egoísmo.

—No fuiste tú. El médico...

—¡Él tomó una decisión porque yo no podía afrontar la muerte de un hombre!

—Era tu marido y llevabais juntos mucho tiempo.

—¿Y eso qué?

No, no, ¡no! Aquello era incomprensible. ¡Atroz!

Las primeras lágrimas corrieron por sus mejillas sin control alguno y plagadas de un sentimiento muy fuerte de culpa.

¿Y ahora qué?

Gabriela deseaba correr a casa y abrazar al pequeño, deseaba con todas sus fuerzas recordar cada uno de los instantes que había visualizado en aquel panel. Y también temía lo que podía ocurrir si no solo recordaba a su hijo, sino también la muerte de... Thomas. Si era cierto que no podía superar aquello, ¿no sería mejor quedarse como estaba? Asumir y asimilar su nueva

realidad, esa en la que solo tenía fragmentos del pasado y seguir adelante. ¿Tan necesario era recuperar aquellos recuerdos?

Por otro lado, todo su cuerpo le gritaba que se metiese bajo una manta abrazada a Spencer y no salir más. Crear una burbuja en la que no pudiera sentirse tan miserable como se sentía en ese momento.

Spencer guardó las distancias durante un rato, aunque no la perdía de vista. Ella necesitaba saber que no la abandonaría.

La vio entrar y salir muchas veces de la sala, observar, leer, alejarse.

Lo cierto era que desconocía el tiempo que había transcurrido cuando fue en su busca y la halló acurrucada en el sofá con la fotografía en la que sostenía a su hijo por primera vez aferrada al pecho, estaba dormida y tenía el rostro marcado por las lágrimas.

Regresó al salón, tomó una manta y volvió a su lado para arroparla. Luego se acomodó a su lado y sencillamente esperó, esperó paciente. No sabía si su sueño se vería interrumpido, si lo necesitaría al despertar, ni cuánto dormiría, pero fuera como fuese él estaría allí. Siempre que ella quisiera estaría allí.

Aún era de noche, aunque las primeras luces del alba se comenzaban a dejar ver, esos hermosos tonos azules que traen consigo la llegada de un nuevo día.

Aún no se había movido, sabía que le dolería todo el cuerpo por la postura y que si cambiaba la dirección de su mirada se toparía con... la realidad, y no estaba lista para una dosis tan brutal. Al menos esperaba a tomarse un café para enfrentarse a lo que vendría. Ciertamente era que la reconfortaba el olor de Spencer, incluso el liviano peso de cuerpo, que suponía había quedado laxo al dejarse vencer por el cansancio en algún momento durante la noche. Se alegraba sobremanera de que hubiera decidido acomodarse a su lado.

Se había recostado sobre su cadera. Desplazó la mano que tenía más cerca hasta sus cabellos; el tacto de su pelo la hizo suspirar y cerró los ojos de nuevo tratando de alargar ese instante de paz.

Las punzadas de dolor en el costado debido a la postura le hicieron abrir los ojos de golpe. Había amanecido, o casi. Gabriela aún dormía, así que se levantó de su regazo tratando de no molestarla, ya que podía notar su mano sobre su cabello, y se dirigió a la ducha. Necesitaba refrescarse, pero no se demoró y salió con rapidez decidido a hacer café; ella se le había adelantado.

—Hola —susurró acercándose con cautela, lo cierto era que no tenía ni idea de qué esperar tras todo lo vivido la noche anterior.

Ella alzó la vista de la taza y lo miró a los ojos sin vacilación. Determinación, eso es lo que había en ellos.

—La velada de ayer no fue precisamente lo que esperaba.

—Lo sé —admitió él.

—¿Tienes un calmante? Voy a irme a casa.

—Por supuesto. —Se acercó a uno de los armarios de la cocina y sacó un analgésico—. Ten. Ella asintió y se lo tomó con el último sorbo de café. Había llegado el momento.

—¿Podría llevarme todo lo de...? —dejó la frase en el aire.

—Es tuyo. Solamente te lo estaba guardando.

Asintió.

—Iré a refrescarme un poco para despejar la mente antes de irme.

—Por supuesto. Te llevo en cuanto...

Spencer no continuó, ella ya negaba.

—Te lo agradezco, pero me vendrá bien caminar.

—Claro.

Y el espacio, se dijo él. Era evidente que necesitaba estar sola, y no la culpaba. Tenía mucho que asimilar, pero estaba preocupado. El doctor le había dicho que las primeras horas eran críticas. No era buena idea que estuviera sola. Sabía que María la estaría esperando, que ya estaba preparada para lo que venía, y seguro que más que él.

Gabriela cerró tras de sí la puerta del baño y se apoyó contra ella para coger fuerzas, o tratar de hacerlo. La verdad era que no tenía valor para mirar su reflejo. Lo único que su conciencia le repetía una y otra vez era que había abandonado a su pequeño en el momento que más la

necesitaba. Y sus padres, Dios, sus padres habían hecho tanto. Todo lo que había vivido desde que, supuestamente, regresó de Seattle y más tarde la aparición de Tommy... ¿Cómo era posible que para ella ese hombre, Thomas, significase tanto como para dar de lado a su hijo? Debió aferrarse a él, ser fuerte por él, tragarse el dolor y seguir con su vida.

Tenía que rellenar las lagunas...

No, antes debía pedir perdón. Tommy se merecía que su madre le pidiese perdón, y sí, necesitaba recuperar sus recuerdos. No podía vivir a medias, sin saber qué había hecho realmente todos aquellos años. Porque ¿qué había hecho el doctor, embutir recuerdos inventados? De ser así, incluso su carácter podría estar afectado. Cada individuo era lo que era por lo que vivía. El ser se formaba a partir de sus vivencias, así que ella podría ser completamente diferente si antes era ¿qué?

Tenía que revisar aquella documentación, tratar de despertar, de derribar el muro.

Volvería a coger cita con el doctor. Lo haría cuanto antes.

—Sí, Spencer, llegó hace una hora y desde entonces está arriba.

—¿Y Tommy? —se interesó él.

—Lorenzo se lo llevó al parque. No me pareció oportuno que estuviera aquí. Así le doy tiempo. No quería que se cruzasen hasta ver cómo reacciona.

—Puede que sea lo mejor. Téngame al corriente, por favor.

—Desde luego. —Suspiró—. De momento la cosa marcha mejor de lo que lo hizo las otras veces. Aunque también es cierto que es la primera vez que se centra en Tommy y en ese sentimiento de culpa como madre. Las otras veces era a Thomas y el dolor los que afrontaba primero y se bloqueaba en eso. Nada la ayudaba.

»No sé cómo lo has hecho, pero gracias.

—No me las dé aún. No sabemos lo que va a pasar cuando caiga el muro y los recuerdos llenen su mente. Una avalancha así no debe de ser fácil de asimilar.

Estaba seguro de que no, al igual que para él tampoco lo era el estar de brazos cruzados.

Domingo, poco más del mediodía y sin nada que hacer a su alcance para distraer sus pensamientos, para ocuparlos mientras esperaba.

Tenía que hacer algo, lo necesitaba.

Estaba aseado, así que se calzó, tomó su abrigo y salió. Lo decidió sin pensar, pero ver a su familia siempre era una buena elección.

Lo malo de tener la cabeza ocupada con un montón de pensamientos era que no la usaba en el momento adecuado. Era domingo, por lo que sus padres habían salido a comer y su hermana, bueno, con ella tuvo suerte, su novio estaba fuera de la ciudad y se había quedado en casa. La halló en la sala de estar arrebujada en una manta junto a la chimenea y sumergida en una lectura que lo descolocó y no quiso evaluar, pues por la portada tenía pinta de ser una novela subidita de tono, y no pensaba hablar de eso con ella, así que obvió el tema.

—Hola, pequeñaja.

Ella levantó la vista del libro y sonrió a la vez que ponía un marcapáginas en su lugar y cerraba este haciéndolo a un lado.

—Hola, Spence. ¿Cómo tú por aquí?

—¿La verdad? No sé ni en qué día vivo —dijo dejándose caer en el sillón que había a su lado.

Cassie no era tonta, su hermano no estaba bien, y mucho se temía que tenía que ver con esa

mujer con la que se le veía últimamente.

—¿Va todo bien?

Spencer le sonrió con tristeza.

—Me conoces. —Suspiró—. Es por Gabriela.

—¿Ese es su nombre?

—Sí. Su historia... Dios, ni siquiera sé cómo empezar.

Tomó aliento y dejó ir las palabras. Le relató a su hermana todo, de principio a fin. Desde las miraditas en el metro al «mi novia es viuda, tiene un hijo, y, por cierto, no lo recuerda porque sufre un bloqueo que ha implantado en su cerebro un médico para ayudarla a sobrellevar el dolor».

Era de locos. Y lo peor era que empezaba a asumir que la Gabriela de la que se había enamorado podría no ser la auténtica, sino una versión de sí misma sacada al exterior por el doctor Roberts y sus tejemanejes psicológicos.

—Vaya, está claro que hay mucho... muchísimo que asimilar —expresó ella incorporándose para acercarse más a él, hecho que agradeció, sobre todo cuando tomó su mano y se mudó del sillón al sofá, acomodándose a su lado.

—Sí.

—Y lo de revolverle la sesera... ¿fue anoche?

—Sí.

—Y ¿por qué no estás con ella? No creo que deba estar sola. —Cassie estaba confundida, su hermano no era así.

—Su madre está con ella, en el piso de abajo, son dos apartamentos, como un dúplex —dijo negando con la cabeza ante la muda pregunta de su hermana—, pero está con ella y me llamará si es necesario.

—Si lo es para ella, pero ¿y tú?

—¿Qué pasa conmigo? —preguntó con el ceño fruncido, mirándola.

—También has sufrido, te han bombardeado a información, y es evidente que quieres estar allí.

—Claro que quiero, pero eso es secundario, yo lo soy. Ahora debe encontrarse a sí misma, hallar el camino hacia su hijo, eso importa más que cualquier necesidad que pueda tener yo.

Su hermano era un pedazo de pan, pero también tenía que empezar a pensar en sí mismo en lo que se refería al amor.

—Ve. Deja de ser tan buenazo y ve a verla, y tal vez te lo agradezca.

Tal vez, sí, tal vez ella estuviese en lo cierto. A veces esa pequeñaja acertaba, aunque solo a veces.

Estaba enfrascada en leer y releer aquellas páginas, pero nada parecía despertar su memoria, y tampoco se atrevía a bajar y enfrentarse a Tommy. No sabría cómo hacerlo. ¿Qué podía decirle?

Se dio cuenta de que ya caía la noche cuando oyó la trampa del piso de abajo abrirse y con rapidez tomó todos los papeles y las fotografías y los estaba metiendo entre las mantas cuando Spencer apareció en el umbral de su habitación.

—Hola. Tu madre me...

—Tranquilo. Me alegro muchísimo de verte, de que estés aquí.

—¿Seguro? —¿Su hermana había estado en lo cierto? Al final había pasado el día con ella para darle espacio a Gabriela, tal vez esperando que ella lo llamase, pero al final cedió a la

insistencia y lógica de su hermana y antes de irse a casa decidió pasar y averiguar cómo estaba.

Asintió.

—Todo esto —expresó alzando un puñado de fotos y papeles— es muy frustrante. Nada parece... —enmudeció un segundo—. Saber que es cierto, verlo y no recordarlo solo me hace... —Ni siquiera sabía cómo contar lo que sentía—. ¡Dios! Solo tengo ganas de gritar —gruñó, algo que en ella no pegaba nada, y soltó todo de golpe para lanzarse a sus brazos cuando estuvo junto a ella—. Gracias por ser tan paciente. La verdad —antes de decir lo que quería ya se estaba riendo, o más bien sonriendo contra su pecho—, un tío más listo habría salido corriendo.

Él también sonrió.

—Seguramente, pero un hombre enamorado lucha y está ahí junto a la mujer que ama en los momentos más difíciles de su vida.

Una exhalación, eso era lo que los rodeó y solo sus respiraciones al unísono se oían en la habitación una liviana, acogedora, hogareña y que nada tenía que ver con la suya, pensó Spencer.

Así, pegada a él, embriagándose de su aroma, sumergida y protegida por sus brazos. Se sentía completa, aunque en realidad no lo estaba.

—Dime qué necesitas, ¿cómo puedo ayudarte? —Ella negaba contra su pecho aún sin alzar la mirada. Él era un refugio, y lo que necesitaba era eso, a él—. Gabriela —reclamó con dulzura tomando su mentón para poder verle la cara—, háblame.

Se perdió en sus ojos verdes, en los rasgos de su rostro, en sus labios. Alzó una mano que sumergió entre los cabellos de él, la bajó hasta su cuello y profundizó con suavidad hacia el interior de su camisa, imitó el recorrido con la otra, dejándola en el espesor de aquellas vetas castañas. Su aliento salía entrecortado. Su pecho ascendía y descendía llamando la atención sobre él, detalle que no escapó a ese hombre cuyos sentimientos la invitaban a centrarse en ellos dos, ahí, juntos, solos, y en nada más.

Spencer perdió el hilo de cualquier pensamiento coherente. Sus gestos lo habían atrapado y con sus manos ya exploraba su espalda bajo el jersey. Con el meñique, más dispuesto a inspeccionar otras zonas, lo sumergió una y otra vez por la cintura del vaquero hacia aquellos montículos redondeados.

Un suspiro de Gabriela fue el detonante, y no había vuelta atrás.

Sus labios, sus manos. Rápido y despacio. El tiempo se detuvo para ellos, al menos por un rato.

Spencer se apartó para bajar las luces y regresó a su lado deshaciéndose de la chaqueta y la camisa sin apartar ni un instante los ojos de Gabriela, de sus pozos de miel fundida, de su tez tostada y de sus cabellos azabache, pero sus manos fueron muy decididas y rápidas. Dejó a Spencer sin aliento, por completo, a sus pies, y se mostró a él tal cual era, y para Spencer, la mujer más hermosa y exótica del planeta. Así funcionaba el amor.

Las ropas de él se unieron a las suyas. El cuerpo de él, fibroso aunque no en exceso, la cautivó más si era posible.

—Te necesito a ti —susurró ella.

—Creo que siempre seré tuyo, pase lo que pase.

Ella sonrió a medias. Sabía lo que no decía, y lo entendía, aunque en aquel momento no quería pensar ni evaluar nada.

Dio un paso, y otro más hasta casi rozar su cuerpo. Las manos de ambos se entrelazaron, sus alientos se mezclaron. Sus pechos entraron en contacto con el de él y el miembro de él se alojó entre sus piernas, cálido, seguro, natural, como si siempre hubiera sido su sitio.

No pienses, no pienses, se dijo Gabriela.

Se fundieron, se amaron, y durante aquel tiempo que pasaron uno en los brazos del otro nada importó. No había pasado ni futuro, solo ese instante y era suyo.

Había quien decía que el amor era poesía, y la realidad fue que la poesía estuvo representada por Spencer y Gabriela. No hicieron falta palabras, aunque estuvieron presentes; ni música, pues sus cuerpos la crearon para ellos dos, una perfecta sinfonía con la que bailaron hasta que el sueño llegó a ellos y se dejaron ir.

Entrelazados. Se pertenecían, y ambos anhelaban que aquello tan maravilloso que estaban viviendo no desapareciese con la llegada del alba, y si así fuera, solo darían las gracias por haber tenido la oportunidad y el privilegio.

Los colores centelleando en el techo gracias a la luz reflejada a través del prisma. Destellos hermosos cuya máxima expresión dependía del ángulo del sol, y era ese momento, con el amanecer, con el astro asomando entre los edificios cuando mejor se podía apreciar aquel regalo. Tommy se lo había dado hacía tiempo, casi al poco de volver ella de Seattle, cuando se conocieron, y ahora, gracias a una de las cartas que Spencer le había dado, sabía que Tommy se lo había llevado de su antigua casa porque era un regalo que su padre le había hecho a ella, Thomas, y del que ella nunca se había alejado, o al menos eso era lo que decía el pequeño en aquellas páginas.

Gabriela miró a su alrededor preguntándose si habría más objetos como aquel, más recuerdos de esa vida.

Dejó caer sus párpados unos instantes más, no quería que la paz acabase tan pronto.

Un movimiento a su lado la molestó y el tacto de las manos de Spencer la hizo abrir los ojos para buscar su rostro, quería saber que aquello no era un sueño, pero al abrirlos una sombra en el umbral de la puerta llamó su atención y la sobresaltó.

Se incorporó de golpe, buscando a tientas algo con lo que defenderse, protegerse y a Spencer también, y entonces lo vio: Thomas. Sabía que era imposible, pero lo reconocía, había estado en sus sueños durante demasiadas noches y había visto su rostro en las fotografías, y a pesar de sentir a Spencer con ella, era incapaz de verlo a su lado, solo estaba el rostro de Thomas y la decepción que había plasmada en sus ojos, una que la obligó a mirar a otro lado para encontrarse de golpe con la dulce cara de Tommy junto a su cama, una carita surcada por las lágrimas.

—¡Lo siento! —estalló Gabriela incorporándose de golpe y sobresaltándolo. Spencer se alzó a su lado para consolarla y atraerla hacia sí, pero ella lo miró y saltó en sentido contrario, como si se hubiese quemado.

Spencer lo vio en sus ojos y lo supo. Había culpa, había pena y temor. No sabía si todo había regresado a su memoria, pero algo sí que había hecho acto de presencia en sus sueños.

Gabriela se sentía horrible en muchos aspectos. Sabía que con su reacción había hecho daño a Spencer, lo veía, pero daba igual, era incapaz de moverse, de regresar a la cama con él.

Estaba desnuda, ambos lo estaban, y la situación era dolorosa en muchos sentidos.

—Voy a irme. Necesito tomar el aire —dijo ella.

Estaba pálida y ni siquiera acertó a coger nada para cubrir su desnudez. Tan solo se fue al baño y a los pocos minutos él oyó la trampilla del piso abrirse y cerrarse. Spencer apenas podía respirar. Era evidente que había recordado o soñado algo, y fuera lo que fuese no era bueno para su relación.

—Ha sido bonito mientras duró, como suele decirse.

Sacó fuerzas para vestirse y al bajar a casa de los Duarte tan solo Lorenzo lo aguardaba con una taza de café recién servida.

—La he visto irse —pronunció—. ¿Estás bien?

—Sí. Yo... Lo importante es cómo está ella.

—No sabría decirte. Ni siquiera ha querido una taza de café.

Lorenzo lo observaba y podía ver el pesar. Aquello estaba afectando a Spencer, y mucho. Pero no sabía si había palabras que realmente pudiesen reconfortarlo.

Él asintió, se tomó lo que Lorenzo le ofrecía en silencio y le puso una mano en el hombro en señal de agradecimiento antes de dirigirse a la puerta. Debía ir a trabajar.

No estaba bien, lo que había hecho no estaba bien, se repetía Gabriela una y otra vez.

Estaba helada, tenía frío por todo el cuerpo y sabía que se debía al shock, pero emocionalmente estaba destrozada. Se había echado un vaquero y el jersey burdeos que tenía en el baño y del armario junto a la puerta había cogido su ropa de abrigo sin mirar atrás.

Necesitaba poner distancia, toda la posible. Se sentía por completo perdida y solo quería caminar, enfriar su cuerpo para sentir algo diferente al dolor que se había alojado en su corazón.

Era posible que aquel borracho que se saltó el stop fuera el culpable del accidente, pero ella había destrozado lo que quedaba de su familia al dejarse vencer por la pena, y encima había dañado a una persona más, a Spencer. Lo había hecho.

Caminó y caminó y no miró a ningún lado, no pensó, solo dejó que sus pasos continuasen y llevasen el ritmo, las riendas, y fueron ellos los que guiaron sus pasos hasta su madre, hasta la iglesia de San Patricio.

María se dio la vuelta. Como si la hubiera presentado o la estuviera esperando.

De pie, junto a la entrada de la sacristía terminaba de hablar con otros fieles y se despedía. ¿También sabía que aquello pasaría? ¿Tan transparente había sido para su familia tras el accidente? ¿Lo era antes?

Su madre se posicionó frente al altar mayor, se santiguó como correspondía a una persona de fe y rodeó por el exterior de los bancos para llegar a su lado.

Su expresión era de tristeza y cualquier reproche quedó en nada cuando la tuvo a su lado. Era su madre, y había sacrificado su vida por ella y por su hijo, se dedicaba a la iglesia, como siempre había hecho desde que tenía memoria... desde niña, o se suponía que era así... Y ahora sabía que el resto del tiempo se lo había dado a Tommy, a su hijo, suyo, mientras ella seguía con su vida, con una vida que le habían regalado sin merecerlo. No se había ganado que la trataran como a una muñeca, como a una princesa desvalida. ¡Se merecía una buena bofetada y que la hubieran puesto en su lugar!

Cuando la tuvo frente a sí solo la miró, miró en aquellos ojos cansados, los de una abuela que lo había dado todo hasta la extenuación, y que seguía haciéndolo.

—Gracias, mamá.

Las palabras de Gabriela sorprendieron enormemente a María, era lo último que esperaba oír.

Las lágrimas rodaron por las mejillas de su hija y fue María la que tomó el mando una vez más. La cogió de la mano y caminó con ella hasta la salida, y continuaron así por la calle, simplemente anduvieron agarradas.

Aquella mañana se fue cubriendo el cielo de nubes a medida que ambas dejaban que el silencio, bueno, que Manhattan las acompañase a cada paso como único sonido a su alrededor. No hablaron, no durante varios minutos, tan solo se alegraban de tenerse la una a la otra, del contacto. Habían pasado por mucho, por más de lo que Gabriela era capaz de comprender, y no quería romper aquel vínculo, ni en ese momento ni en ningún otro.

Habían estado paseando junto a Central Park durante bastante rato hasta que a su madre le dio

por girar hacia Madison muy cerca del Metropolitan. Estaban lejos de su barrio, en el Upper East Side. Allí los más ricos y nuevos ricos se mezclaban y convivían en los apartamentos más caros de la ciudad, y fue allí donde su madre se detuvo entregándole un juego de llaves.

—Ten.

Gabriela solo las miraba, no quería pensar en lo que aquel sencillo gesto significaba, porque se temía que era mucho y que implicaba tener que asimilar mucho, muchísimo más de lo que en ese momento, tal vez, podría.

—¿Es...? —dejó la frase en el aire, casi con un suspiro.

—Tu casa, tuya y de Thomas. Yo... volveré al piso en metro —añadió depositando con ternura el llavero en sus manos—. Si te soy sincera, tengo mucho miedo a dejarte sola, pero... —La miró a los ojos—. Ambas debemos ser valientes esta vez, y lo estás llevando muy bien.

—No estoy tan segura.

María negó con una sonrisa triste.

—Créeme. Entrar o no es decisión tuya, pero tal vez sea lo que necesitas para despertar tu mente, y debes elegirlo tú, tu cerebro, el querer traer todo al presente y el tratar de asimilarlo... de forma sana.

—¿Ya he venido aquí después de...?

—No. Es la primera vez. En las otras ocasiones caíste en una espiral sin vuelta atrás, una que precisó ayuda.

—Comprendo.

Su madre la besó en la frente y apretó su brazo con cariño.

—Llámanos, a papá, a Spencer o a mí, vendremos. Solo... sé fuerte.

—Por Tommy.

—Y por ti. El tercer piso es vuestro.

Asintió.

Gabriela contempló el llavero por primera vez. Un pequeño corazón de madera labrada enmarcaba una foto de Tommy y de su padre, ambos abrazados y mirando al frente, a ella. Era como si la estuvieran esperando, se dijo con los ojos puestos en la puerta. Ellos esperaban que volviese a casa, sabía que era así.

Respiró hondo y pasó al interior del edificio sin pensar en nada más. Aparcó todo en su mente, trató de dejarla en blanco y siguió así al subir en el viejo ascensor, viejo porque reconocía las viejas estructuras, pero estaba perfectamente conservado, al igual que la restauración y conservación del resto del edificio, o eso le parecía a ella.

Al detenerse este, abrió la jaula y caminó hasta la última barrera, la cual traspasó del mismo modo que la del portal. Estaba en casa... ¿no?

Aquel entorno no le era nada familiar; era muy moderno, blanco, espacioso. Cerró tras de sí y anduvo por la estancia evaluando lo que veía: la cocina abierta al salón con sala de estar y una mesa de comedor de cristal frente a los ventanales. El espacio era enorme, y que todo estuviese en el mismo lugar solo lo hacía verse aún más amplio. De alguna forma le recordaba al piso de Spencer, solo que algo cambió esa armonía de golpe. Al pasar el comedor, ante los ventanales había varias alfombras de colores montadas unas sobre otras formando una especie de puzle y junto a esta había un enorme baúl, el cual abrió y comprobó lo que imaginaba: estaba lleno de juguetes, pero no fue solo eso lo que atrajo su atención, sino las fotografías familiares de ella con ellos y con sus padres que lo forraban, y también había otra pareja mayor en algunas, los cuales supuso serían los padres de Thomas, los otros abuelos de Tommy. Y no solo la realidad de que

aquello formaba parte de su historia estaba plasmado en aquel rincón infantil; al darse la vuelta, el mural de la pared alrededor de un reloj la dejó allí, sin poder apartar la mirada, bloqueada una vez más.

Inspiró hondo y decidió moverse, seguir inspeccionando aquella casa, su casa, aunque aún no había encontrado nada que realmente le dijese que ella había vivido allí. Las fotos, aunque alguna hubiese sido tomada entre aquellas paredes, había reconocido la sala en más de una, no eran pruebas suficientes para ella. Necesitaba reconocer algo, algo tangible.

Dejó que sus pies la guiasen por el único pasillo que veía y en el cual se hallaban dos estancias: un aseo y un armario escobero, y al fondo halló una escalera de caracol, muy parecida a la de su apartamento en el SoHo, que invitaba a subir a lo que suponía que sería el ático y donde estarían los dormitorios.

De nuevo tomó aire y se animó a continuar, tenía que hacer aquello. Para seguir con su vida debía ser valiente y enfrentarse a esos fantasmas de un pasado que debía despertar.

Subió. Tres puertas; podía ver la habitación infantil y el cuarto de baño, uno muy amplio en el que decidió entrar para echar un vistazo. Todo continuaba siendo muy blanco, y sentía que no pegaba con ella. Solo los juguetes de baño del pequeño aportaban color, o eso creyó hasta que se dio la vuelta y vio los tres albornoces colgados tras la puerta, algo que la hizo sonreír. El pequeño era como un disfraz de Spider-Man, luego estaba uno bastante grande y que parecía un polo de colores en el que rezaba el nombre de Thomas bordado en el blanco... Dios, reconocía las puntadas. Dio un paso al frente y casi con temor acercó los dedos a esas letras, pero quedaron suspendidos en el aire. Bien, vale, aquello le decía que tenía una relación con aquel hombre, al menos eso. Luego miró el tercer albornoz, uno con un diseño floral con decenas de colores y su nombre en blanco.

Se dio la vuelta tratando de coger fuerzas y fue cuando vio su colonia favorita en una repisa junto a otras tantas que reconocía de los anuncios y las perfumerías de los grandes almacenes. Solo había una masculina en el centro y al frente de la repisa de cristal, solo una.

Un nudo tremendamente apretado se alojó en su estómago. Los olores podían evocar momentos, recuerdos, lugares, como cuando te acercas al cine y antes siquiera de vislumbrarlo el aroma a palomitas te llega, o el del algodón de azúcar cuando vas a una feria o a un parque de atracciones. Los olores de aquella casa no le habían despertado nada, pero podría ser que aquel inocente frasco de perfume de caballero sí que... No lo pensó, no podía, solo lo tomó y lo echó en su mochila.

Más tarde, en otro lugar, con fuerzas renovadas, y puede que acompañada de alguien que le ofreciese la valentía que en ese momento le faltaba.

Salió del cuarto y fue hasta el dormitorio de matrimonio, uno cuya puerta entornada le dio la oportunidad de respirar antes de dar el paso y empujarla para dejar ver la enorme cama con colcha blanca impoluta y sin cabecero, o al menos no uno habitual. Un mural de colores pintado en la pared hacía esa labor, uno en el que era capaz de reconocer su mano, por así decirlo, al igual que en el cubrepies. De nuevo allí había fotografías, en este caso de boda, su boda; no fue capaz de mirirlas con mucho detenimiento. La ansiedad empezaba a alojarse en su garganta. Tenía un exceso de información con el que debía lidiar y no sabía si podría, no lo sabía... ¿Era su vida? ¡Era su vida y no la recordaba! ¡Su casa!

Empezaba a faltarle el aire y se dejó caer en el sillón que había junto a la puerta, se agarró a los reposabrazos cerrando los ojos, pero algo halló aferró en su mano, una prenda, una en cada mano. Las contempló: un camisón y un pantalón de pijama de hombre... de hombre.

Tenía un marido. Estaba casada.

Era viuda y no podía recordarlo, a él, esa sonrisa dulce que la miraba desde cada fotografía... Era él, había sido su gran amor, tanto como para tener que estar pasando por eso, por su falta de memoria, y no estaba en sus recuerdos, ni en ninguna parte para... pedirle perdón.

Las lágrimas comenzaron a brotar sin control alguno. La desesperación se adueñó de ella y salió corriendo, salió de allí, bajó las escaleras y traspasó la sala para escapar de aquel lugar lo antes posible y sin mirar atrás. Ni siquiera esperó el ascensor, corrió escaleras abajo y no fue hasta estar en el portal que se dio cuenta de que aún llevaba aquellas prendas aferradas y de que no había echado la llave. Dirigió sus ojos hacia arriba. No podía volver, no de momento. Otro día, tal vez.

Necesitaba que alguien fuese hasta allí. Metió las prendas en su mochila y sacó el móvil.

—Hola, preciosa. ¿Cómo estás?

Lo pensó antes de contestar, aún estaba dentro de aquel edificio. Salió al exterior y tomó aliento con fuerza tratando de recobrar la compostura.

—¿Gabriela?

—Sí, estoy aquí. ¿Puedes venir? ¿Podemos vernos?

Mike, al otro lado de la línea, lo supo sin necesidad de preguntar, aunque le molestaba que María no le hubiera avisado, aunque tal vez ella no lo sabía.

—¿Dónde estás?

—En el 17 de la calle 79.

—Comprendo. —Se hizo el silencio entre ambos—. Estaré ahí lo antes posible. ¿Me esperas en la cafetería de la esquina?

—Vale.

Mike estaba en su vida desde antes del accidente, desde antes de todo. Lo conocía desde siempre. Él... era una opción segura, era su hermano, su amigo, ¿no? Podía ayudarla. Necesitaba ayuda.

Estaba llegando el final de la semana y nada, casi cuatro días sin saber de ella, sin que respondiese a sus llamadas o mensajes. Se había ido de su lado tras la noche más maravillosa de su vida y se sentía pisoteado, devastado. La amaba y sabía que necesitaba espacio, superar todo aquello, pero se estaba volviendo loco sin estar con ella. Había hablado con María, pero ella también iba a ciegas. Lo único que sabía era que aún no había hablado con Tommy. Algo que él pensó que era prioritario para Gabriela, o eso le dio a entender.

La puerta de su despacho se abrió de golpe y John entró sin ser invitado y con paso firme.

—Se acabó. Mueve el culo. ¡Ya! Nos vamos a tomar una cerveza, un whisky o lo que necesites para despegar el trasero de ahí y dejar de suspirar. Vas a desembuchar todo lo que te estás guardando, iremos al bar de la esquina y luego a beber de verdad. ¡A ver si sacas de una vez la cabeza del culo, joder!

Spencer lo miró pasmado y con una especie de sonrisa. Sabía que había preocupado a muchos, sobre todo a sus más allegados con su semblante serio, o tal vez depresivo.

—No...

—¡No! —lo interrumpió—. Ni hablar, tío. Me importa muy poco si ahora mismo se te cruzan los cables y me despides, pero te estás comportando como una puñetera colegiala encaprichada.

Semejante comparación le hizo mirarlo con el ceño fruncido para estallar en carcajadas sin

remedio ante la visión que se había formado de sí mismo en su mente.

—¡Bien, demonios, bien! ¡Al fin reaccionas! —John se dejó caer en uno de los sillones frente a su mesa y cruzó las manos sobre su abdomen—. Ahora vamos a hablar. Suéltalo todo. Así no puedes seguir.

Sabía que era cierto, hasta sus padres habían estado presionándolo esa misma mañana; su hermana los había puesto al tanto sin su permiso, pero se lo agradecía, le había ahorrado el trago. Miró a John, con él no había tenido tanta suerte, y era su amigo, sabía que lo era bajo toda aquella fachada de «vámonos de copas y a follar con alguna por ahí». Estaba preocupado, como todos, como él.

Se levantó, tomó su chaqueta y su abrigo, se los colocó, al igual que la bufanda, y agarró su maletín.

—Estás tardando.

John aceptó de buen grado y ambos salieron de allí.

Jueves noche y el bar El Bulevar estaba repleto de gente de las altas esferas, negocios, personas enfrascadas en conversaciones con otras y otras tantas con sus teléfonos, algunas sencillamente bebían para despejar su mente de un día de trabajo y otras seguían trabajando. De lo que Spencer estaba seguro era de que nadie de los presentes estaba a punto de abrir su corazón a un amigo; bueno, seguro que algunas de esas personas carecían de lo que entendía él por corazón.

John lo miró.

—No sé si tienes cara de café o de whisky.

Él tampoco lo sabía, no hasta que vio salir de la parte trasera a Mike, el amigo de Gabriela. Este se metió tras el mostrador con el teléfono pegado a la oreja y muy sonriente, o lo estaba hasta que lo vio. ¿Habían sido imaginaciones suyas? Estaba seguro de que su rostro había cambiado nada más poner sus ojos en él.

Spencer no quería hacerse la pregunta que rondaba su mente. Sabía que aquellos dos se conocían desde hacía mucho, puede que desde antes de todo. Tal vez...

—Dame un momento, John.

No lo miró, solo caminó hasta la barra y fue directo a Mike, quien se despidió de su interlocutor sin quitarle los ojos de encima. Ambos se miraban, se retaban, por así decirlo.

—¿Sabes dónde está? —la pregunta escapó de su boca sin más, sin tener en cuenta modales o cortesía. Necesitaba saber que estaba bien. ¡Qué demonios! Lo que de verdad necesitaba era verla y comprobar por sí mismo cómo estaba.

—Spencer —lo saludó con cierto... ¿resentimiento?—. Está... bien dentro de lo que se podría esperar. Al menos, de momento, no está catatónica como las otras veces.

Sus palabras relajaron los músculos de Spencer, fueron mejores que cualquier trago que se hubiera tomado.

—Bien, bien. Eso está bien. —Suspiró y cambió de táctica—. Me gustaría verla, hablar con ella.

—Lo que te gustaría no importa, ¿cierto? —habló a la defensiva y con los brazos cruzados sobre el pecho.

Mike se estaba conteniendo. Gabriela le había hablado de su relación, le había hablado con verdadero cariño de él y de lo maravilloso que era, a sus ojos, y tal vez fuera cierto y el superhombre de negocios fuese todo lo que ella le había descrito y más, pero también estaba echa un lío y aún no había conseguido despertar ningún recuerdo, no estando consciente. Sus sueños eran los únicos que seguían siendo una fuente de información, a veces dramática y/o problemática.

Spencer tardó en responder, y tuvo a bien el hacerlo tras recular un poco más después de su estallido de ¿celos? Bueno, si estaba de verdad colado por ella sería normal.

—Me estoy volviendo loco. No sé si has amado a alguien alguna vez, ni si te imaginas ni remotamente lo que es pasar por ese sentimiento en las circunstancias en las que me encuentro. Podría vivir sin ella, aunque ni por asomo es lo que deseo, pero no podré seguir adelante sin... despedirme, ver con mis propios ojos que está bien y que, tal vez, logre superar esto y regresar junto a su hijo. Ese niño no se merece nada de lo ocurrido, ni ella. Yo...

Su boca había perdido el control e iba por libre. Acababa de abrirse a un hombre que no conocía, que solo le servía de cuando en cuando una copa y que, para colmo, parecía saber mucho más de Gabriela de lo que él llegaría a saber jamás.

Mike no supo qué de todo lo que había vomitado Spencer sin control lo había movido a hacer lo que hizo, solo esperaba no equivocarse.

—Diecisiete de la calle setenta y nueve. Tercer piso.

Spencer frunció el ceño y luego reaccionó.

—Gracias. Muchas gracias.

El amigo de Gabriela asintió.

—Ni se te ocurra hacerle daño. Como la cagues es muy probable que ella deje de contar conmigo, y eso la dejaría sola. Se siente sola.

Él lo miró.

—No lo está. No pienso abandonarla. Jamás.

Se dio la vuelta y se topó con John. Era evidente que había escuchado todo, y aunque lo más seguro era que no se hubiera enterado de qué iba todo aquello, sí que había comprendido que sus sentimientos eran los que eran, o eso parecía.

—Tengo que...

—Vete. Vete. Soluciona todo con tu chica. Me tomaré una copa a tu salud y pondremos aquí tu colega y yo una velita al santo para que ella entre en razón y vea lo buen tío que eres.

Spencer miró a Mike, quien contemplaba a su amigo con una ceja alzada y una sonrisa ¿irónica?

No esperó más. Pasó de largo de aquellos dos y salió a la calle.

Un taxi. Necesitaba un puto taxi.

John se giró hacia el tipo del bar.

—No sabía que fueses colega de la chica de Spencer.

—Ni yo que el gigoló mujeriego pusiera velas a los santos para hacer peticiones de amor por un amigo, o lo que sea. Estamos en paz —soltó dándose media vuelta para servir un par de cervezas que le estaban solicitando desde el final de la barra.

Se sentía observado por aquel tipo, el cual no se había movido cuando se dio la vuelta.

—¿Vas a tomar algo o solo vas a quedarte ahí plantado?

John se pensó la respuesta.

—Mi colega se ha ido, y no soy muy de beber solo, ¿me acompañas?

El aludido enarcó una ceja, sorprendido.

—Pues toma café —le salió tal cual, se sentía un tanto incómodo, y no tenía claro el motivo.

—Me parece bien. ¿Me acompañas? —insistió John, estaba bastante interesado en averiguar más sobre su relación con la chica de Spencer y con el propio Spencer.

Mike lo observaba con cierto recelo, pero, demonios, él también necesitaba un trago, y la compañía. No sabía si había hecho bien con respecto a Gabriela y tal vez pudiera sacarle algo a

aquel tipo.

Se decidió por servir dos dedos de whiskey para cada uno y se acodó en la barra plantando un vaso ante el trajeado.

Gabriela miró hacia el telefonillo con recelo por la insistencia de quien llamaba. Nadie sabía que estaba allí, solo Mike, y él estaba trabajando. Bueno, nadie tampoco, ya se había cruzado en esos días con sus vecinos, a los cuales había despachado como había podido; recibir el pésame por una pérdida que no recordabas y que te hablasen de cosas de las que no tenías ni idea solo era abrumador e incómodo. Tal vez su madre... Le había preguntado mucho. Llevaba toda la semana sin ir a trabajar y por la casa solo había ido una noche a dormir. No quería ver a Tommy sin haber resuelto el puzle de su cabeza. Necesita...

El timbre sonó de nuevo, pero esta vez fue el de su puerta.

Se dirigió hasta allí y abrió sin mucha ceremonia para encontrarse de frente con Spencer.

Una avalancha de emociones se agolpó en su pecho y se acabó alojando en su garganta.

—No... —Tragó para encontrar su voz—. No deberías estar aquí. Mike no debió...

—Te equivocas. —Había seguridad en sus palabras, una que ella no tenía desde hacía días y que en ese momento la abrumaba y la invitaba a cerrar la puerta, a huir—. No hay ningún otro lugar donde deba estar. Solo contigo.

De nuevo trató de deshacerse del nudo que se le había formado en la garganta y que le oprimía la respiración.

Spencer en casa de Thomas.

No, aquello no. No podía permitir que esos dos mundos se mezclasen de ese modo.

—Gabriela, veo miedo en tu mirada —expresó él dando un paso al frente con la necesidad de tomarla de la mano y consolarla, pero se contuvo—, y me doy cuenta, por lo que puedo vislumbrar, de que es la casa en la que vivías con tu familia. Puedo irme, puedo quedarme, no es mi intención complicarte las cosas, pero —suspiró— no te alejes de mí, no pongas una distancia que me impida saber de ti. Quiero estar a tu lado, ayudarte.

Ella seguía sin responder, sin reaccionar del todo a lo que le decía, y mucho se temía haber cometido un gran error al presentarse allí cuando era evidente que ella no quería verlo, tal vez nunca más. Tenía una vida que había olvidado, y se daba cuenta de que lo que ella trataba era de recomponerla. El muro seguía en su lugar, y eso la dejaba fuera del alcance de su hijo.

Sabía que María estaba tratando de llenar aquella ausencia para Tommy, pero no estaba seguro de que fuera la respuesta. Interactuar con él podría ser beneficioso para ella... ¿no?

Realmente no tenía ni idea. Solo quería su bienestar y el del pequeño. Dejando a un lado sus sentimientos, se dio cuenta de que aquello, que madre e hijo estuviesen juntos, le importaba más que el hecho de perderla.

—Solo quiero ayudarte a recordar, ayudarte a regresar a tu hogar de forma sana, feliz. Estoy demasiado implicado para abandonarte a medio camino.

El aliento se atascó en su pecho. Gabriela se sentía sin fuerzas para reaccionar de modo coherente. Solo quería lanzarse a sus brazos, pero también apartarlo, y llorar, y gritar. Tuvo que hacer un gran esfuerzo, uno que el doctor Roberts ya le había dicho que debería hacer, y dejar que sus mundos chocasen, al menos por un rato.

Aparcaría su sentimiento de culpa... un rato.

Abrió del todo la puerta y con un sencillo gesto lo invitó a entrar.

Spencer dudó, no quería presionarla a nada, aunque que lo dejase pasar ya significaba mucho.

—No lo hagas si no estás segura...

Ella negó.

—Pasa, por favor.

Spencer lo vio nada más poner un pie en el interior. La pared del comedor le había servido para hacer un mural, y podía ver en él todo cuanto contenía la carpeta que le había dado su madre y más. No solo fotografías, sino más escritos, varios más en los que podía reconocer la letra de ella.

Spencer no apartaba la mirada del esquema.

—Pensarás que me he vuelto loca.

Él la miró.

—Para nada. Esto es muy buena idea, muy inteligente. ¿Te ayuda? Veo textos nuevos —dijo señalándolos.

—Sueños. Solo son sueños, lo demás sigue atascado aquí dentro —pronunció con cierta frustración señalando hacia su cabeza.

—Tranquila, todo volverá.

—¿Sí? ¿Cuándo? —cuestionó con rabia y los ojos rojos. Se la veía agotada y demacrada, y la estancia también sufría cierto aire de desorden. Había platos por fregar, envases fuera de lugar y el sofá... Había estado durmiendo allí, comprobó al ver las mantas y la almohada.

Se estaba obsesionando, y no la culpaba. Tan solo estaba preocupado.

—Te voy a ayudar. Primero saldremos a cenar algo decente y luego pondremos un poco de orden por aquí, y creo que podrías dormir en mi casa para despejar la mente de todo y volver fresca por la mañana, y tranquila, te recuerdo que hay dos habitaciones —añadió al ver su rechazo—. Necesitas un respiro y una mano amiga, y sé que tienes a Mike, pero yo quiero hacerlo, si me dejas.

Ya la estaba ayudando, su mera presencia lo hacía, aunque también la descolocase.

—Gracias. Sí, vayamos a tomar algo. Tengo hambre.

—Bien, eso está bien.

Era un paso, se dijo Spencer. Cuando todo aquello acabase y ella hubiese recuperado sus recuerdos y su vida, la dejaría ir. Ella era lo importante, que regresase junto a Tommy. Era una locura, pero aquel pequeño de ojos tristes y su historia, ahora que conocía de verdad los pormenores de la misma, le habían robado el corazón. Tenía que conseguir reunir a madre e hijo. Necesitaba hacerlo, acabar lo que había empezado, pensó mientras paseaban junto a Central Park rumbo a su casa. Pillarían algo de cenar por el camino y le ofrecería un refugio seguro.

—¿Italiano, tailandés, sushi? —soltó como abanico de opciones.

Ella sonrió, aunque en sus ojos no se reflejó aquel gesto de alegría. Había perdido fuerza.

—¿Tienes algo con lo que trabajar en casa? —preguntó Gabriela.

Spencer lo meditó antes de responder, había estado tan preocupado por ella que ni a la compra había ido ni mandado a la asistenta. Básicamente había estado alimentándose de comida para llevar y de algún resto que había sobrevivido en el congelador.

—Me temo que no, aunque en breve pasaremos por un veinticuatro horas.

Gabriela ya negaba, tampoco le apetecía tanto meterse en la cocina, era algo que la relajaba, pero en ese momento lo que más quería era aire fresco. Agradecía mucho que él hubiera aparecido en su puerta.

—Un par de perritos calientes en el puesto que hay junto a tu casa servirá para calmar el hambre.

Él no le respondió, solo hizo un leve gesto afirmativo. Sabía que le había hecho daño con su ausencia, lo había apartado después de la noche más maravillosa de su vida... Pero ese era el problema, ella no recordaba las noches con... No recordaba su vida junto a su marido, junto a un hombre al que, tras leer todas aquellas historias de su puño y letra, de las de su hijo y su madre, tras leer todo aquello, y sus sueños, tenía claro que lo había amado intensamente, aunque fuese incapaz de recordar ese sentimiento.

Había un abismo que los separaba, años vividos y perdidos que la hacían dudar de cada paso que pretendía dar en la dirección que fuera.

Debía ser paciente, pero también estaba harta de serlo. Sentía algo por Spencer, lo quería y lo sabía, y si bien era cierto que recuperar su antiguo yo pondría tierra de por medio entre ellos, y podía ser que la hiciera sentirse una traidora y a saber qué más, también, suponía, se merecía ser feliz, ¿no? Thomas hubiera querido que siguiese adelante. Toda persona que ama a otra desea la felicidad de su amor, ¿verdad?

Se podría aferrar a aquello, a Spencer.

Lo miró. Sus facciones angulosas, sus ojos tristes... y alejados de ella. Le estaba haciendo daño y se estaba engañando a sí misma. Si había necesitado que un loquero jugase con su cabeza para poder vivir, para poder seguir respirando, ¿cómo iba a mirar a Spencer de nuevo, a sí misma, si todos aquellos sentimientos regresaban de golpe? La respuesta era simple: no podría.

Gabriela se detuvo sin mirarlo, no podía continuar. No eran amigos, solo eran dos personas que se habían encontrado en un momento imposible y maravilloso. Había sido un regalo, uno efímero.

—Spencer, no podemos seguir —dijo mirando al frente—. Nos estamos engañando —añadió haciendo un gran esfuerzo, pues cada palabra dolía—. Lo que vivimos ha sido increíble. Un regalo inesperado, pero... cuando todos mis recuerdos regresen me odiaré, me sentiré culpable, una mujer horrible por haber dado de lado a mi familia, sin contar con el dolor de la pérdida, uno que no sé cómo afrontaré con ese sentimiento de traición. Y lo peor de todo: te haré daño a ti, y no te lo mereces. —Spencer la miraba. La dejaba hablar. No pronunciaba palabra—. Me has demostrado de muchas formas el hombre maravilloso que eres y no te mereces pasar por esto. Nos tomaremos esos perritos calientes —añadió—, si es que aún te apetece, pero luego nos despediremos y seguiremos cada uno su camino. Eso será lo mejor.

Él la había escuchado, cada palabra, y visto lo que no decía reflejado en las lágrimas que se agolpaban en sus ojos, unos preciosos color caramelo que se anegaron, unos que lo cautivaron desde que la vio por primera vez.

Aquello no era algo que Gabriela quisiera hacer, pero lo que sí podía era anteponer el bienestar de él al suyo, era algo que podía controlar, por eso lo hacía, y él lo aceptaría, de momento, se dijo Spencer tomando su mano enfundada en aquellos guantes de color y la apretó para reconfortarla. Fue ese gesto el que la traicionó y provocó que de sus ojos rodaran las lágrimas, se desprendiesen mostrando su dolor al surcar su rostro. Él se puso ante ella y las restañó con cariño sintiendo en su palma el aliento de Gabriela ante su contacto.

—Está bien —pronunció—. Sigamos, hace frío.

En ningún momento sus ojos conectaron, tan solo él tiró de ella y siguieron andando en silencio sin romper la unión de sus manos.

Su recorrido juntos, su historia llegaba a su fin, se dijo ella al vislumbrar el puesto, y no fue

consciente, pero se detuvo, dejó de caminar unos metros antes y Spencer se sonrió con tristeza. Era evidente que ninguno podía negar lo que sentía.

Apretó su mano y cambió de dirección para ir hacia su casa. Ella no se resistió, no habló, no pensó, no podía, solo las lágrimas se dejaban ir sin control alguno, su aliento salía entrecortado y sus fuerzas la abandonaban, todo lo contrario del hombre que ahora la abrazaba contra su pecho mientras el ascensor los conducía hacia el cielo. Gabriela se giró y se refugió más aún. El temor al dolor, el miedo ante la ausencia de su propia vida, el no saber quién era en realidad. Lo único tangible eran sus sentimientos por ese hombre que la abrazaba con ternura, que frotaba su espalda con ánimo de reconfortarla.

Empezó a hiperventilar y Spencer se sintió aliviado cuando las puertas del ascensor se abrieron y pudo conducirla al interior del apartamento para concederle intimidad y tiempo.

Cerró la puerta y la obligó a mirarlo.

—Gabriela —pronunció alzando su mentón, pero cuando sus ojos conectaron supo que estaba perdido, y ella también.

La pegó a sí y la besó, se hizo con su boca, una que se amoldó perfectamente a la suya, una que en ningún momento opuso resistencia, y temía que lo hiciera, y también que no lo hiciera. Aquello podría ser un enorme error para ambos, pero al mirarse el uno al otro lo supieron: estaban juntos, para todo.

Dolor. Amor.

Pérdida y encuentro.

Fundirse y amarse con los sentimientos inundándolos. Podría ser que fuese una pésima elección, pero se dejaron llevar igualmente, y ya nada importó aquella noche.

Se estaba acostumbrando a esos sueños, a los recuerdos, era como meterte en la piel de los personajes de una novela que no puedes dejar de leer, de esos que te calan, de los que te enamoras y necesitas saber más. Pero la explosión de esa noche había sido devastadora y le dolía la cabeza. Tan solo podía tratar de asimilar y de evocar todo...

Aún estaba amaneciendo, los colores cambiaban en el cielo y seguía al lado de un hombre maravilloso al que temía hacer daño.

Lo que más miedo le daba era despertar un día habiendo recuperado esa vida que no le era nada familiar y descubrir que era una persona completamente diferente. Lo miró, Spencer no se merecía que lo rechazase, ¿y si no se acordaba de lo vivido los dos últimos años o si lo odiaba por haberse acercado a ella?

Tantas preguntas y miedos. Tenía que hablar con el doctor Roberts. Quizás él pudiese solventar alguno de sus temores y ayudarla a saber qué hacer con su vida.

Se levantó. Tenía que tomarse algo para ese dolor de cabeza, y hacerlo ya, y también le urgía un café. Lo del doctor se solucionaría unas horas más tarde, por suerte tenía cita con él esa misma mañana.

Gabriela se acomodó con la taza frente a los enormes ventanales del salón para disfrutar de las vistas y apoyarse en esa relajante imagen de la ciudad y de Central Park para traer al presente y tratar de organizar en su cuaderno lo que había vivido en sus sueños y que se suponía eran recuerdos. La mayoría eran sencillas escenas familiares, agradecía no haber revivido aún el momento del accidente. Lo que más la perturbaba era que había bloqueado en su mente años, años en la universidad, en la convivencia con una persona, su boda, a su hijo, un niño que ya tenía 6 años. ¿Cuánto tiempo había olvidado exactamente? Era como si al eliminar a Thomas hubiera eliminado la mitad de su vida, y lo peor, habían rellenado los huecos con lo que era en ese momento, así que ¿quién era ella en realidad?

Aquel cuaderno se estaba convirtiendo poco a poco en un diario no solo de sus sueños, sino de sus pensamientos y sentimientos, de sus temores y de lo que deseaba. Tal vez pudiera llegar a ser un buen aliado para conciliar ambas vidas cuando todo acabase, y ojalá fuese cuanto antes.

Le gustaba una de las escenas revividas esa noche, una navidad. ¿Qué tendría Tommy? Tal vez... ¿3 años? Había sido hermoso verlo bajar corriendo al salón y...

—Buenos días —susurró Spencer con cierto temor al verla tan ida en sus pensamientos. No sabía qué esperar tras la noche, si tal vez huiría o le reprocharía.

Ella le respondió con una sonrisa que no llegó a sus ojos, pero al menos no parecía odiarlo ni nada parecido, y eso ya era un gran alivio.

—Buenos días, Spencer. ¿Has descansado?

—Sí. ¿Y tú?

Encogió los hombros.

—Dentro de lo normal, de lo que es normal para mí últimamente.

—Comprendo. —Miró el cuaderno que tenía ella entre las manos y supo lo que era—. ¿Algo importante o a destacar? —se interesó señalándolo.

—Creo que no —admitió—. Aunque aún estoy en ello. Es una costumbre que estoy cogiendo. Creo que me está ayudando a dar forma a esa vida olvidada.

—Me parece una buena idea.

—Del doctor. Y hablando de él, tengo cita en...

El sonido del timbre los interrumpió y ambos se miraron, extrañados.

Era temprano para una visita y no esperaba ningún paquete, se dijo Spencer con el ceño fruncido. El portero no dejaría subir a nadie sin aviso previo.

—Enseguida vuelvo.

Echó un vistazo por la mirilla y entendió por qué no hubo aviso. ¿Qué hacían ellos...? Abrió.

—Buenos días, cariño.

Gabriela se tensó por el apelativo, pero solo un segundo.

—Mamá, papá. Buenos días. ¿A qué debo este placer matutino?

No era el mejor momento para presentar a Gabriela a sus padres, no lo era ni lo sería hasta que ella estuviera bien y ambos supieran lo que iba a ser de ellos. Suspiró, tampoco tenía elección.

—Estamos preocupados por ti —expresó Hellen, su madre—. Te pedimos perdón en nombre de Cassie, pero ella también lo estaba y nos ha puesto al tanto de lo que sucede con respecto a...

—Spencer trató de que no dijese nada más con un par de gestos y miradas hacia el interior. No sabía cómo se tomaría Gabriela que fuese contando sus intimidades a su hermana y que esta se lo hubiera dicho a sus padres. Aquello no estaba bien—. Bueno, lo de esa mujer. ¿Estás acompañado? —preguntó su madre al oír un ruido en el interior.

—Sí, lo estoy. ¿Podemos... hablar más tarde?

Sus padres se dedicaron entre ellos una mirada que no le gustó nada.

—Queremos conocerla —expuso Hellen.

—No es...

—Es un buen momento, hijo.

La preocupación en los ojos de su madre lo hizo dudar.

Gabriela podía oír la conversación perfectamente, y aunque Spencer estaba tratando de librarse de sus padres, también era cierto que no estaba ocultando lo que hablaban, tan solo ponía cuidado en lo que decía, y lo comprendía.

Tampoco era un drama tan grande el conocer a sus padres, al menos como... ¿amiga? Bueno, podría decirse que en parte lo eran.

Se armó de valor, o reunió el que pudo, y se acercó a la puerta desde detrás de Spencer aún oculta a ojos de sus progenitores, y le tocó el hombro, solo un gesto, tal vez de consuelo hacia él para que supiera que no pasaba nada. Él lo entendió y aceptó de buen grado. Gabriela era muy importante para él, y sus padres, por eso aquel encuentro, aunque inesperado y pudiera ser que incómodo, también lo era.

—Muy bien. Pasad.

Gabriela había sido discreta y había regresado a la sala para tratar de normalizar la situación. Si Spencer había desahogado sus sentimientos y lo que sucedía con ella con su hermana y esta con sus padres, a saber lo que realmente se les había contado y lo que pensarían de ella, y podría irse, tomar algo de camino a su cita con el doctor y relajarse con el cuaderno, o lo que fuera, pero, miró a Spencer... se lo debía. Estaba a su lado, quería ayudarla, y a ella no le costaba... Bueno, sí, pero podía hacer el esfuerzo. Por él.

—Gabriela —Spencer llamó su atención al regresar a la sala acompañado por una pareja de, tal vez, la edad de sus padres, o quizá un poco más jóvenes, y que vestían muy elegantes; traje

caro por parte de él y vestido con chaqueta y perlas por parte de ella—. Disculpa, mis padres...

Se veía que no tenía muy claro cómo llevar aquella situación, así que decidió ir a su rescate.

—Buenos días. Soy Gabriela María Duarte —dijo ella de buen grado acercándose y tendiéndoles la mano, en primer lugar a la madre.

—Hellen Margaret Roller —aceptó un tanto ¿tensa?, admitió para sí Spencer—. Él es mi marido.

—Por supuesto —dijo Gabriela estrechando la mano de este—. Encantada.

Él la estrechó con mucho más cariño que la mujer.

—Jack.

Gabriela sonrió ante el trato más relajado del padre de Spencer. El hombre sonreía y casi podría decir que en sus ojos había ternura, algo que no estaba presente en la mujer.

—Señorita Duarte...

Fue el trato frío de Hellen el que la hizo saltar, a fin de cuentas querían la verdad.

—En realidad es señora Duarte-Walker, señora Roller.

Hellen se tensó un instante, pero eso no molestó ni incomodó a Gabriela, aunque sí que se dio cuenta de que su corrección había hecho daño a Spencer, al que no le había comentado que estaba tratando de familiarizarse con quien se suponía que era ella, su yo real, la que tenía que volver a ser.

—Así que es cierto. Está casada.

—Soy viuda, señora, y si su intención es tener todos los datos, sí, mi mente ha borrado años de mi vida para sobrellevar una pérdida muy dolorosa que sigo sin poder recordar debido al tejemaneje mental que me hizo un loquero, aunque prefiero llamarlo doctor.

Estaba demasiado a la defensiva y lo sabía, y el único que sonreía era Jack, el cual parecía realmente divertido con las caras de su mujer.

—Hellen, cariño, es evidente que la señora de Walker no necesita que vengas con tus preguntas a remover lo que los aquí presentes ya sabemos, sin contar con el hecho de que seguro que hemos interrumpido algo con nuestra inesperada visita. Lo mejor será...

—Señor Roller —llamó Gabriela su atención con una sonrisa dulce, una que Spencer conocía muy bien y que aplacó su tensión al momento—. Les pido disculpa por mi salida de tono, y para nada han llegado en mal momento, es solo que para mí en mi vida patas arriba y mi cabeza hecha un rompecabezas con piezas perdidas nunca es un momento propicio. —Miró a la madre con cierto rubor—. Lo lamento mucho, señora. Es evidente que no soy yo misma y que mi actitud no tiene justificación. Espero que nuestro próximo encuentro sea en mejores circunstancias.

Esta asintió con un gesto mucho más amable. Tampoco ella quería que aquello fuese mal. Era la primera vez en mucho tiempo que su hijo se interesaba de verdad en alguien, y aunque ese alguien llevase consigo ciertas complicaciones o cargas, lo que de realmente importaba era la felicidad de Spencer, el cual la miraba con un gesto que como madre suya conocía muy bien. Debía recular, ser amable y pensar en el futuro, uno que ya tenía en el tablero a un niño pequeño al que su hijo parecía adorar como propio, según Cassie, y al que le gustaría conocer.

—Debo disculparme yo también, Gabriela, si me permites el tuteo. He llegado con reclamaciones que no me competen debido al amor de madre, y me disculpo por ello. Espero encontrarnos en mejores circunstancias en un futuro no muy lejano, y conocer al pequeño, del que con tanto cariño parece hablar mi hijo, sobre todo si se diese el caso de que llegásemos a ser familia... A fin de cuentas, sería nuestro nieto.

Sería su nieto. Era su nieto. Nieto.

El pitido en sus oídos y su mente la hicieron cerrar los ojos con fuerza. Se llevó las manos a las sienes sin control sobre sus actos, lo que provocó que la taza de café se precipitase sin remedio al suelo de mármol haciéndose pedazos y dejando a todos en silencio. Solo Spencer reaccionó apartándola para evitar que se cortase y atrayéndola a sí para reconfortarla; era evidente que algo no iba bien.

A Gabriela le faltaba el aliento. La sucesión de imágenes de su mente, la falta de control, el dolor de la separación. La familia que se alejó...

Abrió los ojos encontrándose con tres pares de los mismos muy sorprendidos, sin contar con la preocupación en todos ellos.

Dio un paso atrás poniendo un poco de distancia con Spencer, gesto que incomodó a este, pero que no le reprochó.

—Debo irme. Tengo una cita a la que necesito llegar...

—Puedo llevarte —dijo él.

—Prefiero caminar.

Intentó dibujar una sonrisa al mirarlo... en vano. Spencer la conocía bien, o al menos a la que era ahora.

—Te acompaño.

Ambos eran de ideas firmes y Gabriela sabía que no lo haría cambiar de parecer, no sin poner un alto radical en su situación, así que se dirigió hacia la puerta, tomó su abrigo del perchero y no miró atrás, sabiendo que él se encargaría de todo con sus padres y le daría alcance.

Aprovecharía esos segundos, los necesitaba, y también dejar las cortesías aparcadas. Segundos, unos que precisaba para que su cabeza y su corazón dejaran de reprocharle que Jack le hubiese caído tan bien cuando nunca tuvo esa clase de conexión con Aaron, el padre de Thomas, su suegro, al que ahora tenía muy presente.

Salía del ascensor cuando la puerta de las escaleras se abrió de golpe y se encontró con los ojos verdes y preciosos de un hombre al que creía amar y al que iba a destrozar si seguían esa relación sin futuro.

Su pasado se iba a superponer y Thomas regresaría en algún momento para arrebatarse lo que estaban viviendo y ocupar el lugar que... le correspondía en su corazón. Porque era así, ¿no?, ¿de verdad le correspondía?

Hacerse las preguntas sabiendo las respuestas empezaba a ser una práctica habitual. En el ahora era Spencer quien ocupaba su corazón, y Tommy también, pero Thomas no era más que una sombra en sus sueños, una que sabía que la haría desplomarse cuando llegase el momento, uno que en parte le encantaría precipitar para acabar con todo y que por otro lado querría bloquear por completo, ponerle un candado y olvidar.

Suspiró y trató de coger fuerzas.

Spencer la miraba. No sabía cómo actuar y su cuerpo le gritaba que la tomase y la abrazase, que la protegiese de aquello que la perturbaba, aunque era evidente que no podía hacerlo, se trataba de su vida, su verdadera vida que estaba cobrando forma a marchas forzadas. Una de la cual él no formaría parte...

Se contuvo. Hizo un gran esfuerzo y se contuvo.

—¿Qué has recordado?

Ella negó.

—Tengo que ver al doctor. Necesito...

—Yo también. —Suspiró—. Gabriela, si me lo permites, estamos juntos en esto... hasta que tú

quieras. Ni puedo ni quiero alejarme. Déjame ayudarte a volver junto a Tommy, aunque solo sea eso.

—¿Y lo de anoche?

Él sonrió con tristeza. Lo vivido esa noche, cada caricia, cada beso. Se habían amado sin palabras, ya que ambos sabían que eran traicioneras y dolorosas en la situación que vivían, pues todo podría cambiar por la mañana.

—Eso puede quedar en un bello sueño entre las paredes de mi habitación. Solo un hermoso sueño.

—Un sueño... —repitió para sí.

No hablaron más, no se tocaron. Solo caminaron envueltos en sus pensamientos y siguieron así hasta la consulta del doctor Roberts y hasta que este los hizo pasar.

Manhattan estaba siendo el perfecto escenario nevado de un sueño, como decía Spencer, uno muy dulce de la mano de un hombre bueno. Aquel era su hogar, sus calles. Había nacido y se había criado allí, eso sí que lo recordaba, y sin embargo le eran ajenas aquellas imágenes, aquellos despertares. Si bien era cierto que los últimos estaban siendo lejos de las paredes que le eran familiares, esa era su ciudad, y se sentía perdida.

—¿Gabriela?

El doctor trató de llamar su atención, se había quedado absorta mirando por los ventanales y ambos, Spencer y él, comenzaban a inquietarse.

—No sé si el haber recordado a Aaron y a Felicia es bueno. No parecía que tuviésemos muy buena relación, aunque creo que el escenario de ese recuerdo...

—¿Cuál era el escenario, Gabriela? —presionó el doctor para que no dejase de hablar. Aquello era bueno. Debía seguir tirando del hilo, recomponiendo el puzle paso a paso—. ¿Cuál? —insistió.

Ella lo miró y miró a Spencer.

—El funeral de Thomas.

Spencer no habló, no gesticuló. No hizo nada que pudiese hacer ofrecerle información de lo que había en su cabeza o en su corazón en ese instante. Sería egoísta por su parte.

—¿Y cómo te sentías allí con ellos?

Gabriela volvió a mirar al doctor.

—Horrible. Me reclamaban que yo no quisiera dejarles a Tommy. ¡Pero no podía apartarme de mi hijo! —Se sentía realmente... horrible—. Aunque eso es lo que al final hice, ¿no? Lo he alejado de sus abuelos, ha perdido a su padre y yo lo he abandonado.

Charles, así se llamaba el doctor Roberts, se puso en pie y fue hasta ella, que volvía a estar absorta en las vistas del exterior, y le puso la mano en el hombro para atraer su atención. Bien sabía él que aquello no era muy profesional, pero hacía mucho... Casi podía decir que jamás en sus cuarenta años de carrera ningún caso le había tocado tanto la fibra como lo habían hecho Tommy y Gabriela, y necesitaba que todo aquello terminase bien.

Ella lo miró y las lágrimas no derramadas se desbordaron por sus mejillas.

—No lo has hecho. Sigues ahí, cada día, aunque no en la forma que tal vez te gustaría, y es por eso que estás aquí. Y debo añadir que tienes una madre increíble que lo ha dado todo. Ella se ha encargado de que Tommy siga viendo a sus abuelos y de que pase tiempo con ellos. Todo va bien. Vas progresando como se supone que debes hacer. Date tiempo, sigue formando y recomponiendo las piezas. El puzle acabará completo y todo tomará su lugar si sigues como hasta ahora. Apóyate en quien creas que necesitas y continúa viniendo una vez en semana. —El hombre suspiró—. Por

hoy hemos terminado, pero no dudes en llamarme para lo que necesites, y recuerda lo que te he dicho: es importante estar con quienes nos quieren y buscar refugio en ellos.

Refugio. Esa palabra describía muy bien cómo se sentía cuando estaba con Spencer, incluso como en aquel momento, sin tocarse y de camino a casa. Tan solo el uno al lado del otro.

A casa... Iban de camino a su casa. ¡Su casa!

—¿Por qué...?

Se quedó paralizada mirando a su alrededor cuando vio que estaban llegando a su calle, a la de sus padres, donde podría ver a Tommy.

—¿Gabriela? ¿Todo bien?

Se había puesto pálida.

—Vamos a casa.

—Sí, claro. —Spencer no comprendía...

—¡¿Por qué vamos a casa de mis padres?! —gritaba por el pánico.

—Ah, pues... En realidad, te estaba acompañando. Tú tomaste esta dirección.

La miraba con esa arruguita formada por el gesto de sus cejas debido a la preocupación, y ella se dio cuenta.

—Yo lo tomé...

Sí, ¿cierto? Lo había hecho. Ni siquiera se había dado cuenta. Apenas podía respirar. No sabía si era lo que debía... o, mejor dicho, si podía, si sería capaz de hacer aquello.

La verdad era que extrañaba a Tommy, y mucho. Llevaba casi una semana sin verlo y...

—Vale.

Aquella pequeña aceptación lo alivió. Gabriela siguió caminando y él se rezagó un momento para mandar un mensaje a María. Debía ponerla sobre aviso. No sabía cómo resultaría todo.

No habían avisado, no sabían que estaba allí, se dijo frente al portal. Tal vez no fuese buena idea. Ni siquiera sabía por qué lo había hecho.

—Esto es un error —pronunció para sí misma, pero Spencer la oyó.

—No lo es. Creo que es justo lo que necesitas. Tienes que hablar con él, con todos ellos. Te están esperando desde hace mucho, y ya tienes más piezas que antes. Tommy...

Como si el pequeño los hubiera oído, o hubiera oído su nombre, abrió la puerta del portal de golpe y apareció en el umbral.

No se lo pensó, sencillamente los miró, sonrió a medias y se lanzó a los brazos de su madre, la cual lo tomó y dejó salir en forma de lágrimas todas las emociones y todos los miedos que en la distancia había estado alimentando sin motivo; era evidente que para esa criatura ella era su madre y no necesitaba nada más que estar con ella.

Ambos se fundieron en un abrazo perfecto sin lugar para nada más.

María los observaba discretamente y con la emoción también surcando sus mejillas. No había podido retener al pequeño arriba. Solo quería bajar y recibir a su madre, verla, abrazarla. Le ofreció un mudo gracias a Spencer y este decidió que era el momento de darles espacio.

No sabía si había logrado algo, pero el primer paso, que Gabriela regresase a casa, ya lo había dado. Lo demás dependía de ella y estaría a su lado si así lo decidía.

No se despidió, no dijo nada. Solo se marchó con el deseo de que todo fuese como debía ir.

Un hasta pronto pronunciado en voz baja y volvió sobre sus pasos camino a su vida de siempre.

—Mamá, mira —expresó el pequeño por decimocuarta vez en el poco rato que llevaban en su habitación, en la de Tommy.

En esta ocasión era una foto de él de bebé en brazos de su padre y con ella a su lado con una enorme sonrisa.

Aquella fotografía le hizo recordar algo, así que se agachó junto a la cama, levantó el colchón y tomó la que supuestamente era de sus padres, y en la que aparecía Thomas acompañado de una mujer rubia.

Tommy se dio cuenta y saltó sobre su regazo.

—Esa era la tita Abby, aunque en realidad no es mi tía, solo una amiga de papá y tuya de hace mucho tiempo. La abuela pensó que así no podrías encontrar una foto que te hiciera mal y te dijimos que era mi mami, pero mi mami eres tú, claro.

—Claro —fue todo lo que pudo responder ante aquella lógica aplastante. Tenía sentido que hubieran dejado «a la vista» solo aquella fotografía.

Llevaba casi una hora recorriendo su cuarto y sacando fotos y objetos que Tommy tenía a buen recaudo en pequeños rincones de aquel bello espacio.

Este no perdía la sonrisa, solo quería estar con ella, tocarla, y mostrarle todo lo que había escondido y que guardaba con mimo de su vida con su familia.

—El abuelo Aaron sabía que te pondrías bien. Siempre lo dice. Los mayores siempre creen tener la razón, pero él sí que la tiene.

—Bueno, quiero estar bien, pero...

La mirada risueña se esfumó.

—Todavía no te acuerdas.

Se atragantó con su propio aliento. Lo último que quería era decepcionarlo, pero de ningún modo iba a mentirle.

—De algunas cosas sí, y el doctor dice que lo estoy haciendo muy bien y que pronto...

—El puzle. Sí —expresó con una enorme sonrisa—. Pues yo te ayudo, mamá.

Gabriela también sonrió.

—Eso sería perfecto.

Ambos, prácticamente a solas, pasaron el día entre las paredes de la acogedora habitación de Tommy y rodeados de los que para Tommy parecían ser tesoros de una vida que esperaba ver regresar junto a su madre, porque aunque adoraba la casa de sus abuelos, él quería volver a la suya, a su antigua habitación, a los olores de su hogar, y con su madre.

Al pensar en los olores recordó lo que aún portaba en su mochila y que temía incluso tocar: el perfume y los pijamas. Más tarde, decidió, más tarde, a solas sería el momento, se dijo.

La hora del baño fue más tranquila; el pequeño estaba exhausto tras tantas emociones.

Al fin su mamá estaba a su lado, pero de verdad.

Mulán fue la película escogida aquella noche y la que guio al pequeño al mundo de los sueños, no sin antes dejar a Gabriela sin palabras.

—Tú eres como Mulan —susurró medio dormido hacia el final de la historia—, no necesitas que te rescaten, pero sí un compañero para luchar. —Bostezó—. Me gusta Spencer. Tenemos que decirle que venga a jugar... —murmuró ya totalmente ido.

—Estaría... bien —respondió ella casi para sí y mirando el teléfono.

Se había sentido muy mal cuando este desapareció en la mañana, aunque sabía que lo había hecho para darles espacio, y lo agradecía, y aunque le encantaría compartir con él todo lo que estaba viviendo, también sabía que no era lo ideal. Tenía una vida que recuperar y que lo podría dañar. Tenía que seguir sola, sola y con... su hijo, pensó mirando aquella tierna cabecita de cabellos castaños que se abrazaba a su pecho como si temiese verse desprendido de él.

Lo rodeó con sus brazos y se fundió con él dejándose ir, aún temiendo, hacia los sueños. Habían sido muchas emociones, muchas historias puestas en su lugar y casi podía reconocer en su mente que solo faltaba que algo hiciese clic para desencadenar el caos y reestructurar todo.

La muralla caería y no tenía ni idea de lo que sucedería cuando eso ocurriese. Solo podía desear que fuese para el bien de todos.

De nuevo miró el móvil

—Buenas noches, Spencer. Y gracias —susurró dirigiendo sus ojos de nuevo a su hijo. Su Tommy.

Tres semanas más tarde...

Al fin estaban en casa, se dijo Gabriela traspasando junto a su pequeño el umbral de su casa en el Upper West Side. Las cajas inundaban el salón, pues sus padres habían cogido muchas cosas durante esos años para hacer que Tommy se sintiese arropado, y solo podía estarles agradecida.

Tommy entró en tromba y fue derecho a las escaleras.

—¡No corras! —exclamó por temor a que diese un traspie al subir.

—¡Vale, mamá!

Sonrió, qué bien se sentía.

Soltó el bolso y las bolsas de la compra sobre la barra de la cocina y al darse la vuelta se quedó plantada observando el enorme mural de fotos, cartas y demás que se suponía que ella había confeccionado.

Aquello era un recordatorio más de lo peor que había hecho en su vida.

—Lo siento muchísimo, cariño —susurró tomando una foto de su boda y acariciando el rostro de Thomas—. Me llevará tiempo compensaros a ambos por estos dos años, tiempo para sobrellevar el luto, pero nuestro Tommy me dará fuerzas.

Tomó aliento tratando de hacer bajar el nudo que se había formado en su garganta y las lágrimas que se agolpaban en sus ojos. Debía guardar todo aquello y poner un poco de orden en su hogar. Ya era hora de normalizar sus vidas, la de su hijo. Él necesitaba que su madre tomase las riendas, y lo iba a hacer.

Se volvió hacia su bolso y con todo el cariño sacó el bote de perfume; su aroma había sido el detonante, se dijo recordando aquella noche hacía semanas.

Estaba a punto de dejarse llevar por los sueños cuando regresó a su mente lo que quería hacer. Había llegado ese «más tarde». Tommy dormía y ella debía intentarlo, debía hacer un esfuerzo más ese día. Había tenido mucho miedo, pero su pequeño llevaba demasiado tiempo siendo valiente por los dos. Era su turno.

Aquel bote de perfume lo había despertado todo, recordó con cariño. Fue rápido y doloroso, fue ese aroma, el de su marido, su Thomas, uno que llevaba usando desde la universidad, uno que siempre se sumaba al de él el que logró romper el muro.

Sin respiración, en el suelo, con las lágrimas surcando su rostro y temblores por todo el cuerpo, fue allí postrada cuando entendió por qué su hijo había cogido también un bote y lo tenía en su habitación, lo había visto, y aunque ella había sido un poco drástica, pues prácticamente se había bañado las manos con el perfume, había logrado el objetivo. Sí, sus manos y el suelo estaban impregnados por el líquido, pero como si de una cortina se tratase, esa tela cayó y todo volvió, y eso era lo que quería. Todo. Todo había regresado, se dijo llorando de alivio, de dolor, respirando aquella esencia, su esencia, su Thomas, el que ya no estaba, al que jamás volvería a escuchar.

Gabriela negó con la cabeza, todo aquello ya pasó, estaba en su casa con su hijo y no quería pensar más en aquello. Estaban de vuelta y por fin empezaba a sentirse ella misma.

Vamos, Gabriela, es hora de poner todo en su lugar.

Se remangó y se puso manos a la obra; acomodó el interior de unas cuantas cajas y las usó para meter en ellas aquel puzle que aún había en su pared y que solo servía como recordatorio de lo ocurrido. Sabía que había fotos que debían volver a su lugar en los álbumes de la repisa, pero eso lo haría cualquier otro día. Debía adecentar un poco el espacio, sus suegros llegarían en cualquier momento y quería un aperitivo al menos. ¿Sería disculpa suficiente? Dios, la última vez que se vieron... fue terrible, pero un entierro, el de su hijo, su esposo, nunca es agradable, y ellos la pusieron en una situación muy violenta al querer hacerla parecer como una mala madre por no dejar que su hijo de solo 4 años presenciase el funeral de su padre. Incluso querían llevárselo, estaban convencidos de que ella no podría con todo. Era evidente que se dieron cuenta antes que la propia Gabriela de que aquello era así, de que no podría. Y aún no sabía lo que había cambiado después de esos dos años. Se sentía diferente, y no tenía sentido. Se sentía entera de nuevo para seguir adelante con su hijo. Recordaba vagamente la manera en la que se encerró en sí misma, el dolor, uno que de momento era capaz de llevar. Podía respirar, y eso no era lo que estaba en su memoria. Cuando le dijeron que su marido había fallecido todo su mundo colapsó, se sintió caer, se hundió en un pozo sin forma de salir a flote. Aquellas aguas negras se tragaron su mente...

Thomas había sido su compañero y confidente, su mejor amigo durante toda una vida. El dolor por su ausencia era infinito, pero... ahora podía aprender a vivir con ello y estar bien por y para su hijo.

Miró hacia las escaleras con cierta tristeza; se sentía horrible por todo lo que le había hecho pasar. Iba a hacer lo que estuviera en su mano para que aquello no le dejase secuelas irreparables. No tenía más prioridad que él. Tommy.

El timbre sonó antes de lo que le hubiera gustado.

—Ha llegado la hora. Ánimo, Gabriela —se dijo.

Dirigió sus ojos hacia las escaleras esperando ver a Tommy bajar corriendo para ver quién era, no fue así. Bueno, eso le daba tiempo con Aaron y Felicia.

Tomó aliento, se miró un segundo en el pequeño espejo que había junto a la puerta, y abrió.

Dos rostros serios se iluminaron al verla y lo siguiente fue verse envuelta en un abrazo inesperado por parte de ambos.

—Hija —dijo Felicia—. Hija, no sabes cuánto me alegra que por fin estés bien. Han sido dos años terribles. No te imaginas...

Las lágrimas se agolparon en la garganta de la mujer sin dejarla acabar.

—Lo que Felicia quiere decir es que estamos felices de tenerte de vuelta. ¿Cómo estás? —preguntó su suegro con verdadera preocupación.

Una vez frente a frente pudo apreciar las diferencias, el paso del tiempo y de la pérdida. Había sido muy difícil para todos, bueno, para ella había sido diferente. No sentía ese tiempo, solo... Era como si solo hubiesen transcurrido unas semanas tras el accidente, como si hubiese estado dormida.

—Encajando el golpe, por así decirlo. —No sabía cómo explicar lo que ella solo sabía por boca de otros, así que lo mejor sería apartar el foco de ella y dirigirlo a otro—. ¿Y vosotros?

—Ha sido duro. Se nos han hecho unos años muy largos y terribles, la verdad. Amargos sin vosotros —expresó la mujer—. ¿Y Tommy?

—Arriba. Iré a buscarlo.

Era una buena salida para concederse un momento. No era necesario hablar de todo aquello de golpe.

—Poneos cómodos. Enseguida vuelvo.

Subió los escalones llamándolo, se asomó a su habitación y la encontró vacía, luego al baño y al ver que no estaba empezó a asustarse hasta que observó la puerta de su dormitorio abierta, ella siempre la cerraba.

Se acercó con sigilo y allí lo halló, se había arrebujado sobre la colcha y parecía dormido. Se acercó despacio y lo que vio le rompió el corazón un poquito. Tommy había cogido el pijama de su padre, el que ella había paseado en la mochila durante días y que había devuelto a su lugar cuando decidieron regresar a su casa, y lo tenía aferrado con fuerza entre sus manitas, y sí, se había quedado dormido.

Habían sido dos años muy duros.

Lo arrojó y lo dejó descansar. Ojalá pudiera meterse en la cama con él y dormir una semana, o un mes, pero tenía que atender a sus suegros.

—Descansa, cariño, luego vengo a hacerte compañía.

Besó sus cabellos y salió de la habitación.

Domingo. Ya era domingo, el tercero, se dijo Spencer parado frente a la librería del estudio de su padre en el domicilio familiar y totalmente absorto en ese pensamiento. Mirando sin ver, sin oír lo que tenía a su alrededor, sin escuchar en absoluto lo que su progenitor le estaba diciendo, detalle que Jack no había tenido en cuenta, pues el hombre seguía enfrascado en su discurso sobre retos y adquisiciones con su copa de brandy en una mano y un puro en la otra. Fue Cassie la que al llegar se dio cuenta de la situación y le abrió los ojos a ambos con una sonrisa traviesa.

—Veamos —expresó en alto—, no sé cuál de los dos me resulta más gracioso; si el que está abstraído del mundo con los ojos enfocados y mirando a través de los libros que nada le cuentan, no en este momento, ya que en ellos no hallará las respuestas a sus dudas amorosas, o el que está tan enfrascado oyendo su propia voz que es incapaz de ver más allá de su nariz como para observar a su hijo, cuyo mal de amores lo tiene atrapado por completo.

Ambos la miraron y se observaron mutuamente con sendas sonrisas.

—Sois muy monos —añadió Cassie—, pero la comida espera —anunció dando media vuelta y saliendo de nuevo de la estancia.

—Hijo mío —comenzó Jack—, tomaste una decisión.

—Sí, y deberé vivir con ella.

Jack asintió con cierta tristeza en su mirada, una en la que la experiencia brillaba con un toque especial, uno que Spencer esperaba ver en su propio reflejo algún día.

—¿Has sabido algo nuevo?

—Solo por Mike. —Ante el ceño fruncido de su padre y la muda pregunta, aclaró—: Ya te hablé de él, es el amigo de Gabriela, el del bar El Bulevar.

—Ah, sí, sí. ¿Y bien?

—Va a regresar a su casa, la que compartía con su marido y su hijo.

—Ya veo. Y... ¿ese lugar está en Nueva York?

—Sí.

—¿En Manhattan?

Spencer frunció el ceño y contestó.

—Sí, claro.

—Entonces... ¿dónde está el problema? No ha huido, no se ha mudado del país ni se ha

escondido en ninguna cueva, ¡por el amor de Dios! Ve a buscarla.

Una risotada triste escapó de los labios de Spencer. Su padre era único.

—No es tan simple, papá. Ella tenía una vida, una que debe retomar, y si me quisiera en ella habría tenido noticias tuyas o de su madre, y no estaría mendigando migajas a un tío que no conozco y que sabe más de ella de lo que seguramente llegaré a saber yo jamás, sobre todo viendo el panorama. —Negó para sí—. No, papá, todo acabó. Solo tengo que asimilarlo y pasar página.

—Pues aunque estés hablando de páginas no es en esos libros mugrientos y ajados donde hallarás un futuro romántico, créeme. Yo lo intenté antes de conocer a tu madre y no dan más que dolores de cabeza. Sal, queda con John e iros a cazar chicas o como lo digáis ahora. Vive.

Spencer admiraba a su padre en muchos aspectos, pero era la primera vez que ese hombre le daba una lección de vida tan clara. Vivir, eso era lo que tenía que hacer, pero no sabía cómo, no sin ella. Se sentía un tanto perdido tras haber estado tan implicado en la historia de Gabriela, en su mundo, en su mirada, en sus labios... en su cuerpo. Añoraba su colorido por las mañanas, su sonrisa de las tardes y su calor junto a suyo por las noches, noches escasas, sí, pero le faltaba.

Su tiempo había sido corto y muy intenso.

Suspiró. Su padre tenía razón, necesitaba salir y comenzar a vivir.

Hablaría con John.

Fue... no sabía lo que fue, pero aquella mañana, tras cinco reuniones, no sabía cuántas llamadas ni documentos a firmar, su cuerpo le exigió un respiro, tomar aire fresco.

Salió del despacho sin mirar atrás ni a nadie, sin abrigo ni nada, solo con la chaqueta, de la cual alzó el cuello nada más poner un pie en el exterior. Le urgía salir de allí, sumergirse en el parque y respirar.

Empezó a caminar y se internó en Battery Park, fue allí donde vislumbró sin querer, y bastante sorprendido por la escena, a John con Mike, y lo de sorprendido se quedaba corto, ¡se estaban besando! John, su John, el loco mujeriego que saltaba de cama en cama cuando podía. Lo cierto era que desconocía aquella faceta suya, pero sí que tenía muy presente que su amigo no era de besar, él consideraba aquel acto muy íntimo y decía que confundía a las mujeres, pero... ¿pensaba lo mismo de los hombres o aquello era diferente?

Sonrió. Estaba claro que había perdido a su colega de ligoteos, de ahora en adelante se las tendría que apañar solito. Pero se alegraba por él, y el tal Mike parecía buena persona.

Siguió caminando. Respirando. Rodearse de un poco de vegetación para despejar la mente siempre era una buena idea, especialmente en ciudades como Nueva York donde te puedes ver absorbido por la velocidad y el bullicio. Un sonido único, sí, pero a veces podía llegar a ser una auténtica pesadilla.

Lo de su amigo había sido una impresión, pero de repente se encontraba mejor, más ligero, la felicidad de sus seres queridos era una buena medicina para el corazón, pero no tan buena como para que no le afectase ver de nuevo a Tommy y Gabriela, juntos, en el quiosco y atendiendo al pequeñajo que siempre iba a por sus gominolas con forma de tiburón. Estaban los dos, él y su hermana pequeña, pero toda su atención se centró en ella, en Gabriela.

Se quedó parado a cierta distancia y observando la escena.

—*Allel*, cuando sea más grande quiero que me contrates como a Tommy.

Gabriela llevaba toda la tarde sonriendo, era imposible no hacerlo al estar rodeada de esas personitas que con sus ocurrencias le hacían ver a uno el mundo desde un prisma muy diferente, más sencillo.

—Eso estaría genial. Creo que serías un gran ayudante, Parker, y seguro que Sussi también quiere.

Pero la niña ya negaba.

—No, no. Yo voy a vender globos y a montar en pony.

—Vaya, pues me das mucha envidia. Me encantan ambos. Siempre quise un pony.

Spencer sonreía y sonreía sin poder dejar de hacerlo. Había vuelto, estaba allí. Se acercó con paso firme y no fue hasta que Tommy y ella se quedaron solos con sus confianzas que él intervino.

—Yo podría comprarte ese pony —expresó divertido y con una mirada soñadora, una que se esfumó cuando ella lo miró y le respondió.

—¿Disculpe? —Gabriela se tensó ante las palabras de él y fue Tommy quien tomando su mano la apaciguó.

—Mamá, es Spencer. ¡Hola, Spencer!

El entusiasmo del pequeño no interrumpió el duelo de miradas, tenso por parte de ella y triste, de él. Para Spencer estuvo del todo claro, cristalino cuando se dio cuenta de lo que ocurría, y no era que no se lo hubieran advertido, simplemente no había contemplado aquella posibilidad. Le parecía imposible borrar de la mente de alguien vivencias de un plumazo, pero ella era especial, ¿no? Si su marido y su hijo habían desaparecido de su mente durante dos años, ¿por qué no él? El doctor Roberts se lo dijo. Gabriela había vuelto al punto de partida.

—Me alegra volver a verte, Gabriela.

Ella seguía mirándolo con desconfianza.

—Sí, claro. Lo mismo digo...

—Mamáaaa... —llamó el pequeño su atención para que siguiese con los quehaceres.

Ella se sobresaltó, como si despertase de golpe.

—Eh, oh. Sí, disculpe. ¿Qué le apetece? —preguntó con educación.

Spencer se heló. Era la primera vez que sentía frío de verdad desde que había salido del edificio.

—¡Ey! Al fin os veo juntos de nuevo —la voz de John atrajo la atención de Gabriela, pero solo por un segundo. Spencer ni siquiera parpadeó. Ella había fruncido el ceño y la confusión brillaba en sus ojos color caramelo.

Spencer se obligó a apartar la mirada y dirigirla hacia John, quien llegaba acompañado de Mike.

—Sí —expresó hacia este con una mirada que esperaba captase su atención—, parece ser que nuestra tendera favorita ha vuelto. Ya pensé que me quedaría sin mi regaliz de por vida.

—Ah, no. Eso no —saltó Tommy—. Mamá te lo puede llevar a casa, ¿verdad, mamá?

Gabriela miró a su hijo totalmente pasmada.

—¿A casa?

Lo último que Spencer deseaba era confundirla.

—Sí, es que Tommy se empeñó un día que me encontré mal y viniste a casa. —El pequeño frunció el ceño sin comprender, pero aquello fue lo único que se le ocurrió a Spencer—. Muchas gracias, colega. ¿Me das un abrazo?

El pequeño sonrió, y olvidando todo lo demás, saltó del puesto lanzándose a sus brazos.

Él sintió que se le rompía el corazón en mil pedazos, era muy probable que aquella fuese la última vez que hablaran. Debía poner distancia y seguir con su vida, atender al consejo de su padre.

Aspiró con cariño el dulce aroma del pequeño, le sonrió al apartarlo y le susurró:

—No le digas a mamá nada de mí, ¿vale? —Tommy lo miró sin entender, él sabía que Spencer y su madre se querían—. Ahora estáis bien los dos juntos, ella es tuya, y sé que la vas a querer y cuidar por los dos.

—Entonces... ¿no volveremos a jugar todos juntos a Sube y baja?

—Juntos no, pero haré algo, te haré llegar el juego a través de Mike, así podrás jugar con mamá.

—Pero ella no sabe como tú...

En los ojos de Tommy empezaron a formarse unas lágrimas que rompieron el corazón de Spencer y que pusieron en la cuerda floja sus buenas intenciones y su voluntad, así que miró a Mike buscando ayuda, rogando con la mirada.

—Eh, Tommy, ¿y si dejamos que mamá se apañe un rato y tú y yo vamos a los toboganes?

El niño miró a Mike con un nuevo interés, pero no se olvidaba de Spencer, este se estaba despidiendo de él. Era pequeño, pero no era tonto.

—Seré fuerte por mamá.

—Así me gusta, colega —expresó con cariño.

Tommy lo abrazó y besó con fuerza, y salió corriendo seguido de Mike.

Gabriela estaba en shock, Spencer se dio cuenta cuando se levantó y la miró, pero no podía remover aquello.

—Debo irme. Me alegro de verte mejor, Gabriela. —Suspiró y se dio un momento para coger fuerzas—. Ya nos veremos.

—Ah, sí. Claro —dijo ella, aún muy confundida.

El tal Spencer se dio la vuelta y se marchó acompañado del nuevo noviete de Mike y dejándola por completo alucinada. ¿De qué iba todo aquello?

Desde luego ya había sido una sorpresa el tema de Mike, siempre supo que era bisexual, aunque en pocas ocasiones lo había visto con un hombre, pero lo del tipo ese era nuevo. ¿Había ido a su casa? ¿Había ido a llevarle golosinas? Aquella historia no había por dónde cogerla.

Dos meses más tarde...

Se miró los zapatos sin atreverse a dar ni un paso más, como tantas otras veces. La gente transitaba a su alrededor y solo podía observarlas. Había pasado mucho tiempo, había tenido algunas citas y había tratado de dejar toda esa historia atrás, pero no era fácil. Cuando una persona entraba hasta el fondo de tu corazón y se aferraba a él era muy difícil sacarla y hacer espacio para nadie más.

Aquel último día con Tommy y Gabriela en ese mismo parque, al despedirse, su intención había sido la de poner fin a su historia, pero no lo había logrado. Por eso estaba allí plantado.

—¿Spencer?

Se sobresaltó al oír aquella voz familiar y casi provoca que se le cayese la bolsa que llevaba. Se dio la vuelta y se encontró con esos ojos sabios capaces de ver a través de él. Estaba seguro que lo había calado desde el minuto uno.

—María. ¿Cómo está?

Ella sonrió por su trato y la pregunta cordial.

—Es evidente que mejor que tú. ¿Pensabas ir a verla?

—Algo así —admitió cerrando los dedos con fuerza sobre el asa de la bolsa.

—Gabriela ya no viene por aquí —dijo mostrando las llaves del quiosco—, ahora soy yo quien lleva el puesto, y debo reconocer que me encanta —expresó con una sonrisa, pero la decepción se reflejó en los preciosos ojos azules de él y María se sintió culpable. Él no estaba bien, pero la vida era como era y los caminos no siempre unían a las personas como ellas querían.

—Me alegro por usted. —Spencer no sabía qué decir, solo que necesitaba irse. ¿Ella ya no volvería por allí?, ¿no más encuentros con los pequeños?, eso era lo único que podía pensar—. Entonces nos veremos por aquí —expresó con la intención de despedirse. Aquella noticia le había pesado más de lo que le gustaría admitir ante aquella mujer, pues estaba claro que ella era feliz con el trabajo, y lo entendía.

—Desde luego —aceptó María. No deseaba retenerlo, él precisaba asimilar aquella novedad—. Cuídate, Spencer —dijo con cariño, uno al que él no prestó atención, solo podía alegrarse de que al menos ella lo hubiera captado.

Spencer asintió y regresó sobre sus pasos, pero se paró en seco. Había ido no solo para verla, también por otro motivo. Se lo había prometido.

—María —la llamó dándose la vuelta y alzando aquella bolsa que con tanto celo había estado custodiando cada vez que iba al trabajo desde hacía casi dos meses—, ¿podría darle esto a Tommy?

Ella se quedó muy sorprendida, ya que en cuanto cogió la bolsa reconoció la caja que había en su interior.

—¿Estás seguro? —¿Le iba a dar a su nieto el juego que había hecho con su propio abuelo? Pero Spencer asintió y en sus ojos vio cariño, uno muy... soñador, esa sería la palabra.

—Se lo prometí, y nunca rompo una promesa. Sé que lo tratará con el mismo cuidado que yo.

Con él estará en buenas manos.

Ni por asomo pensó que ese día se encontraría a Spencer, y mucho menos la faceta que él le mostraría. Le acababa de hacer ver que su interés, su amor no había sido solo para su hija, Tommy también disfrutaba de ese lugar especial en el corazón de ese hombre.

—Se alegrará mucho, te lo aseguro. —Tenía que decírselo—. Ya no habla casi nunca de ti con su madre, al menos por lo que yo sé, pero a mí sí que me pregunta —admitió—. Es solo que he preferido darte espacio para que pudieras rehacer tu vida, seguir adelante. Pero no creas ni por un segundo que nos hemos olvidado de ti, y serás bienvenido si quieres ver a Tommy cuando lo desees.

—Gracias.

El nudo que se había formado en su garganta le hizo saber a Spencer que aquello había sido real, había sido una etapa breve en su vida, pero intensa y muy real. Y se había acabado. Ella lo había olvidado, había regresado a su antigua vida, y él... debería estar más centrado en la empresa. Esa era, de momento, su compañera, aunque sonase extremadamente desolador.

Al traspasar las puertas de su despacho y tras tomar una enorme bocanada de aire, tocó el interfono y solicitó la presencia de John, el cual entró sin llamar unos segundos después; ya iba a su encuentro, claro.

—Eh, pez gordo, ¿me has llamado? Yo venía a...

Spencer lo interrumpió tajante y serio.

—¿Tienes los documentos de la fusión?

John lo observó y tristemente volvió a ver en su amigo las secuelas de un encuentro fallido o de algo que tenía que ver con ella.

—Sí, aquí mismo —expresó dejando su maletín sobre la mesa de Spencer a la vez que tomaba asiento frente a él para rebuscar en su interior—. Solo queda que lo reviséis tú y los abogados, pero tenemos a dos de baja y a uno de vacaciones, así que...

—Bien, pues habla con mi padre, seguro que conoce a alguien capaz de hacer ese trabajo sin más demora. Llevamos meses con este asunto. Ya debería estar todo ultimado y más que cerrado.

Asintió. Su amigo no estaba de humor y se estaba desahogando con él. No le importaba, por una vez podía hacer de saco de boxeo; Spencer lo necesitaba, y también que encontrase una manera de ayudarlo a continuar con su vida, y aunque lo de correrse una juerga había pasado a la historia para él desde Mike, suponía que si hablaba con este respecto a la situación de Spencer no le importaría que retomase ese papel por una noche, solo haría el papel de amigo pesado y juerguista, eso no hacía daño a nadie. Tenía que hablar con su... ¿novio? Vaya, aquello era una novedad aún mayor, pero sí, aunque no se habían llamado así entre ellos, estaba claro que Mike era su novio, y le gustaba poder usar esa palabra. También tendrían que hablar de eso, pero ahora tenía que sacar a su amigo de su cueva, por su bien y el de la gente que lo rodeaba.

Ser viuda inspiraba ternura y tristeza, ser madre soltera... hacía que no te volviesen a llamar, pensó Gabriela.

Estaba harta de tanta entrevista, de ir de aquí para allá por todo Nueva York sin un resultado aceptable; propuestas de mierda o un «le diremos algo». Aquello era un asco, como diría su Tommy.

Había dejado de cualquier forma los tacones sobre el parqué junto a la entrada, el maletín un poco más allá en la encimera de la cocina, y se había ido hasta el sofá donde se había dejado caer

entre los mullidos cojines. Cerró los ojos por un momento y los abrió de nuevo para mirar la fotografía que tenía justo delante, sobre la mesa de café.

—¿Qué estoy haciendo, Thomas? Nos has dejado un buen colchoncito para una temporada; fuimos sensatos y precavidos en eso, y nuestros padres están ahí para ayudar, pero tengo que ser realista, necesito un empleo que me permita mantenernos a los dos para no tener que tocar ese dinero —Suspiró—. ¿Se te ocurre algo? —preguntó incorporándose y tomando la foto entre sus manos para acariciar con ternura el marco—. Te extraño tanto. Tú sí que sabrías qué hacer...

El timbre sonó y el repiqueteo de dedos sobre la madera justo antes de abrirse la puerta le hizo saber que su pequeño ya estaba en casa.

Apenas se fijó en Mike cuando la puerta se abrió, pues una pequeña mancha roja a la carrera atravesó la estancia para tirarse sobre ella tarareando algo a pleno pulmón, lo que la hizo reír a carcajadas y quedarse sin aliento cuando se lanzó sobre su pecho.

—¡Mami, mami! ¡Soy Superman! —exclamó loco de contento. Llevaba puesta una capa del héroe de DC y sonreía y reía tanto que solo pudo contagiarse y dejarse arrastrar por su felicidad.

—¡Desde luego que sí! —dijo riendo—. ¿Qué tal las clases? —le preguntó sentándose con él en su regazo.

—¡Bien, bien! ¡Pero lo mejor ha sido cuando el tito Mike me ha recogido y me ha traído esto! —hablaba a voz en grito. Señalaba, gesticulaba. Estaba muy emocionado y era contagioso, tanto que la hizo olvidarse de todo por unos minutos.

—¡Guau, es una pasada! ¿Sabes?, te propongo algo, tú vas a lavarte y a ponerte el pijama, y el tito Mike y yo pedimos una pizza y rematamos la velada, pero rápido, que mañana hay clase.

—¡Sí, sí, sí!

Salió de la estancia veloz y dando saltitos.

Para él todo había pasado, todo tomaba su lugar, su espacio, incluso el «tito Mike». Ella sonrió con tristeza mirando a su amigo. Últimamente pasaban tanto tiempo juntos que el pequeño había decidido que ese era su tío. Claro, ni su padre ni ella tenían hermanos y Mike era lo más parecido a eso.

—¿Todo bien? —preguntó el susodicho señalando la fotografía que descansaba en el sofá a su lado.

Ella la contempló con cariño y la cogió para ponerla en su lugar.

—Sí, solo me desahogaba un poco.

—Imagino que tampoco ha habido suerte.

—Imaginas bien, y la verdad es que estoy muy cansada.

—Ya... —Mike dudó, pero solo un momento. Su mejor amiga necesitaba equilibrio y volver a ser feliz, y tal vez él pudiera hacer algo al respecto—. Creo que yo sí que te traigo un poco de suerte. A ver, es temporal, pero te dará tiempo para encontrar otra cosa, o tal vez, si todo va bien, al final acabes en plantilla. Yo solo...

—¿Estás de broma? ¿Qué es? ¿Dónde? ¿Cómo...?

Estaba extasiada. Manhattan, Nueva York en general era un lugar muy competitivo en el ámbito laboral, y encontrar un trabajo medio decente...

Una hora más tarde ya se había puesto de acuerdo con la chica de recursos humanos de la empresa en cuestión para verse al día siguiente. Y más nerviosa de lo que quería admitir, acompañada de esos dos hombres maravillosos disfrutó de la cena y de un fin de noche que auguraba grandes cambios, y esta vez tenía una buena corazonada.

La mañana llegó demasiado rápido, al igual que ella al lugar de la entrevista. Tomó aliento ante las puertas acristaladas del Edificio Roller y las traspasó con la seguridad que le daba el ir sobre sus tacones favoritos y con su maletín bien agarrado.

La mujer que había tras el mostrador sonrió de oreja a oreja nada más verla.

—¡Señorita Duarte! Me alegra volver a verla por aquí. Tengo su pase listo, así no tendrá que esperar y podrá tomar el ascensor principal siempre que lo desee.

¿Volver a verla? ¿Allí?

Gabriela estaba muy confundida, pero se acercó y aceptó el pase.

—Disculpe, pero tengo una cita en recursos humanos con...

—Conmigo —atajó alguien a sus espaldas. Al darse la vuelta se encontró con una rubia de cuerpo y atuendo impecables que caminaba derecha al ascensor sin tan siquiera mirarla más de un segundo.

—Vaya con ella —le susurró la recepcionista—. A la señorita Cunningham no le gusta que la hagan esperar.

Gabriela no se lo pensó. Apretó la mano sobre el asa de su maletín y se unió a la mujer en el ascensor, uno que le provocó cierta ansiedad cuando empezó a elevarse y se dio cuenta de que hasta el suelo era de cristal.

Una planta, otra, otra más. Metros y metros de caída libre bajo sus pies.

Lo tenía clarísimo, si empezaba a trabajar allí acabaría buscando las escaleras y así haría ejercicio. Ni de broma volvería a montarse en ese trasto.

Megan estaba muy, muy, muy tensa. John la había puesto al tanto de la situación y le había rogado que se comportase del modo más profesional posible y que le diese el puesto sí o sí a esa mujer, y aunque él no tenía ni la más mínima idea de lo que exigía el trabajo en cuestión, sí que le había dicho que lo importante era que Spencer y Gabriela estuviesen en el mismo lugar para lograr que ella lo recordase o que al menos se volvieran a tratar para ver si de nuevo surgía la chispa. «La chispa», ¿se podía ser más cursi?, se dijo.

Estaba claro que John había cambiado mucho desde que estaba con el tal Mike.

Negó con la cabeza y se preparó para lo que tenía que hacer: representar un papel. Consideraba a Spencer un amigo, y aunque tal vez en algún momento durante los años que llevaba tratándolo había albergado la opción de ser algo más, lo cierto era que en su mente lo que vislumbraba a ese respecto era la fusión de las familias, algo del todo ventajoso y para nada romántico.

No sabía si en algún momento de su vida hallaría algo así, como lo que esos dos habían compartido, pero podía ayudar a un... ¿amigo? Esa era la intención.

Cuando estuvieron acomodadas en su despacho lo primero que hizo fue informar a esa mujer de que la entrevista sería gravada.

—Muy bien, empecemos.

La entrevista había sido larga, tensa cuando se mencionó el tema familiar, pero la señorita Cunningham no le dio mayor importancia, o eso le pareció. Tal vez para ellos urgía más el incluir un abogado a su plantilla en ese momento.

Salió del despacho relativamente satisfecha, le había dicho que esa misma tarde le pasaría el horario y los honorarios para que ella pudiese decidir. ¡Ella! Estaba muy sorprendida, aunque no las tenía todas consigo, no hasta tener el contrato por delante.

Atravesó el enorme pasillo en busca de algún letrado que le indicase el camino hasta las

escaleras, porque aunque estaban en el piso octavo de ninguna manera volvería a meterse en aquella trampa de cristal. Si era preciso bajaría descalza.

Llegó a una intersección cuando vislumbró al fin el cartel, pero también a él.

Spencer se quedó completamente paralizado, no era capaz de mover ni un músculo por miedo a que aquello fuese una alucinación, pero estaba tan cambiada que la verdad era que dudaba mucho que fuese producto de su mente.

—Gabriela —susurró.

—Ah, eh... Hola...

—Spencer, soy Spencer.

—Spencer —su nombre salió de sus labios como si acariciase cada sílaba—. Me alegra volver a verte —expresó ella—. No sabía que trabajases aquí.

—Sí, bueno... —¿Para qué decirle que aquello era suyo?—. Sí. ¿Y tú? ¿Qué...?

—Acabo de hacer una entrevista. A ver si hay suerte.

Ella medio sonrió. Le resultaba muy extraño hablar con él.

—Seguro que sí.

Ambos se miraban sin atreverse a moverse, pero era evidente que allí no se podían quedar.

—¿Te apetece un café? —preguntó él con la esperanza de pasar unos minutos más a su lado. No quería que se fuera.

—Tal vez otro día. —Gabriela se sentía muy extraña en su presencia y estaba empezando a imaginarse cosas raras. Spencer era un hombre muy atractivo y que llamaba su atención de un modo que no alcanzaba a comprender—. Con suerte nos veremos por aquí —añadió.

—Estoy seguro —y tanto que lo estaba, se aseguraría de ello de inmediato. No estaba seguro al cien por cien de que aquello estuviese orquestado por John, pero el porcentaje era muy elevado—. Que pases un buen día, preciosa. —Spencer enmudeció. El apelativo se le había escapado, y no era nada profesional soltar una cosa así. Aquello...—. Lo siento —se apresuró a disculparse—. Es una mala costumbre. Es que me... me recuerdas a alguien y yo...

—No te preocupes.

La realidad era que no le había molestado, más aún, era como si su corazón hubiese ido por libre durante un segundo y hubiese saltado de su pecho de pura emoción.

—Adiós, Spencer. —Necesitaba poner distancia.

—Adiós... Gabriela.

Gabriela salió del edificio tras bajar el enorme tramo de escaleras. Estaba muy confundida. Allí pasaba algo más y debía averiguar qué era.

Tenía en su mente más de dos años en blanco y mucho se temía que el tal Spencer había pertenecido a su vida durante ese tiempo...

Es una locura.

Lo importante era que estaba segura de a quién debía interrogar al respecto.

Atravesó la calle y fue derecha hasta el bar, cruzó el umbral y se dirigió directa hasta él.

—Tenemos que hablar —interrumpió a Mike, el cual se hallaba enfrascado en una charla un tanto acalorada con un tipo que tenía pinta de ejecutivo recién salido del trabajo sobre el partido que se estaba retransmitiendo en la televisión—. Ahora —insistió.

Mike la miró con una expresión que Gabriela reconoció al instante: culpabilidad y falsa inocencia.

—Estoy traba...

—¡No! Estás de descanso, o lo vas a estar pero ya. Vamos —ordenó agarrando por la manga a

su supuesto amigo y tirando de él para sacarlo de detrás de la barra y llevarlo a uno de los reservados del fondo. Se tomaba esas libertades porque el bar era de él y no había nadie que lo fuese a reprender—. ¿Qué pasa con el tal Spencer?

Directa al grano.

—No sé de...

—Sí, lo sabes. Es amigo de tu John, ¿no? Así que supongo que lo conoces, y porque trabaja aquí al lado, y por su forma de hablarme tanto la otra vez en el parque como hoy, que por cierto me lo he cruzado en los pasillos de la empresa para la que me he entrevistado gracias a ti, estoy segura de que me estoy perdiendo algo que debería saber. ¡Pero ya! —Su carácter afable y sosegado estaba oculto y empañado por el miedo, uno muy estúpido e irracional, aunque con todo lo vivido, ¿quién podía culparla? Sencillo, ella misma—. Lo siento —dijo tratando de respirar hondo—. Esto no es fácil.

Mike negó con la cabeza y tomó su mano acortando la distancia sobre la mesa los separaba para reconfortarla, gesto que realmente la alivió.

—Te lo contaré todo, o todo lo que sé por ti y por tu madre; también puedes terminar de unir las piezas que te falten con ella. Lo principal que debes saber y que no pienso suavizar es que Spencer y tú erais pareja, lo habéis sido durante semanas. Os pasasteis varios meses solo comiéndos con los ojos en el metro hasta que ambos decidisteis dar el paso. —Ella se había quedado en shock, podía verlo—. Gabriela, tienes que asumir que no recordabas nada de tu vida y que te enamoraste de un hombre bueno, uno que ha sido el único que consiguió hacerte reaccionar y volver junto a Tommy sin importarle lo más mínimo las consecuencias, esas que os han separado. Es un tío legal, y aunque ahora mismo todo lo que a él respecta es un enorme agujero negro en tu mente, debes saber que te salvó de ti misma y que luego te dejó ir para que fueses feliz con tu hijo a tu manera, para que pudieses guardar luto si así lo deseabas.

Gabriela se perdía en cada palabra que su amigo pronunciaba. Lo que describía era amor, y era inconfundible.

No con otro hombre. ¡No! Thomas, mi Thomas.

Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas sin control alguno, simplemente se desbordaban y hacían su recorrido hasta perderse en el pañuelo que rodeaba su cuello. Fue en ese momento que Spencer entró al local. La vio, vio a Mike y este a él. Su instinto fue el de avanzar hacia ella, necesitaba... pero Mike negó con la cabeza y él frenó en seco.

Bien, se retiraría, de momento.

Spencer regresó al despacho con las ideas muy claras. Pulsó el intercomunicador.

—Necesito que la señorita Cuningham venga de inmediato.

—Sí, señor Roller —respondió la secretaria de planta.

Megan no tardó mucho en aparecer. Pasó y cerró tras de sí enfrentando su mirada con la sonrisa de suficiencia dibujada ya en su rostro, una que molestó a Spencer al instante, tal como iba siendo habitual.

—Tú dirás —expresó dejándose caer sobre el sofá con la más absoluta elegancia y cruzando los tobillos como solían hacer las mujeres de alta cuna.

—Imagino que la idea de entrevistar a Gabriela...

—Cosa de John. Si por mí fuese...

—Ahórratelo. Quiero que la contrates, pero dale unos días para incorporarse. Hasta el lunes próximo no tendrá que empezar.

Esperaba que fuese tiempo suficiente para que pudiese asimilar lo ocurrido... o huir, pero

ojalá fuese lo primero. Aceptaría unas migajas, solo verla, tenerla en su vida.

Gabriela se subió al metro muy confundida aún. Quizá podría hablar con el doctor, era posible que él pudiese ayudarla a aceptar lo sucedido, ayudarla con ese asunto.

Sacó el móvil, estaba decidida a solucionar aquello, a poner cada cosa en su lugar... El aparato empezó a sonar con una llamada entrante de un teléfono que no conocía.

—¿Sí? —respondió.

—¿Señorita Duarte-Walker? Le hablo de las oficinas del señor Roller, soy Megan.

Gabriela estaba muy sorprendida. Era muy pronto para la llamada, fuese cual fuese la respuesta, aunque si lo que le había dicho Mike era cierto, estaba segura de que Spencer había tenido algo que ver, a fin de cuentas era el dueño de la multinacional.

—Buenas tardes, Megan. Dígame, ¿en qué puedo ayudarla?

—Mi jefe ha visto la grabación de la entrevista y está gratamente sorprendido, sin contar con que ya conocía su currículum. Me ha comunicado que la oferta más ventajosa que le ofrecí es suya si lo desea, y que necesitaríamos que empezase el próximo lunes, si acepta.

Tomó aliento. Su cabeza estaba como loca. Era justo lo que necesitaban, pero...

Aire, lo que necesitaba era aire en sus pulmones. Inspiró varias veces y trató de poner en orden su mente.

Está bien, se dijo.

—Dele las gracias a Spencer de mi parte. Nos veremos el lunes.

—Perfecto. A las siete en mi despacho. Firmaremos el contrato y se le asignará una oficina propia.

—Suena estupendo. Hasta el lunes.

La comunicación se cortó y se permitió unos segundos para serenarse. El metro ya se detenía y era su parada. Le tocaba recoger a Tommy en casa de sus padres.

Tommy era muy intuitivo, siempre lo había sido, pero en esos últimos años había madurado a marchas forzadas y no tuvo ni que preguntar para saber que a su madre le pasaba algo, así que acudió a su abuela para indagar, la cual no se alargó en explicaciones, solo le dijo una cosa: «Mal de amores, cariño».

El concepto no estaba claro, no para una mente inocente, pero sí comprendió que su madre estaba triste, que tenía que ver con el amor, y estaba convencido de que era por Spencer. A él le gustaba Spencer. Había sido muy bueno con ellos y quería a su madre.

—Tommy —lo reclamó su abuela—, ayer me encontré con Spencer y me dio algo para ti —expresó la mujer acercándose de nuevo a él, pues sabía que ese era el momento perfecto, tal vez el pequeño era el indicado para ayudar a su madre.

—¿Sí?

El rostro de Tommy se iluminó nada más ver la caja. Reconoció el juego al instante. Se apresuró a tomarla y la abrazó con cariño, tanto como el que sentía por Spencer. Él los había ayudado, había visto muy poco al amigo de su madre, pero los había ayudado, era bueno y cariñoso, y sabía jugar a ese juego. Le gustaban los juegos de mesa como a ellos, y su madre era feliz cuando estaba con él.

La imagen del conjunto era perfecta en la mente infantil.

Muy decidido, dejó el juego en la habitación que tenía en casa de su abuela y subió al apartamento de arriba, donde su madre había vivido los dos últimos años. Ella estaba sentada en

la cama sin ver nada en particular, pensativa.

—Hola, mami.

Gabriela salió como de un trance y miró a su hijo.

—Hola, tesoro. ¿Ya está la cena?

—Aún no. Pero quería hablar contigo, porque si tienes eso del mal de amores yo te puedo ayudar.

—¿Mal de...? ¿De dónde has sacado...? Ah, ya. La abuela. —Suspiró—. Estoy bien. No hagas caso de la abuela.

—Eso es lo contrario de lo que me dices siempre —dijo muy serio cruzándose de brazos.

Gabriela rio.

—Tienes toda la razón, perdona. Lo que quería decir es que estoy bien. No quiero que te preocupes.

—Es mi deber. Soy el hombre de nuestra casa, aunque... podría dejar de serlo si Spencer se viene con nosotros. Me gusta Spencer, es bueno con todos, te hacía reír, y tiene un juego genial —omitió que ahora lo tenía él, pero su madre no necesitaba saberlo—. Me dijo que me lo daría, pero no será lo mismo jugar sin él. Vosotros no conocéis las reglas.

Gabriela estaba totalmente alucinada. ¿Hasta dónde habían llegado Spencer y ella para que hubiera estado jugando con su hijo?

Una pausa, y la necesitaba con urgencia.

—Cariño, ¿por qué no vas a ayudar a la abuela con la mesa? Yo...

—Necesitas estar sola, lo sé. —No fue tristeza lo que vio en sus ojos cuando se alejó para luego mirarla de nuevo, era determinación—. Pero Spencer es bueno, y nos quiere. Papá está con los ángeles, así que no es malo que Spencer esté con nosotros.

Una lógica aplastante y dura de asimilar viniendo de su hijo, de un niño de 6 años.

—Podrías mirar tu cuaderno. El de los sueños. A lo mejor te ayuda —expresó el pequeño. Recordaba haber visto el nombre de Spencer en aquellas páginas, y como bien decía él, era pequeño pero no tonto—. Te esperamos abajo.

Epílogo

El vagón estaba atestado de gente aquella mañana, era como si medio Manhattan hubiese decidido meterse en su vagón para aumentar su tensión. Aún tenía el fin de semana por delante antes de volver a verla, o no. Lo mismo se arrepentía y huía del todo.

Tras haberla visto a principios de semana fue a hablar con Mike, a interrogarlo, y este lo puso al corriente; ella ya sabía de su relación, no se acordaba, pero con suerte uniría las piezas del puzle, o al menos esa fue la intención de Mike al contarle todo.

Spencer no estaba tan seguro, no obstante, estaba en el banquillo, él ya no podía hacer más que esperar. La pelota estaba en su campo y tenía que decidir por sí misma.

Las paradas se sucedían: la 51 Streer, Astor Place..., una tras otra iban pasando y la gente subía y bajaba. Megan lo hizo y con un sencillito «buenos días» se acomodó a su lado en silencio, como ya era costumbre.

«Próxima parada Spring Street», anunció la megafonía haciendo, como siempre desde hacía meses, que su corazón diese un vuelco, pero se negó a mirar. Aquello empezaba a ser demasiado doloroso, y si ella aceptaba el empleo... encima tendría que verla a diario en su propia oficina. Con aquel acto había querido... tratado de darles una segunda oportunidad, intentar de esa forma que ella se la diera, pero mucho se temía que lo único que iba a conseguir era sufrir.

Seguir con su vida era lo apropiado. Tenía que vivir. Aquellas semanas que estuvieron juntos habían sido un regalo, atesorarlo y continuar adelante sin...

Spencer no supo en qué momento había ocurrido, no sabía dónde estaba Megan ni el resto de pasajeros, ni el ruido del metro ni nada, lo único que veía era el reflejo rojizo que había a su lado y los guantes malva que abrazaban su antebrazo para reclamar su atención.

Por un momento sintió temor de que aquello fuese una mala jugada de su mente, pero nada más lejos.

Al alzar la mirada la vio, tan hermosa, tan ella. Su perfecto arcoíris.

En su mirada caramelo podía ver reconocimiento y dudas, emociones encontradas y más dudas. No se atrevía a mover ni un músculo porque... porque necesitaba saber que era real, que estaba a su lado, pero también podía ser...

—Spencer —susurró, pero no importó, su voz era lo único que él oía—, todo... Lo que... No fue un sueño, ¿verdad? —Gabriela hizo la pregunta con temor.

El aliento de él escapó y la sonrisa afloró en sus labios.

—No, preciosa, o sí, según se mire. Para mí esas semanas a tu lado fueron como el sueño más hermoso de todos.

Las palabras de Spencer fueron exactamente lo que Gabriela necesitaba oír. Su mano se aferró a él y fue cubierta por la suya. Ella las miró y luego a él, a sus ojos y a través de ellos.

—Me dijiste que no me abandonarías nunca.

—Y no lo he hecho, tan solo te daba espacio y rezaba, rezaba cada día para verte aquí de nuevo, a mi lado.

Ella asintió.

—El puzle está completo.

El aliento de él salió casi como un suspiro de alivio.

—¿Cómo...? —quiso saber.

Ella sonrió con tristeza.

—¿Recuerdas el diario de sueños, el que escribía para ayudarme a recordar? —Él asintió—. Pues era para eso, para recordar, recordar todo. No solo los sueños que me ayudaban con la pérdida de memoria, sino para no olvidarte a ti.

—¿A mí? No comprendo...

—Charles me dijo que podría olvidarte si todo lo anterior volvía, y no estaba dispuesta a eso. No quería volver a perder nada, ningún recuerdo... —Las lágrimas se empezaron a acumular en sus ojos—. No quería perderte a ti también y lo apunté todo.

No se lo podía creer. Spencer la miraba absolutamente maravillado por sus palabras, y más enamorado aún si era posible.

—Comprendo —dijo Spencer con una sonrisa.

—Es la hora —respondió ella.

Sus palabras le dieron alas.

Cuando el metro se detuvo la tomó de la mano, salieron de allí y se alejaron todo lo posible del ruido y el bullicio. Spencer solo quería llegar a un punto donde pudiesen tener un poco de espacio.

—¿Dónde...? —preguntó ella entre risas al verlo correr casi como un adolescente tirando de su novia.

Spencer se detuvo tras unos árboles y la atrajo a sí. Sus ojos se emborracharon en la visión que era ella, con sus colores, su brillo, ese de pura emoción que había en su mirada. Ahora estaba completa, se dijo al fijarse en los tacones y las medias. Sí, llevaba su abrigo rojo y los guantes de color, pero bajo él no estaba la tendera, sino la abogada. El conjunto. El todo. Su Gabriela.

—Yo... te amo, Gabriela. Me enamoré de ti la primera vez que te vi en ese vagón.

—¿Y Tommy?

—Él es la pieza que completa la imagen, el marco perfecto, o casi. —El ceño de ella se arrugó por un momento, y él sonrió—. Solo falta algo. ¿Te casas conmigo?

Le hubiera gustado escuchar la respuesta de sus labios, oír ese sencillito sí, ese tan significativo, pero que ella se lanzase a sus brazos fue la mejor de las respuestas, única y hermosa, como lo era Gabriela.

Tommy no dejaba de andorrear por la habitación, estaba tan nervioso como ella y la estaba poniendo aún peor, pero ¿cómo culparlo?

No soltaba la caja que con tanto mimo custodiaba, y sabía que no lo haría. Estaba emocionado en su papel de aquel día.

—Voy afuera —expresó.

—Eh, jovencito...

—Mamá, soy mayor, y solo voy dos puertas más allá a ver a Spencer.

De modo que era mayor, ¿no?, se dijo Gabriela. Sí, suponía que sí.

—Está bien, caballere, pero vuelve pronto, que necesito a mi padrino.

El pequeño sonrió de oreja a oreja, salió corriendo, se lanzó a sus brazos y la besó antes de salir pitando por la puerta y casi atropellando a su abuela en el camino, aunque lo que más la sorprendió fue ver a Felicia detrás de su madre.

—Estás hermosa —dijo con ternura la madre de Thomas—. Tan solo quería... —las lágrimas

amenazaban con desbordarse de aquellos ojos que siempre la miraron con una ternura oculta por los modales aprendidos desde la cuna—. Quería que supieras que estamos contigo, que estoy segura de que Thomas estaría feliz de verte rehacer tu vida tras todo lo ocurrido. Y Spencer... Has elegido bien.

—Gracias, Felicia. Significa muchísimo para mí que estéis aquí —dijo mirando hacia la puerta donde Aaron contenía a duras penas las lágrimas.

Las palabras de la mujer le permitieron cerrar un capítulo de su vida, uno que siempre formaría parte de su historia.

Spencer estaba emocionado y nervioso. Habían pasado unas semanas, ocho para ser exactos. Y en ese tiempo habían tomado importantes decisiones, como la de que él se trasladase al apartamento de ellos, de Gabriela y Tommy, para no sacar al pequeño de nuevo de su hogar. Había sido una decisión difícil, pero lo habían llevado bien tras reformar el dormitorio y hacer algunos cambios en la decoración. Ella no quería que se sintiera fuera de lugar, pues aquella sería su casa y quería que la sintiese suya. Pero lo mejor fue Tommy.

—Las fotos de papá y mamá son para mí, pero las de papá conmigo las dejo en mi baúl y esta —dijo cogiendo una del propio Spencer con él— va al centro del baúl. Porque ahora eres también mi papá y os quiero juntos.

Una lógica incuestionable, una inocencia maravillosa y un momento que jamás olvidaría.

Tenía una familia.

—Eh, hermanito —interrumpió Cassie sus pensamientos—, ¿se puede saber dónde estás? Tienes la cabeza ida.

Él sonrió.

—Solo recordaba. —Suspiró y la miró justo cuando Tommy entraba por la puerta—. Soy feliz.

Ella miró al pequeño.

—Tienes buenos motivos. Os espero fuera con el trío.

Se refería a Mike, John y su novio, los cuales se habían hecho buenos amigos durante los preparativos de la boda y ahora eran inseparables.

—No tardéis, chicos.

—No, tita Cassie.

Ambos se quedaron mirando a Tommy. Lo había soltado tan natural. Era la primera vez que lo decía y se había metido a su «tita Cassie» en el bolsillo para toda la vida.

Spencer vio la emoción en los ojos de su hermana cuando salió. Ese pequeñín era único.

Tocaba mirar hacia adelante, se dijo Gabriela, y eso fue lo que hizo con su sencillo traje de cóctel frente al improvisado altar en la casa de los Hampton de los padres de Spencer, donde habían decidido compartir sus votos con la familia directa y sus dos amigos más allegados.

—Prometo cuidarte, estar a tu lado —recitaba Spencer—, ser tu apoyo, tu amigo, tu amado. Tú y Tommy lo sois todo —inspiró hondo—. Os amo.

Sencillo y dulce, como solo Spencer podría...

—Ah, y reír a tu lado cada mañana cuando te vea salir por las puertas de nuestra casa como el arcoíris de mi vida derecha a ese puesto de golosinas en el que has decidido hacer carrera.

Todos los invitados rieron, incluso su hijo y ella misma. Realmente había encontrado al hombre perfecto, su hombre perfecto.

—Te amo, Spencer.

Palabras, sentimientos, amor

Las relaciones nunca son perfectas, pero el hombre de mi vida siempre lo ha sido, al menos para mí. Supongo que por eso mis protagonistas masculinos suelen tener tendencia a serlo.

¿Padres cariñosos, cercanos, que están ahí si los necesitas? Sí, es la misma respuesta.

¿El hijo más paciente del mundo, con sus cosillas por su corta edad? Desde luego. Siento su amor infinito en cada sonrisa.

Tengo la suerte de que estéis en mi vida.

Gracias. Os quiero.